HARLEQUIN

Tentación™

Traicionados por el amor

Diana Palmer

Jacob Cade tenía opiniones muy firmes acerca de qué mujeres eran para él y cuáles no. Kate Walker pertenecía a la segunda categoría, ya que una vez había tenido que echarle de su rancho por comportarse mal. Sin embargo, nunca había dejado de desearla y ahora iba a tomar la iniciativa.Kate amaba a Jacob desde muy pequeña, y aunque él se empeñara en afirmar lo contrario, ella no era de las mujeres que se tomaban el amor a la ligera.

Diana Palmer

Traicionados por el amor

Tentación - 176

ePub r1.0

CAPITULO UNO

KATE lo vio entre la gente que se había reunido frente a la iglesia. Seguía tal y como ella le recordaba. Jacob Cade nunca se había llevado demasiado bien con nadie, y aunque tuviera siempre un montón de mujeres revoloteando a su alrededor atraídas por su sustanciosa fortuna, nunca abandonaba aquella actitud suya ante los demás, cargada de desprecio. Mientras fumaba un cigarrillo, tenía los ojos negros clavados en la carretera por donde su sobrina debía aparecer en cualquier momento. A pesar de su actitud indiferente, que parecía aislarlo de todo, seguía atrayendo las miradas de las mujeres. Su piel bronceada y curtida, sus piernas perfectas, sus espaldas anchas. La mano con que sostenía el cigarrillo era delgada y morena, sin ningún anillo.

Jacob no era un sentimental, y sin embargo, en cuestión de ropa y actitudes era un verdadero reaccionario, y no se avergonzaba de ello, y mucho menos se disculpaba, porque con su dinero podía permitirse el lujo de ir imponiendo sus propias normas sobre la marcha.

—Es dueño y señor de todo lo que contempla —murmuró Kate mirándolo fijamente.

—Yo creo que está en su derecho —respondió su hermano Tom riendo por lo bajo—teniendo en cuenta que tiene en el bolsillo los corazones de la mitad de las mujeres de la ciudad, incluyendo el tuyo...

—¡Calla! —exclamó Kate mordiéndose los labios, muy inquieta.

—Pero si él no lo sabe, tonta.

Aunque Tom era cuatro años mayor que ella, se hubiera dicho que eran gemelos, porque tenían la misma constitución delgada, los dos eran altos, morenos y de ojos verdes. Asimismo, sus rasgos finos

y marcados, sobre todo los altos pómulos, eran la herencia de su bisabuelo Sioux.

—Lo odio —dijo Kate, recogiendo un mechón rebelde en el moño.

—Sí, claro, lo odias.

—Sí, lo odio, lo odio.

Y era cierto. Todo venía a raíz de un incidente que se produjo cuando Kate tenía dieciocho años; desde entonces Jacob no la podía ni ver y su amistad con Margo se había visto seriamente afectada. No dejaba de ser extraño, sin embargo, porque hasta aquel momento, Jacob había sido muy bueno con su familia.

La abuela de Kate y Tom se había hecho cargo de ellos a la muerte de su padre. En cuanto a su madre, nadie sabía nada de ella desde que los abandonara años atrás. Kate siempre la había culpado. Los dos niños habían llegado a casa de su abuela terriblemente marcados por el trato recibido por su padre. Ni siquiera la abuela Walker sabía por lo que habían pasado, porque no era una persona que se prestara a confidencias. Con ella vivían en Blairsville, en Dakota del Sur, muy cerca de Fierre, la capital.

Por su parte. Margo Cade vivía en esas mismas fechas con su tío, Jacob Cade, y el padre de éste, Hank, después de la inesperada muerte de sus padres. Las dos chicas no tardaron en hacerse amigas al empezar la escuela secundaria, y era muy normal que pasaran temporadas la una en la casa de la otra. Aquél día se celebraba la boda de Margo, y Kate, que había rechazado la oferta de ser una de las damas, no había podido declinar la invitación a asistir, aunque lo hubiera hecho con gusto, con tal de no ver a Jacob Cade.

Jacob, impecablemente elegante con su sombrero de ala ancha y su traje gris, volvió un poco la cabeza, como si hubiese advertido su presencia. Cuando la hubo localizado, le dirigió una sonrisa que, más que un saludo, parecía una declaración de guerra. Por toda respuesta, Kate levantó la cabeza con gesto arrogante, reprimiendo los deseos de abalanzarse contra él y darle su merecido. Así, enfrentándose a él, por lo menos conseguía mantenerlo alejado de su corazón.

Kate tenía la sensación de haberlo amado desde siempre, porque era él el único que llenaba sus sueños, quien la perseguía en los recuerdos... Jacob, sonriéndole desde su caballo cuando Margo la

estaba enseñando a montar; Jacob, sentado en el balancín del porche mientras Margo y ella bailaban con sus jóvenes galanes en las fiestas de verano... Jacob. Todos sus sueños de adolescencia giraban en torno a aquel hombre fuerte y viril. Hasta que de pronto, como una tormenta de verano, Jacob había cambiado, pasando a convertirse en su enemigo.

Cuando Kate cumplió los dieciocho años, algo extraño había empezado a surgir entre los dos; algo que se ocultaba como un secreto deseo en las miradas de Jacob, y que a ella la asustaba y al mismo tiempo la complacía. Hasta entonces, Jacob había sido como un hermano mayor indulgente que no dudaba nunca en invitarla a sus fiestas y a sus viajes como si fuera una más de la familia. Pero Kate siempre había mantenido la reserva acerca de su pasado con Margo y también con él. A nadie se lo había contado.

Jacob, sin embargo, no podía haber sido mejor con ella. Cuando la abuela Walker tenía un ataque, era Jacob quien se quedaba toda la noche en vela con Kate por si acaso necesitaba algo. Cuando Tom se metía en líos en el instituto por participar en alguna pelea, Jacob iba enseguida a hablar con el director para evitar por todos los medios que lo echaran. Jacob siempre había estado allí cuando lo necesitaban, y Kate había terminado por enamorarse de él, impresionada quizá por su fuerza, por su bondad, o por su carácter firme y decidido. Pero aunque pareciera imposible, todo aquello se había esfumado en una sola noche, en la que su amigo Jacob se había transformado, como por arte de magia, en su peor enemigo.

Kate y el chico con el que salía por aquel entonces fueron invitados a una fiesta en la piscina en la casa de Margo. Era el mes de julio de hacía seis años. Después de pasar una hora nadando y tomando el sol, una hora en la que Kate no había podido apartar la vista ni un momento de Jacob, más sensual y atractivo que nunca con su traje blanco, llegó la hora de cambiarse, y Kate fue a la pequeña caseta. Precisamente cuando se había quitado el traje, apareció en un rincón una culebra. Aterrorizada, Kate, que tenía fobia a aquellos animales desde niña, perdió el control sobre sí misma y, olvidándose de que estaba desnuda, empezó a gritar. Gerald, su amigo, acudió corriendo al oírla. Cuando llegó, la culebra ya había desaparecido por un agujero, y Kate permanecía agazapada contra la pared, sollozando y temblando. Gerald la rodeó

con sus brazos, intentando calmarla, pero en aquel momento, apareció Jacob, y los sorprendió así; ella desnuda y abrazada al otro, que solamente llevaba el traje puesto.

Si las circunstancias hubieran sido diferentes, quizá Jacob se habría detenido a escuchar una explicación, pero aquel día los ánimos ya estaban caldeados, porque Kate, furiosa al ver que Jacob no se separaba de Barbara Dugan, la atractiva vecina de al lado, se había dedicado toda la mañana a besarse con Gerald al borde de la piscina a la vista de todos. Así que era natural que Jacob hubiera interpretado tan torcidamente las cosas, pues tenía motivos de sobra para sospechar.

Kate no podía borrar de su memoria la mirada que le dirigió Jacob entonces; una mirada cargada de desprecio e incredulidad, que permaneció inalterable mientras Gerald, entre tartamudeos, intentaba explicarle en vano lo que había ocurrido. Jacob no creyó nada. Y aquella fue la última vez que Kate puso los pies en casa de su amiga. A pesar de las súplicas y las amenazas de Margo, Jacob se mantuvo inflexible en su decisión; no quería que su sobrina anduviera en compañía de una mujer como Kate. Una vez sentado aquello, echó a Gerald de la casa sin más contemplaciones. Kate, no obstante, antes de reunirse con él, tuvo una encarnizada discusión con Jacob, tan fuerte, que ni siquiera el viejo Hank Cade se atrevió a intervenir. Lo único que hizo fue apartarse para no oírlos, mientras Margo se esforzaba desesperadamente por defender a su amiga.

—¡Es que no quieres escuchar! —gritaba llorando—. ¡No estaban haciendo nada malo! ¡Lo que pasó es que había una culebra en la caseta!

—Sí, claro —respondió Jacob con una frialdad desconocida hasta entonces para Kate.

—¡Muy bien, si es lo que quieres, quédate convencido de que soy una mujer de ese tipo, aunque sepas perfectamente que es mentira! —gritó ella, fuera de sí.

—Hasta hoy he pensado que eras una santa. Ahora, afortunadamente, se me ha caído la venda y veo cómo eres en realidad.

Kate no podía dar crédito a su tono despectivo.

—Jacob, ¡sabes que yo no soy así! ¡Yo nunca te he mentido!

—Mira, Kate, a mí no me vas a engañar porque yo he visto a mi madre ir con un hombre detrás de otro y negar después que hubiera engañado alguna vez a mi padre. Nunca he podido olvidar que gracias a ella la vida de mi padre fue un infierno. Hasta ahora he educado a mi sobrina para que sea una mujer de conciencia, con sentido de la moralidad, y no voy a permitir que tú la eches a perder. Sal ahora mismo de mi casa, y no vuelvas a entrar.

Margo tenía los dientes apretados, pero con la mirada le estaba pidiendo perdón en silencio. Kate comprendió enseguida que era peligroso enfrentarse a Jacob en aquel estado.

—Sé que no quieres escucharme —dijo entonces bajando la voz —, y lo siento mucho, porque yo nunca te diría una mentira. Hay tantas cosas que tú no sabes —añadió con una sonrisa llena de amargura—. Pero eso ya no importa. Ahora me doy cuenta de que eres incapaz de admitir a los demás como seres humanos con fallas... para ti hay que ser perfecto, o nada.

—Cuando se entere tu abuela se sentirá avergonzada de ti — rugió Jacob—. Ella no te ha educado para que te convirtieras en una mujerzuela... No debería haberte permitido que te pusieras a trabajar en ese maldito periódico.

Aquello lo decía porque Kate había conseguido un contrato de verano en el periódico local, con pleno consentimiento de su abuela, que opinaba que las mujeres tenían perfecto derecho a desarrollarse en el campo profesional. Sin embargo, Jacob se había opuesto desde el principio, adoptando la actitud negativa con respecto a ella que era ya corriente en los últimos tiempos. Era como si de pronto todo lo que Kate hacía o decía lo pusiera nervioso, y aquel desgraciado incidente era la gota que colmaba el vaso. Kate sabía que nunca iba a olvidar lo que había visto en la caseta de baño...

—Me gusta el periodismo —le contestó con fría calma—, y de hecho pienso dedicarme a ello en serio. Y ahora, será un enorme placer para mí librarlos de mi perniciosa presencia. Lo único que siento es que la culebra no me haya mordido para poder demostrarte que te he dicho la verdad. Adiós, Margo. Siento mucho que tu tío ya no nos deje seguir siendo amigas.

Jacob encendió un cigarrillo sin el menor temblor, mirándola tranquilamente con sus crueles ojos negros.

—De eso puedes estar segura —dijo.

Y después de dirigirle una mirada en la que se resumía todo el desprecio que sentía por ella, dio media vuelta y se marchó.

De aquello hacía seis años, de los cuales, dos los había pasado Kate estudiando en la escuela de periodismo, y el resto trabajando para un periódico de Chicago. Al principio no conocía a nadie allí, pero gracias a un amigo de su hermano, enseguida trabó amistades, y Kate terminó por amar la gran ciudad porque era el único sitio donde se sentía capaz de olvidar a Jacob.

Con el tiempo, Jacob fue suavizando su postura, y aunque seguía sin admitir en su casa a Kate, levantó la prohibición que le tenía hecha a Margo de hablar con ella o escribirle. En una ocasión, Margo llegó a invitarla a pasar un fin de semana en el rancho, aparentemente con el consentimiento de Jacob, pero Kate se había negado, principalmente porque su orgullo todavía se resentía de lo ocurrido. En realidad, de haber sido por ella, ni siquiera habría acudido a la boda, pero dado que se celebraba en el pueblo y no en el rancho, no había querido darle aquel disgusto a su amiga. Además, se sentía segura y protegida con su hermano Tom a su lado.

—Mira, Kate —le estaba diciendo él en aquel momento—, tú eres una periodista excelente, que has llegado a ganar premios, y casi tienes veinticinco años, así que no debes dejarte intimidar por ese hombre, porque lo único que conseguirás será empeorar las cosas. Tú mejor que nadie debería saber que no hay que dejarse pisotear por una persona como él.

—Lo sé, Tom, pero lo difícil es ponerlo en práctica. Es un hombre tan dominante... se cree que lo sabe todo.

—Apuesto lo que quieras a que no sabe que en toda tu vida te has acostado con nadie, porque de haberlo sabido no te habría acusado tan a la ligera al encontrarte en la caseta con aquel niño nervioso.

Kate sintió que le ardían las mejillas.

—Nunca le perdonaré aquello.

—Además, ni siquiera puede imaginarse la clase de educación que tú y yo hemos tenido con nuestros padres, porque en aquella época ya vivíamos con la abuela Walker.

Kate sonrió suavemente.

—La abuela sí que era todo un carácter. No sé si te acordarás... pocos meses después de lo de la piscina, Jacob pretendía prohibir que fuera con Margo al campamento de verano, y la abuela le dijo tranquilamente que yo ya tenía dieciocho años y, por tanto, podía hacer lo que quisiera. Todavía no me explico por qué se oponía con tanto ahínco, si íbamos con monitores y chicos de la universidad... No podíamos estar más controladas.

—Pero a pesar de todo se empeñó en ir entre los padres que querían ir con sus hijos.

—Eso fue lo único malo de todo el campamento —suspiró Kate.

—No seas mentirosa, Kate. Podría apostar cualquier cosa a que te pasaste las horas muertas mirándolo a hurtadillas y suspirando.

Kate bajó los ojos, porque su hermano estaba diciendo la verdad. A pesar de los pesares, se había pasado toda la vida soñando con el único hombre del mundo que odiaba. A veces llegaba a preguntarse si no habría elegido la carrera de periodismo solamente porque era una excusa para marcharse de Blairsville y no tener que verlo. Después de la muerte de la abuela Walker, Tom había entrado a trabajar en una agencia de Nueva York, así que ya no tenía ninguna razón para permanecer en Dakota del Sur; por el contrario, había una buena razón para escapar de Jacob, para no envejecer allí día a día mientras él le hacía trizas el corazón con su indiferencia.

En aquel momento llegó el convertible rojo de Margo, y en él su novio, David, que se bajó enseguida, radiante con su esmoquin blanco. David era un hombre muy atractivo, alto y rubio.

—Ya es la hora —comentó Tom—. ¿Y Margo?

—Llegará ahora con su abuelo, supongo —respondió David, visiblemente nervioso—. ¿Tú sabes qué tal conduce el viejo Hank?

—Sí —respondió Tom con un suspiro—, y puedo decirte que es casi tan terrible como el mismo Jacob.

David se echó a reír, mientras Kate se enfadaba consigo misma por escuchar con tanta atención por el simple hecho de que hablaban del hombre que amaba.

—Antes de entrar en la universidad, Jacob destrozó tres coches. Fíjate cómo sería, que mi abuela nunca dejaba que Kate fuese al rancho a menos que fuera Margo quien condujera el coche.

—Por cierto —comentó entonces David—, me ha extrañado no verlos hoy en el rancho.

Cuando estaba buscando una buena excusa para contestarle, Kate sintió un escalofrío; como siempre había intuido la presencia de Jacob antes de verlo.

—Así que están aquí —dijo sin dignarse mirarla a ella—. Hola, Tom, me alegro de verte —añadió estrechándole la mano con la actitud de un padre, a pesar de que sólo le llevaba cuatro años—. ¿En dónde está Margo?

—Ya estará en camino, pero me temo que tu padre es quien conduce —respondió David con un suspiro—. No me mires así, hombre, que no es culpa mía. Con el traje que le has comprado, resulta imposible meterla en ese coche sin quitárselo primero, y como comprenderás, no hubiera resultado demasiado correcto que apareciera así ante los invitados.

A Jacob no le hizo ni pizca de gracia aquel comentario, mientras que Tom y Kate, por el contrario, tuvieron que morderse los labios para no echarse a reír, con lo que se creó un ambiente bastante tenso.

—Mi padre está ya medio ciego por culpa de las cataratas. Es una temeridad que conduzca —observó Jacob fríamente.

—Entonces vamos a llamar rápidamente a la policía. Es una oportunidad inmejorable para que le retiren la licencia de conducir de una vez —dijo David.

Tom no pudo contener más la risa.

—Perdónenme, pero es que me estaba imaginando la escena: todos los invitados de la boda acudiendo a la cárcel para convencer a los policías de que lo pusieran en libertad...

Kate se agarró del brazo de su hermano.

—Ahí vienen —murmuró.

Efectivamente, acababa de detenerse frente al edificio de la iglesia un majestuoso Lincoln conducido por Hank, que inmediatamente se bajó y ayudó a salir a Margo del asiento trasero. El padre de Jacob era como su hijo, alto y delgado, aunque le faltaban su feroz frialdad y sus maneras dominantes.

—¿Lo ven? —comentó David jovialmente—. Ni huesos rotos, ni abolladuras ni nada. Han llegado sanos y salvos. Bueno, quizá Margo esté un poco pálida.

—No es extraño —comentó Kate con una sonrisa maliciosa—. Debe ser el terror de pensar que dentro de unos momentos va a

casarse con un loco.

—Yo no estoy loco —exclamó David con expresión burlona, fingiéndose muy ofendido—. Sólo porque una vez llevé a mi novia a un antro de strip—tease masculino no tienes derecho a afirmar eso...

—¿Cómo dices? —preguntó Jacob con fiereza.

Kate sucumbió a la tentación de añadir leña al fuego.

—Sí, uno de esos sitios donde los hombres se desnudan mientras las mujeres silban y aplauden. Es muy pedagógico.

Ella jamás había estado en un lugar semejante, ni tenía intenciones, pero no tenía ningún reparo en hacerle creer lo contrario a Jacob si ello lo hacía perder los estribos.

Jacob le lanzó una mirada insultante.

—Me extraña que digas que es pedagógico, porque tú ni siquiera sabes lo que es educación.

—Eres muy amable al decirme eso —respondió Kate sin dejar de sonreír.

Jacob no se molestó en replicar.

—Nos vemos dentro —dijo entonces Tom agarrando a su hermana y dirigiéndose hacia la iglesia. Cuando estuvieron a una distancia prudencial, lanzó un silbido—. ¡Madre mía! Nunca he visto discutir a dos personas como lo hacen ustedes.

—Me odia —murmuró Kate, aparentemente fría y calmada, aunque por dentro estaba sufriendo lo indecible.

—Me pregunto si Jacob tendrá idea de lo que en realidad siente por ti —dijo Tom.

Kate no contestó, pensando mientras ascendía por la escalinata de la iglesia en lo afortunada que era su amiga Margo.

CAPITULO DOS

LA boda fue tan bonita que Kate lloró de emoción. Sentada muy cerca del altar, escuchó las palabras que unían a David y a Margo para toda la vida, con un profundo sentimiento de tristeza porque sabía que ella nunca tendría la oportunidad de pronunciar aquellas mismas palabras. Para ella estaba vetada la felicidad de unir su vida a un hombre que le correspondiera con su misma pasión.

En un momento determinado, sin quererlo, se encontró mirando atentamente a Jacob, de pie junto a David en el altar. El siempre tomaba muy en serio aquellas ocasiones, pero debía resultarle particularmente emocionante tratándose de Margo, que había vivido con su padre y con él desde los diez años. Como si hubiera notado su atenta mirada, Jacob volvió la cabeza un poco y fijó sus ojos negros en los suyos. Kate no tuvo tiempo para adivinar la expresión de su mirada porque bajó enseguida la vista. Cada vez que miraba frente a frente a Jacob no podía evitar el sentirse incómoda.

Al término de la ceremonia, los invitados se congregaron a la salida de la iglesia para arrojar el arroz de rigor sobre los felices recién casados. Margo no tardó en reaparecer con un vestido de viaje, acompañada por David, que también había cambiado su traje por unos pantalones y una chaqueta sport. Aparecieron nerviosos y felices, más alocados que nunca, sin dejar de mirarse.

Kate tuvo la oportunidad de abrazar a Margo antes que desapareciera en el interior del coche.

—Que seas muy feliz, cariño —le susurró emocionada.

—Lo seré, te lo prometo. Mira al tío Jacob, está mirando como si tuviera ganas de morder a alguien.

—Será por mí, seguramente —comentó David echándose a reír

—. Antes de la ceremonia cometí el tremendo error de confesarle que una noche estuvimos en un garito de strip—tease masculino.

—¡Pero cómo se te ha ocurrido! —exclamó Margo, alarmada—. ¡Es capaz de matarnos!

—Sí, pero antes tendrá que atraparnos —dijo David poniendo el coche en marcha—. ladiós Kate, adiós tío Jacob!

Y salieron disparados de allí antes que el tío Jacob tuviera tiempo de decir nada. Por supuesto, Kate fue incapaz de dejar de aprovecharse de la situación, y mirándolo con una sonrisa, dijo:

—¿Es que pensabas aleccionar a la pequeña Margo respecto a lo que se espera de ella en su noche de bodas, tío Jacob?

Él le dirigió una mirada centelleante.

—Hubiera sido mejor que hablaras tú con ella del particular, porque sin duda alguna me superas ampliamente en experiencia.

—Te sorprendería conocer mis niveles de experiencia.

Jacob encendió un cigarrillo sin dejar de mirarla ni un momento a los ojos.

—A propósito, Kate. Margo te invitó a pasar unos días en el rancho antes de la boda, ¿por qué te negaste a venir?

—Por ti —respondió Kate sin vacilar—. Tú me echaste de Warlace hace seis años y me dijiste bien claro que no se me ocurriera volver nunca más.

Jacob se encogió de hombros, y hasta en aquel gesto desplegó toda su fuerza masculina concentrada.

—Unos días después de la fiesta de la piscina, uno de los jardineros mató una culebra que andaba escondida en la caseta de baño.

—Fue un detalle de tu parte disculparte en el momento de descubrirlo —replicó Kate, temblando de furia.

Jacob la miró con ojos tan fríos que parecían los de un muerto.

—Era cierto que había una culebra, pero también que tú estabas desnuda en los brazos de aquel muchacho,

—Y también tenía un susto mortal y no me daba cuenta de lo que hacía. De todas formas no importa, Jacob. Puedes pensar lo que quieras, porque al fin y al cabo es lo que haces siempre, pasando por alto las evidencias.

—¿Por qué te fuiste a trabajar a Chicago? —le preguntó él de pronto, mirándola intensamente a través de una nube de humo—.

¿Por qué no te quedaste en Pierre?

Kate recibió aquella pregunta con sorpresa, porque no era propio de Jacob ser tan directo. O por lo menos nunca lo había sido con ella. De pronto, todo pensamiento racional quedó borrado de su cerebro y se limitó a mirarlo, extasiada, comprobando, por enésima vez, hasta qué punto era atractivo.

—Chicago es muy grande —se limitó a responder, sin apartar de él sus grandes ojos verdes.

—Efectivamente, es grande.

Permanecieron inmóviles durante unos cuantos segundos, y mientras él iniciaba un movimiento apenas insinuado de escrutarle el rostro, Kate notó que las piernas querían ceder bajo su peso.

—La boda... ha estado muy bien —balbuceó con gran esfuerzo, en un intento desesperado por evitar que su corazón estallara bajo los efectos incendiarios de aquella mirada enigmática.

—Sí, muy bien.

—Se fueron a Jamaica, ¿no? —agregó Kate ya casi sin aliento.

—Sí. Papá y yo les hemos ofrecido el viaje como regalo de bodas.

—Disfrutarán de lo lindo, seguro.

Aquella situación era ridícula, sobre todo para ella, que en opinión del director de su periódico era una maga de las palabras. Mientras tanto, Jacob seguía mirándola a los ojos como si una fuerza superior le impidiera hacer otra cosa. Kate empezó a pensar que aquello era una locura, pues ella misma sabía que aquel hombre era su peor enemigo.

—Has cambiado —dijo él al fin—. Te veo más sentada, más madura. ¿Qué haces exactamente en el periódico?

—Me ocupo de la sección de política.

—¿Te gusta?

—Sí, es muy emocionante. Sobre todo en época de elecciones. Uno siempre se ve metido en el trasiego, por muy neutral que se considere al principio. De todas formas, estoy convencida de que yo soy de mal agüero para los candidatos —añadió con una sonrisa—, porque los míos siempre pierden.

Jacob siguió mirándola sin corresponder a su sonrisa, llevándose el cigarrillo a los labios, mientras Tom, que se encontraba un tanto apartado de ellos, se paseaba de un lado a otro sin descanso. No era

normal que Jacob y Kate hablaran más de cinco minutos seguidos sin tirarse los trastos a la cabeza.

Jacob arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó concienzudamente con la punta de la bota.

—Tom y tú regresan esta misma noche, ¿verdad? —preguntó mirándola fijamente.

Kate asintió.

—No tenemos más remedio. Mañana a primera hora tengo que hacer una entrevista.

—Kate, ese muchacho...

—Yo nunca te he mentido; Jacob —susurró ella.

De pronto se operó un cambio en la expresión de Jacob, como si algo se hubiera desencadenado en su interior.

—Ninguna mujer pronuncia mi nombre como tú, Kate —murmuró entre dientes.

Kate tuvo que concentrarse para no lanzarse en sus brazos en aquel instante y besarlo. Pero se limitó a quedarse allí, parada, mirándolo con los ojos llenos de lágrimas que eran el resumen de tantos años de deseos vanos... ¿Es que nunca se agotaría el deseo que la empujaba hacia él? Lo conocía desde hacía mucho tiempo, y Jacob jamás la había tocado, ni la había besado, aunque si lo había hecho repetidas veces en los sueños febriles de Kate.

Pero Jacob nunca la besaría ni la tocaría.

—Tengo que marcharme —dijo Kate tristemente.

—Yo también —declaró él con un suspiro—. Mañana tengo que tomar el tren para Nueva York. Tengo allí una reunión para hablar de compras de ganado.

Kate recordó con una sonrisa que no tomaba el avión porque nunca se había sentido seguro viajando por aire. De hecho, solamente iba en avión cuando se trataba de un asunto de vida o muerte.

Lo siguió mirando unos segundos sin hablar, sabiendo que ahora que Margo se había casado era muy posible que no volviera a verlo nunca más. Nunca más... sólo de pensarlo sentía escalofríos.

La tristeza que la asaltó como una oleada debió reflejarse en su rostro, porque de pronto Jacob la miró preocupado.

—¿Te ocurre algo? —preguntó con voz suave,

—No, nada. Bueno, nos tenemos que ir.

—Si tú lo dices...

—Sí —respondió Kate sonriendo y encogiéndose de hombros.

Jacob ya no le dijo nada más y se volvió hacia Tom.

—Yo voy a Chicago de vez en cuando —dijo inesperadamente.

Kate buscó su mirada, muerta de ansiedad.

—¿Ah, sí?

—Alguna noche, si quieres, puedo pasar a buscarte para que cenemos juntos.

Kate realizó un tremendo esfuerzo para que no se trasluciera su entusiasmo, pero no lo consiguió.

—Me encantaría —susurró.

—A mí también —respondió Jacob recorriendo su cuerpo con una mirada cálida—. Tú has estado fuera de mi alcance durante mucho tiempo, Kate. Pero ahora que Margo ya no está se acabaron las barreras.

—¿Cómo? —preguntó Kate sin comprender.

Jacob se echó a reír con una risa extraña, que no tenía nada de alegre.

—Ya hablaremos de eso en otra ocasión. Dime, ¿está tu número de teléfono en la guía?

—Sí. Vivo en los apartamentos Carrington.

—¿Quieres que te lleve en el coche al aeropuerto? —preguntó dirigiéndose a Tom, que seguía por allí cerca sin intervenir.

—No, gracias —respondió él acercándose sonriente—. Tenemos un coche de alquiler.

—De acuerdo. Me alegro mucho de haberte visto, Tom —respondió Jacob extendiendo la mano. Después de estrechársela a su hermano, se volvió a Kate con una sonrisa muy especial—. Hasta la vista, Kate,

—Que tengas buen viaje.

Kate se quedó mirándolo marchar con el corazón en los ojos.

—Si se da cuenta de cómo lo miras, el juego se habrá terminado —le dijo su hermano riendo y tomándola del brazo—. Anda, baja de las nubes. Tenemos que darnos mucha prisa si queremos abordar ese avión.

—Ah, sí.

—Dime, Kate, ¿de qué estaban hablando tan interesados?

—Algunas veces va a Chicago por asuntos de negocios... ¡Oh,

Tom, me ha dicho que quiere llevarme a cenar algún día!

—¡Horror! —exclamó Tom poniendo el coche en marcha—. Ten mucho cuidado, Kate.

—¿Por qué?

—Me parece increíble que no te des cuenta. ¿No ves que ahora que Margo se ha casado tiene el camino libre contigo? ¿O es que no sabes que le has gustado desde siempre?

—¿Yo?

—¿Pero quién va a ser si no? ¿No estamos hablando de ti? Jacob te ha mirado siempre como si estuviera a punto de devorarte. De no haber sido porque Margo y tú eran tan amigas, ya te habría seducido hace años.

—No puede ser...

—Claro que es así, Kate, como te lo estoy diciendo. Mira, yo soy un hombre y conozco la mentalidad de los hombres. Ahora que Margo se ha casado, Jacob se siente libre para perseguirte. Sí, perseguirte, tal y como te lo digo. Y otra cosa; por mucho que le insistas jamás creerá lo que le cuentes acerca de Gerald. A Jacob se le ha metido en la cabeza que tú eres una mujer liberada de la ciudad, y no una inocente chica soltera del pueblo, así que ya puedes andarte con cuidado. He oído infinidad de historias acerca de ese hombre, y las creo todas. Jacob sí que es un hombre maduro y experimentado, te lo seguro; ha estado con infinidad de mujeres.

—Pues a mí Margo me contaba que nunca llevaba a nadie a su casa.

—¡Es natural! No iba a estar con sus amiguitas estando Margo por allí. ¡Ya sabes lo anticuado que es en lo tocante a la educación de las mujeres, la liberación femenina y todo eso!

— Sí, claro que lo sé.

—Pues entonces grábate esto bien en la cabeza: Jacob no es de los que van por ahí con la intención de casarse. Ya sé lo que sientes por él, Kate, pero no dejes que los sentimientos te oculten la verdad; lo único que él busca es pasar un buen rato y satisfacer sus necesidades. Cuando se case, si es que alguna vez se casa, lo hará seguramente con Barbara Dugan, pura y simplemente porque su padre es el dueño del rancho contiguo al suyo. El Doble D es una propiedad enorme, y la chica no está nada mal, esa es la verdad.

Kate sintió que su entusiasmo cedía paulatinamente, dejando

paso a una angustia difícil de soportar. ¿Cómo iba a tener la fuerza de voluntad suficiente para decirle que no a Jacob si la invitaba a salir? Lo amaba tanto que unas cuantas horas en su compañía le habrían bastado para satisfacer a su hambriento corazón durante años.

—Seguramente tienes razón, Tom —asintió mirando tristemente a su hermano—. ¿Pero no crees que es posible que sienta algo por mí?

—Es posible. Pero no olvides la truculenta historia de su madre; es el recuerdo de su madre lo que lo hace ser así con las mujeres. Sería incapaz de casarse con una mujer con la que se hubiera acostado antes.

Kate se sonrojó sin querer y fijó la vista en la carretera.

—Por lo que me contaba Margo, su madre se acostaba constantemente con otros hombres. Y el pobre Hank se quedaba en casa sin hacer nada.

—La abuela decía que era una mujer que tenía algo de salvaje, todo lo contrario de Hank, que era tranquilo y apacible, sin grandes ambiciones. Sin embargo, ella era incapaz de conformarse con lo que tenía y terminó huyendo en pos de sus sueños. Yo creo que al fin consiguió lo que quería, porque se casó con un magnate del petróleo y vivió felizmente con él en Texas hasta su muerte. Pero Jacob seguía odiándola por lo que habían pasado su hermano, su padre y él por su culpa, al tener que pasarse la vida ocultando sus deslices.

—Tienes razón... es como si Jacob pensara que todas las mujeres son malas.

—Ya sabes, Kate, no olvides nunca que es un hombre que jamás se deja llevar por sus sentimientos.

—No lo olvidaré, Tom.

Tom hizo un gesto como si fuera a decir algo más, pero en lugar de ello esbozó una sonrisa y le dio unas palmaditas en la mano.

—¿Quieres que comamos algo antes de subir al avión? ¿Qué te gustaría?

—Calamares, por ejemplo.

—¡No, calamares no! Me gustaría algo más refinado.

Kate suspiró.

—No me digas más; lo que tú quieres es un solomillo con papas.

—No, mujer, algo refinado. Una hamburguesa con papas.

—¡Está bien! —exclamó Kate dándose por vencida—. Vamos para allá.

Tom la mantuvo distraída en todo momento contándole anécdotas de su loca agencia de publicidad neoyorquina. Las más divertidas se referían a la excentricidad de sus clientes, como el magnate del jabón, que lo recibía siempre—para escuchar sus estrategias de la campaña publicitaria sumergido en un baño caliente de espuma, teniendo como fondo música de Mozart; o la heredera de la industria del chicle, que llevaba a sus cachorrillos a todas las reuniones para asegurarse de que los amados animalitos aprobaban también las campañas de publicidad propuestas.

Tom era el único miembro de su familia que quedaba, y Kate estaba acostumbrada desde muy pequeña a apoyarse en él ante la menor dificultad. Por eso se sentía en cierto modo culpable al rebelarse interiormente contra él cuando le hablaba con tanta crudeza de Jacob. Quizá tenía razón, y lo que le estaba dando era un buen consejo, pero Kate habría preferido mil veces que fuera mentira. Era mucho más hermoso pensar que Jacob había reparado por fin en ella después de tantos años y que quería que los dos juntos empezaran de nuevo. En cualquier caso eso era lo que ella quería creer, y actuaría en consecuencia, por muchas advertencias que le hiciera su hermano.

Cuando llegaron a Chicago, se despidió de su hermano en el aeropuerto y tomó un taxi para su apartamento. No le sorprendía la sensación de soledad que la invadió de inmediato, porque ya estaba acostumbrada a sentirse así cada vez que veía a Jacob y tenía que separarse de él. Lo deseaba con toda su alma. ¿Sería tan peligroso como su hermano decía tener una aventura con él?

Al pensar en ello le pareció oír una vez más las duras recriminaciones de su padre. No, gritaba, su hija no iba a convertirse en una mujer de esa índole, de eso se encargaría é¡. Y hablaba constantemente de permisividad, de las enfermedades de la sociedad moderna, aterrorizándola con el peligro de tener un hijo no deseado, hasta que envenenó de miedos y recelos la mente infantil de Kate. Cuando Tom y ella llegaron a la escuela secundaria y se fueron a vivir con la abuela Walker, todos sus impulsos más espontáneos estaban ya aniquilados. Muchas veces Kate se

preguntaba qué habría sido de su vida si su madre no se hubiera marchado nunca. Según su padre, su madre había sido igual que la madre de Jacob, y juraba y perjuraba que Kate no era hija suya, pero ella se refugiaba en la certeza de su extraordinario parecido con su hermano y trataba de no pensar demasiado en ello. De todas formas, aquella parte de su vida pertenecía al pasado, y rememorarla sólo servía para volver a vivir las pesadillas.

Kate se metió en la cama, adormilada de cansancio, preguntándose si Tom tendría razón al afirmar que Jacob la había deseado durante años. Se sonrojó recordando la larga e insinuante mirada con que había recorrido su cuerpo. Aquella era la prueba de que ahora sí la deseaba. Y ella también lo deseaba a él, deseaba unirse a él y estar en perfecta unión, entre sus brazos, sin que nada los separara.

Se volvió entre las sábanas, atormentada por nuevos deseos.

Si Jacob la hubiera creído ese día sin dar lugar a aquel malentendido... Pero quizá el conocimiento de la verdad lo habría disuadido, porque si Tom tenía razón en lo referente a sus intenciones, sin duda preferiría a una mujer sofisticada, y al saber que ella seguía siendo virgen la habría evitado.

Dándole vueltas a aquel pensamiento, cerró los ojos y por fin consiguió conciliar el sueño.

CAPITULO TRES

SENTADA de nuevo ante su escritorio del periódico, Kate pensaba en sus breves vacaciones y le parecían un sueño. Como de costumbre, la redacción era un hervidero de actividad y confusión. Dan Harvey, el director del periódico, era la única persona que trabajaba poniendo en juego toda su capacidad. Quizá porque él conseguía milagrosamente salvarse de la locura, tenía aquel empeño por provocarla a su alrededor.

Harvey presidía la redacción y repartía las noticias entre sus redactores como si estuviera montando una delicada coreografía. Dentro de la jerarquía, estaba en primer lugar el director de noticias nacionales, que se encargaba de controlar los hechos producidos fuera de la ciudad mediante contactos y corresponsales del periódico. Luego estaban el director de artículos, el encargado del télex, el director de las notas sociales y muchos más, todos ellos, incluido Harvey, a las órdenes del director ejecutivo, Morgan Winthrop. Este era un veterano reportero que se había ganado su puesto después de largos años de experiencia, empezando desde abajo. Él era el hombre principal en la estructura de poder del periódico después del presidente, James Harris, y del editor.

En aquel momento, Kate se encontraba terminando con mucho esfuerzo las últimas líneas de un artículo sobre un concejal de la ciudad, el cual había saltado a la fama tras su decisión de vivir una semana en un barrio conocido por la alta incidencia de delincuencia. Resultaba verdaderamente difícil trabajar teniendo delante de la mesa a un hombre que no hacía más que mirar el reloj y golpear el suelo con el pie, en un gesto de impaciencia.

Finalmente, con un suspiro de alivio, se hizo a un lado y le mostró a su jefe la pantalla de la computadora.

—Ya está.

—Vete pasándolo —le dijo él, mientras iba leyendo en la pantalla.

Kate accionó la tecla para que fueran surgiendo las líneas en la impresora. Mientras leía, Harvey apretaba los labios, murmuraba algo ininteligible y asentía.

—De acuerdo, hazlo —dijo secamente, dejándola sola sin ninguna palabra de elogio.

—Gracias, Kate, has hecho un buen trabajo —se dijo Kate en voz baja, mientras iba registrando lo escrito en la memoria—. Eres una periodista sensacional, estamos contentísimos de tenerte con nosotros y no estamos dispuestos a dejarte marchar aunque eso suponga un aumento de diez mil dólares en tu sueldo.

—la Kate le van a subir el sueldo diez mil dólares! —exclamó Dorie Blake desde el otro extremo de la redacción, dirigiéndose a Harvey—. ¿No me lo podrías subir a mi también?

—Los redactores de la sección de sociedad no tienen aumentos —respondió Harvey haciendo gala de su seco sentido del humor, sin mirarla siquiera—. Date cuenta de que te estamos pagando por asistir a bodas.

—¿Qué? —exclamó Dorie.

—Te hartas de comer pasteles de boda, canapés y de beber champaña. Y eso es un beneficio extra.

Dorie le hizo una mueca sacándole la lengua.

—¡Esta juventud! —murmuró Harvey metiéndose en su despacho.

—Dile al señor Winthrop que Harvey ha estado espiándote desde detrás de la máquina de linotipia —le sugirió Bud Schuman, que pasaba por allí en dirección al lavabo.

Era un hombre casi tan calvo como Harvey, encorvado, con las gafas apoyadas casi en la punta de la nariz.

Dorie le lanzó una mirada centelleante.

—Bub, hace años que retiraron la máquina de linotipia. Y el director ejecutivo nunca presta oídos a nuestras quejas; está demasiado ocupado procurando que el periódico obtenga beneficios.

—¿Entonces se han llevado la máquina de linotipia? Ahora me explico por qué no tengo sitio para poner mi cenicero —respondió

Bud.

—Este hombre es increíble. Cualquier día perderá su coche porque no se acordará de dónde lo ha dejado estacionado —murmuró la mujer meneando la cabeza.

—Pero sigue siendo el mejor reportero de sucesos que tenemos —le respondió Kate—. Lleva veinticinco años en ello y no hay quien le gane. Figúrate, un día que me invitó a comer me estuvo contando que la policía descubrió aquí un negocio de trata de blancas. Se dedicaban a vender chicas...

—La verdad es que a mí no me importaría que me vendieran a Sylvester Stallone o a Arnold Schwarzenegger —dijo Dorie con un suspiro.

—Con la suerte que tú tienes, no me extrañaría que te vendieran a un restaurante y que te pasaras los años de tu decadencia lavando platos —murmuró Bud alejándose,

—¡Eres un sádico! —exclamó Dorie.

—Hoy tengo tres reuniones del comité y una conferencia de prensa en el centro —dijo Kate mientras revolvía el escritorio buscando su cámara—. El concejal James vuelve a estar en la brecha. Después de pasar una semana en ese barrio, va a informar a los periodistas de sus propuestas para resolver el problema de la delincuencia. Con un poco de suerte tendré el reportaje listo para pasarlo a la impresora a tiempo para cenar a una hora respetable.

—¿Tú crees que ese hombre está consiguiendo algo de verdad o se trata de una estrategia política para mantener en vilo a los periodistas? —preguntó Dorie.

—Yo creo que se preocupa de verdad —respondió Kate—. Una vez me hizo salir de una reunión del ayuntamiento y me apuntó para ayudar a una familia negra de su distrito que se había quedado sin dinero. ¿No te acuerdas que hice un reportaje sobre ellos? Se trataba de un error de la computadora del banco, pero se encontraban en unas condiciones deplorables, sin un céntimo y con un enfermo...

—Sí que me acuerdo —dijo Dorie con una sonrisa—. Eres la única persona que conozco que se atreve a internarse por esos barrios de noche sin que nadie la moleste. Los vecinos serían capaces de matar a quien se atreviera a tocarte.

—Por eso me encanta el trabajo de reportera —dijo Kate

pensativa—. Podemos perjudicar mucho a la gente, pero también hacer cosas buenas. Prefiero ayudar a la gente con problemas antes que brillar en mi profesión. Bueno, ahora tengo que irme. Hasta luego.

Kate agarró la cámara y la pequeña computadora portátil, un aparato maravilloso en el que tomaba las notas de la conferencia de prensa y que le permitía enviar directamente la información a la central de datos del periódico, ahorrándole así la molestia de tomar el teléfono y contárselo todo de viva voz al redactor nocturno.

Pero tuvo la mala fortuna de que el aparato se le estropeara en la reunión del comité, justo antes de la conferencia de prensa del concejal. Como andaba muy apurada de tiempo, tampoco tenía la posibilidad de volver al periódico por otro, así que no le quedaba más remedio que tomar las notas a mano, si es que alguien le prestaba un papel y un bolígrafo, porque daba la casualidad de que no llevaba ninguna de las dos cosas en el bolso.

Con aquellas perspectivas se adentró en el tráfico del centro de la ciudad. Aprovechando la pausa de un embotellamiento, tuvo tiempo para buscar un poco por el coche, y pudo encontrar unos cuantos sobres viejos metidos en la guantera. Como sucedía con frecuencia últimamente, se preguntó si no habría estado Jacob en la ciudad y ella no se habría enterado, lo cual era muy posible, ya que en aquellos últimos días se había quedado trabajando hasta tarde. Estaba tan emocionada ante la perspectiva de que Jacob la llamara, que había llegado incluso a pensar en la posibilidad de instalar un contestador automático. No obstante, pronto había abandonado la idea, porque sabía que la mayoría de la gente que ella conocía y que podía llamarla, probablemente colgaría al encontrarse con el contestador. Así que se pasaba el tiempo libre sentada junto al teléfono, mirando por la ventana o buscando en el buzón alguna carta con el matasellos de Dakota del Sur.

Cuando se cansaba de esperar inútilmente, se decía a sí misma que aquello era una locura; que Jacob le había tomado el pelo y que no tenía ninguna intención de llamarla. Sin embargo, no podía terminar de creer aquello por una razón muy sencilla, y era que Jacob no gastaba nunca bromas.

Entre unas cosas y otras, Kate llegó al estacionamiento del ayuntamiento. Antes de marcharse, miró con desolación las

abolladuras de los parachoques de su pequeño coche naranja.

—Pobrecito —murmuró fijándose en los impresionantes coches que lo rodeaban—. Pero no te preocupes, algún día de estos tendré dinero suficiente para llevarte a un taller y que te arreglen esos golpes.

Sí, algún día, quizá cuando cumpliera noventa años. Por muy emocionante que fuera, la profesión de periodista no era ni mucho menos la mejor pagada del mundo. Tenía que poner el máximo de sí misma, con perjuicio de sus nervios y a veces hasta de su salud, y ni siquiera recibía un pago por las horas extra que le dedicaba.

Cuando llegó a la sala de reuniones atestada, el concejal Barkley H. James ya estaba hablando con algunas personas. Los miembros de la prensa escrita y los profesionales de otros medios de comunicación habían empezado a acomodarse en los asientos, todos ellos con la expresión impasible y algo aburrida que caracterizaba a los miembros de la profesión. Más que el aburrimiento, su mal era el del cansancio por repetición, porque la mayoría de ellos eran reporteros veteranos que a lo largo de su carrera lo habían visto todo y habían perdido la capacidad de asombrarse ante nada. Se habían vuelto duros porque no les quedaba otro remedio, lo que no quería decir que no pudieran emocionarse. Se emocionaban, sí, pero habían aprendido a disimularlo .

Kate ocupó un asiento vacío junto a Roger Dean, corresponsal de una revista semanal de la ciudad. Roger andaba cerca de los cuarenta años y había dejado su trabajo en el periódico, tomándose el semanario como una especie de retiro.

—Hola, Roger, ¿qué tal? —saludó Kate mientras ponía a punto su cámara—. Ayer te vi en la reunión del comité directivo de aprovechamiento de los desechos sólidos, ¿eras tú, verdad?

—Sí. Era un trabajo estúpido, pero alguien tenía que hacerlo —respondió Roger—. ¿Cómo es que siempre te mandan a ti a cubrir esas noticias?

—Siempre que se presenta un trabajo de ese tipo, todos los de la redacción nos encerramos en el cuarto de baño hasta que Harvey elige a una víctima.

—Una vez a mí me tocó cubrir la información de un acto público en el que se anunciaba la apertura de un depósito de basuras en un barrio de la periferia. Aquello fue terrible; la gente

tenía pistolas, cuchillos y no hacía más que gritar.

Kate sonrió.

—Pues yo ya he sobrevivido a dos como esa. En la primera hubo una pelea terrible, y en la segunda un hombre estuvo a punto de tirar a otro por la ventana. Yo me vi envuelta en el tumulto y recuerdo haber recibido más de un pellizco malintencionado.

En aquel punto su conversación quedó interrumpida porque el concejal empezó a hablar. Comenzó describiendo la situación de su distrito; las elevadas cotas de desempleo y los grados intolerables de pobreza. Según él, los barrios deprimidos como aquel no tenían razón de existir en el siglo veinte. Antes que él comenzara a interesarse, el alcalde ya había emprendido un programa de revitalización, que él pensaba seguir a pies juntillas para mejorar las condiciones de aquel barrio azotado por la delincuencia.

Ya se había ocupado de interesar a varias empresas que estaban dispuestas a emprender la reforma de las casas del vecindario. Existían estadísticas que demostraban que la mejora de los barrios bajos se encontraba en relación directa con el descenso de la delincuencia. A continuación lanzó un auténtico bombardeo de datos estadísticos y terminó haciendo un rápido resumen de su plan de acción.

Al término de la rueda de prensa hubo la habitual estampida de periodistas para acaparar los teléfonos y llamar a sus respectivas redacciones, emisoras de radio y televisión con las noticias. Tanta expectación era debida a que la historia del concejal era actualidad desde hacía una semana, y todo el mundo seguía su desarrollo con interés

Después de aguantar empujones y pisotones durante un buen rato, Kate consiguió por fin llegar a un teléfono que funcionara. Telefoneó rápidamente y contó un somero resumen de la conferencia, justo a tiempo para que lo incluyeran en la siguiente edición.

Cuando hubo terminado, se apoyó en la pared, completamente agotada, observando a Roger, quien se acercaba a ella con toda tranquilidad.

—Sí, pero hoy precisamente se le ocurrió descomponerse. Odio las computadoras, casi tanto como a los reporteros de semanarios —murmuró Kate—. Ustedes no tienen que salir disparados al teléfono

y volver luego a su escritorio para redactar el reportaje ampliado...

—Sí, claro, nosotros llevamos una vida cómoda, sin agitaciones. No sabes cómo te equivocas. Mira, para tu información, te diré que el trabajo de los reporteros de semanarios es mucho más agotador que el de los periódicos. Ustedes no tienen que pegar su artículo, y volverlo a pegar si no cuadra bien, y volverlo a probar, y hacer líneas enteras para que se adapte al formato, y hacer anuncios y contestar el teléfono, y hacer trabajo comercial en la librería de detrás de la imprenta, y vender artículos de oficina y conseguir suscripciones...

—¡Por favor, para ya!

Roger se encogió de hombros.

—Lo único que hacía era recordarte la suerte que tienes. Bueno —añadió guardando el bolígrafo en el bolsillo de la camisa—, me voy. Me alegro mucho de haberte visto, Kate.

—Lo mismo digo.

Él la miró con una sonrisa.

—Si te vienes a cenar conmigo, a lo mejor consigo convencerte de que cambies de trabajo y todo. Vamos, Kate, te invito a una pizza.

Kate estuvo a punto de aceptar, pues aunque Roger no era ni mucho menos un príncipe encantador, le resultaba muy simpático, y le hubiera agradado desahogarse con él de las frustraciones de su trabajo. Sin embargo, tenía la casa sin recoger desde hacía días, y no podía retrasar más una pequeña limpieza.

—Te lo agradezco, Roger, pero tengo la casa hecha un desastre y hoy ya no me queda más remedio que recogerla un poco. ¿Lo dejamos para otro día?

—Está bien, si me sonríes así, no puedo negarme. Otro día será. Hasta luego, preciosa.

Roger le guiñó un ojo y se alejó, mientras Kate lo contemplaba alejarse pensando cómo una persona en su sano juicio podía haber rechazado la oportunidad de cenar gratis, tal y como estaban las cosas.

Kate llegó a su casa completamente agotada; lo único que deseaba era sumergirse en un baño de espuma y dormir. Cuando llegó a la puerta, oyó que el teléfono estaba sonando dentro. Entró corriendo y consiguió tomarlo antes que colgaran.

—¿Dígame?—contestó casi sin aliento—. Si eres tú, Dan Harvey, te advierto que no voy a cubrir ninguna información más por hoy, así que puedes ir buscando a la gente que ande escondida por el cuarto de baño...

—No soy Harvey —le interrumpió una voz profunda y familiar.

Kate sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Jacob? ¿Eres tú?

A Kate casi le parecía escuchar su sonrisa.

—Llevo una hora llamándote. Pensé que salías a las cinco.

Kate, que tenía un nudo en la garganta, se dejó caer en una silla haciendo un esfuerzo por no temblar demasiado. Habían transcurrido dos semanas desde la boda de Margo, pero a ella le parecía que llevaba años sin verlo.

—Sí, salgo a esa hora, pero hoy tuve que asistir a una conferencia de prensa en el ayuntamiento y el tráfico estaba imposible.

—¿Quieres cenar esta noche conmigo? —le preguntó él a bocajarro, empleando un tono que nunca había utilizado con ella antes.

Kate estuvo a punto de morirse al recordar lo poco que había faltado para que se marchara con Roger.

—Ahora son las seis y media —respondió mirando su reloj.

—¿Puedes arreglarte en media hora?

—¡Por supuesto!

Jacob se echó a reír.

—Entonces paso a buscarte a las siete.

—Espera un momento. Tú no sabes dónde vivo

—Sí lo sé —respondió él lacónicamente, y colgó sin mediar más palabra.

Kate tardó diez minutos en ducharse y secarse el pelo, pero la elección del vestido apropiado para la ocasión le, costó un cuarto de hora de profundas reflexiones. Uno le parecía demasiado serio, el otro excesivamente descocado, y el tercero tristemente viejo. El único que podía pasar era su favorito, un vestido negro de seda con un pronunciado escote y falda estrecha que le llegaba por mitad de la rodilla. Resultaba sencillo y a la vez elegante, con el complemento de los zapatos altos de terciopelo negro y la gargantilla dorada. Se dejó el largo pelo negro suelto y no se

maquilló demasiado, porque sabía que a Jacob no le gustaban las mujeres demasiado sofisticadas.

Llegó puntual; cuando daban las siete, llamó al timbre, y Kate accionó el botón del portero automático con manos temblorosas. Minutos después, le abrió la puerta temblando de pies a cabeza, aunque estaba haciendo todo lo posible por fingir que estaba tranquila.

—Estás muy guapa —le dijo al vería, fijándose en el vestido—. Me alegro de que no hayas pensado que iba a llevarte a comer una hamburguesa.

Kate se sonrojó,

—Yo...

—Toma el bolso y vámonos. He reservado mesa para las siete y media.

Ella obedeció sin decir nada, cerró la puerta con llave y lo siguió hasta el ascensor.

—La verdad es que no me avisaste de lo que me debía poner.

Kate no iba a admitir que se había vestido de aquella manera sólo para gustarle.

Una vez dentro del ascensor, Kate se sintió observada, y con cierto sobresalto cayó en la cuenta de que era la primera vez que se encontraba a solas con él. Para Kate era una novedad sentirse mirada por él como una mujer, y no como la niña amiga de su sobrina. De pronto todo se le antojaba diferente, y quizá por eso, el corazón le latía alocadamente.

—Te noto nerviosa conmigo... ¿por qué?

Kate se encogió de hombros.

—Tú siempre me pones nerviosa... no sé, consigues intimidarme.

—Ya no eres una niña. Hazte a la idea de que esta noche eres mi pareja, no la mejor amiga de Margo. Espero no tener que ponerte el babero cuando nos sentemos a la mesa.

Aquello era pasarse de la raya. En un arranque de orgullo, Kate le advirtió:

—Oye, si prefieres cenar solo...

— Desde luego, como sigas haciéndote la tímida conmigo, me arrepentiré de no haber salido a cenar solo. Para tu información, si hubiera querido la compañía de una jovencita virgen, me habría buscado una...

Kate estuvo a punto de gritarle que ella era eso ni más ni menos, pero se contuvo a tiempo porque sabía que semejante confesión sólo serviría para echar a perder la velada de antemano. Se había pasado años soñando con aquella noche y ahora no podía estropearla con una indiscreción.

Así que en lugar de contestarle como hubiera querido, se las arregló para esbozar una sonrisa coqueta y dijo:

—Perdona, es que hoy he tenido un día de mucho trabajo.

Jacob aceptó sus disculpas con una simple mirada. Cuando llegaron a la planta baja, la tomó del brazo y la condujo hasta un flamante Mercedes plateado de alquiler.

—Es como el tuyo —comentó Kate al subirse.

En efecto, los Cade tenían dos coches: un Lincoln negro y un Mercedes plateado exactamente igual que aquel, además del resto de los vehículos del rancho.

—Es que es el mío, Kate. Ya sabes que no me gustan nada los aviones, así que me vine en coche.

—Habrás tardado por lo menos un día entero —observó Kate.

—He hecho el viaje en dos días, porque me paré en Wisconsin. Tenía que hablar con un granjero de allí.

Resultaba sorprendente que hubiera llegado hasta Chicago sin matarse, sabiendo cómo conducía.

—¿No te han puesto ninguna multa por exceso de velocidad?

—Perdona, ¿cómo dices? —preguntó fríamente.

Kate bajó los ojos, obstinada.

—¿Cuántos coches destrozaste mientras estabas en la universidad?

—Yo no soy un mal conductor —en el momento en que decía aquello, salió a la carretera, sin darse cuenta de que en aquel momento pasaba un vehículo, que tuvo que frenar para no chocar por detrás—. Idiotas —murmuró—. En esta maldita ciudad nadie sabe conducir como es debido. Van como locos. Esta noche he tenido ya cinco amenazas de encontronazo.

Kate no dijo nada, porque estaba demasiado concentrada haciendo grandes esfuerzos para no echarse a reír.

—Está bien, está bien. Pero que quede claro que no fueron tres coches los que dejé inservibles, como todo el mundo dice, sino dos.

Se miraron, sonrientes, y Kate se sonrojó un poco al darse cuenta

de que se fijaba en sus labios.

—Dime, Kate, ¿con quién me has confundido esta tarde cuando te llamé por teléfono?

— Con el jefe de redacción del periódico. Tengo una habilidad especial para que me den las peores tareas, porque el resto de la gente se escabulle.

— Me dijiste que estuviste en una conferencia de prensa. ¿De quién? —preguntó él sacando un cigarrillo.

Kate le contó la historia del concejal, sus planes para la barriada y las reformas que con tanto éxito estaba llevando a cabo el alcalde.

—Las ciudades grandes como ésta cada vez están más deshumanizadas, y siempre es positivo que se intenten soluciones para los barrios más conflictivos. A mí también me alegra porque me gusta Chicago.

Jacob la miró con curiosidad, pero no dijo nada. Hubo un silencio, al cabo del cual, Kate dijo:

—Nunca habías querido salir conmigo. De hecho, yo estaba convencida de que me odiabas.

Acababan de llegar al restaurante. Jacob detuvo el coche, puso el freno de mano y la miró.

—El odio y el deseo son las dos caras de una misma moneda. Yo no podía seducir a la mejor amiga de mi sobrina.

Kate tuvo la sensación de que el corazón quería salírsele del pecho.

—Yo... no me había dado cuenta.

—Porque yo me he preocupado siempre de disimular —respondió Jacob con voz suave, recorriéndola con una mirada intensa—. Mi mayor preocupación era mantener a Margo al margen de esas cosas. Por eso no he llevado nunca mujeres a casa. Tú eras la posibilidad más difícil, de hecho la primera mujer de mi vida que estaba completamente fuera de mi alcance.

Kate lo escuchaba sin dejar de pensar ni un momento en que Jacob estaba hablando en términos de deseo y no de amor. Tal y como le había aconsejado su hermano Tom, más le valía andarse con cuidado. Pero era inútil, porque ya no podía hacer nada; Jacob se había introducido en su corazón, lo amaba demasiado como para dar marcha atrás.

—Pero ahora Margo se ha casado —añadió él con voz cálida,

acariciándole el pelo de una manera que la hizo temblar—, y ya no tengo por qué disimular durante más tiempo. Ya tienes casi veinticinco años, eres una mujer independiente y responsable, y vives en la ciudad. Ya no tengo que tratarte como a una niña, ¿verdad, Kate?

A Kate no le importaba en absoluto cómo la tratara, y ahí residía el problema. Por una parte hubiera deseado decirle que se equivocaba al juzgarla; hablarle de su niñez y de la severísima educación que había recibido de su padre, pero también temía que al saber la verdad él regresara a Dakota del Sur y no volviera a acercarse a ella. Por eso se mordió la lengua y no le dijo que estaba equivocado.

Jacob terminó de fumar su cigarro lentamente, y al inclinarse a apagarlo se acercó mucho a ella, tanto que casi la rozaba. Kate sintió que se perdía en la profundidad de sus ojos, en su olor. Sintió que el corazón le daba un vuelco cuando él posó la mano en su mejilla y comenzó a acariciarla lentamente, pasando los dedos por sus labios.

—No llevas maquillaje —comentó suavemente —. Me gusta. Además, vas vestida como una señora —añadió fijándose en su vestido —. Dime, ¿llevas algo debajo del vestido?

Sonrojándose, Kate apartó la vista, luchando para no mostrarse como la niña inocente que era.

—¿Por qué no entramos a cenar?

Jacob se echó a reír.

—Muy bien. Lo haremos a tu manera, si eso es lo que quieres.

Kate no sabía a qué se refería con aquella frase, pero prefirió no preguntar, porque era más seguro.

El restaurante estaba prácticamente lleno, pero a ellos les dieron una mesa en el piso superior. El ambiente era tan exquisito, que Kate no pudo evitar sentirse un tanto fuera de lugar, a pesar del elegante vestido que llevaba. Ella habría tenido que ahorrar durante meses para poder permitirse una cena en un sitio como aquel, mientras que todas las mujeres que veía a su alrededor olían a dinero y abundancia.

—No pongas esa cara, mujer —dijo Jacob, advirtiendo su turbación —. Al fin y al cabo son personas, como tú y como yo.

Kate se echó a reír, nerviosa.

—Si tú supieras cómo me he criado yo.

—Lo sé. Conozco la casa de tu abuela. Era un viejo edificio Victoriano, pero elegante a su manera.

—Yo pasé mi niñez en Nebraska. En una granja. Mi padre era pobre, y mi madre se fue de casa cuando Tom y yo éramos unos bebés. Después seguimos viviendo con mi padre hasta que murió.

Lo que no dijo es que había muerto de un tumor cerebral que lo hizo enloquecer. Se estremeció imperceptiblemente al evocar tantos recuerdos dolorosos. Después de lo que había pasado con su padre, todavía sentía miedo a la autoridad masculina. Todavía le parecía escuchar los gritos de su padre, y sentía los correazos que le propinaba cada vez que se producía uno de sus frecuentes ataques de ira.

—Yo siempre he sido rico —contestó Jacob—. Heredamos el dinero de mi bisabuelo, que hizo su fortuna por el año 1880, cuando los temporales acabaron con más de la mitad del ganado del oeste. El viejo diablo debía tener una habilidad especial para prever el mal tiempo, y se las arregló para trasladar su ganado al este antes que llegara el temporal de nieve. Así hizo su fortuna.

—Pero el dinero trae consigo quebraderos de cabeza —comentó Kate, estudiándolo con atención—. Tú, por ejemplo, apenas dispones de tiempo para dedicarlo a ti mismo.

Jacob torció la boca.

—¿Tú crees?

Kate bajó la vista, fijándola en el mantel. Por un momento sólo se escuchó la melodía romántica de fondo y el ruido mitigado de las conversaciones a su alrededor.

—Por lo menos durante el día. Cuando Margo y yo éramos pequeñas y yo pasaba temporadas en el rancho, recuerdo que tú siempre estabas ocupado con algo.

—Cuando se tienen negocios entre manos, uno no puede estar con los brazos cruzados, Kate. Yo no podría soportar una vida inactiva.

Y era cierto. Kate no podía imaginarse a un hombre de su constitución y fuerza física sentado todo el día detrás de un escritorio.

—Yo tampoco soportaría estar sin hacer nada. Aunque mi trabajo es a veces desagradable, también tiene muchas

compensaciones.

—En eso te creo. Trabajas rodeada de hombres, ¿verdad?

Era evidente el doble sentido de su pregunta. Pero Kate no estaba dispuesta a dejarse avasallar, y lo miró directamente, sin vacilar.

—Sí, trabajo con muchos hombres, y no sólo en la redacción del periódico. También conozco policías, miembros de equipos de rescate, políticos... ya sabes. Yo soy como cualquiera de los compañeros.

—Ya lo veo —respondió él con marcada ironía, fijándose en el escote de su vestido.

—Para tu información, cuando voy a trabajar no me pongo vestidos provocativos, ni me dedico a mirar a hombres casados... ¡y si sigues haciendo alusiones veladas sobre lo que sorprendiste en la caseta de baño hace seis años, me iré ahora mismo de aquí!

—Siéntate.

Se lo dijo con tanta frialdad, que Kate se sintió enferma. Casi inconscientemente, quizá intimidada por su manera de mirarla, se sentó, temblando de furia. A su alrededor, la gente se volvía, quizá interesada por lo que debía parecer una pelea de enamorados.

—Sé muy bien lo que pensaste aquel día, y te vuelvo a repetir que estabas equivocado.

—Lo que vi era demasiado evidente para que ahora vengas tú a negármelo. Si en vez de ser tú hubiera encontrado allí a mi sobrina, le habría partido la cara sin dudarlo, aunque ella lo hubiera provocado.

Así era su carácter; luchaba por lo que era suyo como un tigre, pero no por Kate, porque de ella pensaba que era una muchachita ligera de cascos que no necesitaba la protección de nadie. Resultaba incluso sorprendente que se inclinara de tal modo a creer siempre lo peor de ella, aun cuando las evidencias apuntaban lo contrario. Después de conocerla durante años, y de ser encantador con ella, en un solo día había cambiado por completo de opinión. La verdad era que Kate nunca había comprendido el porqué.

—Qué afortunada era Margo al tenerte a ti para que la mimaras —murmuró amargamente—. Tom y yo nunca hemos tenido ese problema, desde luego.

—T u abuela no era pobre —arguyó Jacob.

—No me estaba refiriendo al dinero.

Lo que les había faltado a Tom y a ella había sido un poco de amor. La abuela Walker nunca había sido una persona demasiado afectiva, y no había renunciado a nada por ellos; por el contrario, estaba obsesionada con la idea de que a los niños no había que mimarlos demasiado.

En aquel momento se presentó el camarero con las cartas, y Kate estudió la suya sin el menor interés. Aquella conversación había terminado del todo con su apetito.

—¿Qué quieres? —preguntó Jacob en tono indiferente.

Kate se limitó a responderle con una mirada que no requería palabras adicionales. La reacción de Jacob fue romper a reír con todas sus ganas.

—Es cierto eso de que hay miradas que matan... ¿estabas pensando que te gustaría verme a mí incluido en el menú?

—Te odio —replicó Kate con toda su alma—. Ha sido un tremendo error por mi parte acceder a salir contigo. No, no quiero comer nada; me quiero ir. Tú quédate y disfruta de tu cena. Yo voy a tomar un taxi y me voy a casa...

—Como no te sientes ahora mismo, aquí va a haber algo más que palabras. Detesto las escenitas de este tipo.

—Pues qué casualidad, porque hasta esta noche no había tenido que hacer nunca alguna —replicó Kate secamente.

Jacob se quedó mirándola, envuelto en un tumulto de sentimientos contradictorios, de los cuales, el más intenso era el deseo. Aquella mujer era la más apetecible que había conocido, y se había pasado años y años haciéndose reproches y tratando de mitigar la pasión que lo consumía cada vez que la tenía cerca. Y ahora que las barreras habían desaparecido, no conseguía hacerse a la idea de que la tenía a su alcance, y se veía sumido en un mar de confusión. Era una mujer deliciosa; en ella se resumían todos sus sueños de seducción y dulzura, y lo peor era que no podía dejar de pensar en cuántos hombres la habrían deseado de la misma forma enloquecida que él, y cuántos la habrían poseído... llegado a ese punto, los celos lo atormentaban y no le dejaban en paz. Sin embargo, no le importaba; estaba dispuesto a tragarse toda la rabia con tal de poseerla una vez, aunque sólo fuera por una noche, el tiempo suficiente para conocer aquel cuerpo suave e insinuante

encendido por la pasión. Después la fiebre se apagaría y se liberaría de su hechizo.

Kate no se podía imaginar que Jacob había empezado a mirarla como una mujer desde el momento en que la vio besando a aquel muchacho en la piscina, presa de apasionamiento, pero cuando su deseo se manifestó con más brutalidad fue al sorprenderla desnuda en la caseta de baño. La impresión había sido tan fuerte, que estalló.

Jacob ni siquiera quería salir con ella aquella noche, pero el deseo había terminado por vencer a la voluntad. Era una fuerza irresistible que no podía detener. Por eso se alegraba en el fondo de que Kate fuera una mujer experimentada en cuestiones sexuales; así no tendría que superar los escrúpulos de seducir a una inocente. Él pensaba, con su mentalidad un tanto anticuada, que el día que le hiciera el amor a una mujer virgen, tendría que casarse con ella.

Kate parecía triste, y él la miraba irritado consigo mismo. El deseo era tan fuerte que ya lo sentía como algo vivo en su cuerpo cuando ni siquiera la había tocado aún. Aquella mujer era una tentación. No importaba que no fuera inocente, porque si hubiera sido virgen, jamás se habría atrevido a ponerle una mano encima.

Jacob se recostó en su asiento y paseó la mirada por el escote del vestido.

—Mírame.

Así lo hizo Kate, temblorosa de furia. Lo había estropeado todo. Cuando ella habló, tenía la voz trémula.

—No debería haber venido contigo. Roger Dean quería invitarme a una pizza. Debería haber aceptado.

—¿De quién hablas?

—Roger Dean —repitió Kate, aprovechándose de su irritación—. Es un reportero de otra revista. Un hombre muy guapo y muy simpático. A él le gusto tal como soy.

Entonces era cierto que había otros hombres. Aquella certeza lo hirió en lo más profundo, despertando un sentimiento que no tenía previsto.

—¿No quisiste salir con él para venir conmigo? —le preguntó, con la sensación de que aquello debía ser una práctica habitual en ella.

—Rechacé su invitación antes que tú llamaras. Siento

desilusionarte.

En aquel momento llegó el camarero. Jacob pidió para él carne asada con papas y luego se volvió a Kate.

—¿Tú qué quieres?

—Cóctel de mariscos y un café.

—Necesitas comer algo más.

—Muchas gracias, pero no quiero nada más.

Kate le devolvió la carta al camarero con una débil sonrisa, y hasta ese momento Jacob no se dio cuenta de que parecía muy cansada,

—Te he estropeado la noche, ¿verdad? —le preguntó mientras encendía un cigarrillo, mirándola inquisitivamente.

—Cuando llamaste acababa de llegar a casa y después tuve que arreglarme a toda velocidad. He revuelto todo el armario buscando un vestido lo suficiente bonito como para que te gustara a ti. Me sentía... emocionada ante la perspectiva de salir contigo una noche, después de todos estos años en los que he creído que lo único que sentías por mí era repulsión. No podía imaginarme que quisieras salir conmigo. Así que este desastre ha sido culpa mía —añadió bajando los ojos—; he venido yo porque he querido, y no debería haberlo hecho.

Jacob la miró atónito, porque lo último que a él se le habría ocurrido era que Kate pudiera querer salir con él. Alguna vez había pensado que era posible que sintiera algo de la atracción física que a él lo empujaba, pero nunca nada más. A pesar de su aspecto de mujer moderna, Kate era muy reservada y misteriosa, y costaba trabajo adivinar sus sentimientos.

—Podríamos hacer una tregua, aunque sólo sea por una vez.

Por primera vez en su vida, Jacob no se sentía al mando de la situación con una mujer, y era culpa de Kate, que se las arreglaba para hacerle creer todo lo que decía... o lo intentaba, porque él no se iba a fiar de su supuesta sinceridad.

Vencida por su sonrisa, Kate contestó:

— Está bien, podemos intentar una tregua, si quieres.

Jacob le tomó la mano y la levantó un momento para mirarla. Era una mano pequeña, fina, sin anillos y con las uñas cortas y redondeadas, sin pintar. Pero lo más desconcertante era que al tocarla perdía el aliento.

Cuando sintió que la empezaba a acariciar, Kate lo miró a los ojos, y al cabo de unos segundos las caricias y las miradas habían hecho desaparecer todo lo que les rodeaba.

Al cabo de un momento, la mirada de Jacob se hizo dura, y sus dedos se cerraron en torno a su mano con fuerza.

—Kate —susurró, al tiempo que entrelazaba los dedos de ambos, en un gesto que resultaba tan íntimo como un beso.

Kate se sentía intimidada tanto por su mirada como por aquella caricia insinuante. Era una sensación nueva para ella que hizo que su respiración se acelerara y que su cuerpo reaccionara de manera imprevista, como si antes hubiese estado dormido.

—Años —agregó Jacob—. He esperado años a que llegara esta noche, Kate.

Intuyendo lo que insinuaba, Kate estuvo a punto de confesarle un montón de cosas, pero se contuvo. No podía echar a perder en un momento algo que podía ser maravilloso. Sí, ella también había esperado durante años aquella noche, y ahora todos sus sueños dorados parecían a punto de cumplirse. De lo que no estaba segura era de si los sueños de Jacob se corresponderían con los suyos. ¿Habrían esperado ambos por la misma razón?

CAPITULO CUATRO

EN aquel momento llegó el camarero, y el encanto quedó roto. Kate comió mecánicamente, porque su mente estaba puesta en los sentimientos maravillosos que le producía la presencia de Jacob. A partir de entonces la conversación se centró en temas sin trascendencia, pero a pesar de todo, Kate hubiera podido jurar que Jacob se encontraba tan excitado físicamente como ella; lo adivinaba por sus ojos, que apenas se apartaban de ella ni un momento.

Cuando hubo terminado su plato, encendió su cigarrillo y le preguntó:

—¿Qué quieres de postre?

—No quiero nada, gracias. No me gustan los dulces.

—A mí tampoco, pero tengo una excepción de oro; el pastel de manzana. Janet, nuestra criada, hace uno de vez en cuando, si mi padre se lo pide.

—Tu padre es un hombre muy agradable —observó Kate.

—Agradable. Esa es la palabra. A mí nadie me ha acusado nunca de ser agradable.

—Cada uno es como es, Jacob.

—Ya, y si no llega a ser por mi temperamento fuerte, habríamos perdido Warlace hace doce años. También hay cualidades como el sentido común. Mi padre se gastaba el capital más deprisa de lo que tardaba en ganarlo con el rancho. Últimamente, los ranchos han pasado una mala época, y muchos propietarios se han arruinado.

—Tú nunca te arruinarás —murmuró Kate.

—Yo no soy Superman. Y debo admitir que también he cometido muchos errores. Pero cuando se trata de negocios, o se es duro, o no se llega a ninguna parte. Mi padre debería haber sido inventor. Se

pasaba el día metido en su taller y no se preocupaba de renovar el ganado.

Kate lo miró a los ojos y por fin se atrevió a hacerle la pregunta que le rondaba.

—Tu madre no era una mujer soñadora, ¿verdad?

Jacob se quedó mirando al vacío un momento, y luego empezó a hablar.

—Yo la odiaba —dijo en voz muy baja, casi un susurro—. Desde que fui lo suficiente mayor como para comprender todo lo que le estaba haciendo a mi padre, la odié con todas mis fuerzas. No era más que una fulana oportunista. Cuando ya se había casado con aquel petrolero de Texas me invitó a pasar con ella unos días, y resultó muy cómico verla intentando justificarse.

—Ni siquiera te molestaste en escucharla, ¿verdad? —preguntó Kate con tristeza.

Su mirada se volvió fría.

—Tú no puedes hacerte una idea de lo que fue mi niñez.

Claro que sé lo podía imaginar; con aquel orgullo suyo debió de ser un verdadero infierno.

—Terminaste por salirte del colegio, ¿verdad?

—Mi padre se cansó de que el director lo llamara a su despacho dos veces por semana. Siempre me estaba metiendo en peleas.

—Mi padre decía que mi madre era como la tuya —dijo Kate, con voz vacilante—. De todas formas, yo no puedo hablar, porque no llegué a conocerla. Luego mi padre perdió la cabeza por culpa de una enfermedad, y le dio por obsesionarse conmigo; decía que tenía que evitar a toda costa que yo fuera como ella.

Jacob estuvo a punto de hacer un comentario sarcástico, pero se contuvo a tiempo. Le maravillaba que tuviera la desfachatez de hablarle así cuando en realidad debía ser como ella. A pesar de la amargura de su gesto no podía creer lo que le intentaba hacer creer. No podía confiar en ella.

—Mi padre y yo siempre procuramos que Margo no viera nada malo a su alrededor, sin hacérselo notar.

Apagó su cigarrillo con un gesto brusco. No quería saber nada acerca de la infancia de Kate; ya sabía lo suficiente de ella. El deseo seguía atormentándolo, cada vez con mayor intensidad.

—¿Quieres que nos vayamos ya?

—Sí.

Kate lo miró pagar con expresión ausente. Como era de esperar, Jacob se había aburrido de ella antes de lo previsto y ahora la llevaría a casa y él volvería a Dakota del Sur. Pasarían meses enteros hasta que lo volviera a ver, o quizá no volvería a verlo nunca, a juzgar por su actitud, que se había vuelto más fría.

Salieron al exterior, donde los envolvieron las luces de neón y el estrépito del tráfico.

—Yo nunca podría acostumbrarme a vivir en la ciudad —observó Jacob cuando estuvieron en el coche—. A mi me gustan los espacios abiertos.

—Al principio, cuando vine aquí, yo no conseguía dormir por las noches —comentó Kate con una sonrisa—. Me despertaban constantemente los ruidos de las sirenas y las bocinas, que no se parecen en nada al maullido de los gatos y a los mugidos del ganado.

—Sí.

Kate lo miró mientras maniobraba para salir del estacionamiento, y se dijo que no había ningún motivo para negarse aquel placer sabiendo que probablemente no volvería a verlo a solas. Jacob se detuvo en un semáforo y la miró fugazmente.

—¿Se puede saber por qué me estás mirando así?

Kate le miró con expresión soñadora. Jacob entonces le tomó una mano y no dejó de acariciársela hasta que llegaron a su casa.

Cuando estuvieron frente a los apartamentos, Kate estaba al borde del ataque de nervios, sumida en una incertidumbre absoluta. Jacob detuvo el coche, le soltó la mano y se volvió a mirarla lentamente. Mientras tanto ella le contemplaba el rostro, apenas iluminado por las luces de los faroles, y él hacía un esfuerzo para que el deseo que lo devoraba no le hiciera perder el control.

Kate sintió que su orgullo se desvanecía, dominado por la magnitud de su amor. ¿De qué le iba a servir el orgullo después, cuando él se hubiera marchado y volviera a estar sola?

Sus manos trémulas buscaron las de él.

—Jacob, por favor, bésame. Aunque sólo sea una vez...

Aquella petición terminó de volverlo loco. Jacob la abrazó con demasiada brusquedad quizá, pero es que le ardía el cuerpo. Le hizo volver la cara hacia él, sintiéndose más hombre y más poderoso que

nunca, y clavó la vista en sus ojos anhelantes.

—Abre la boca y apóyala en la mía, Kate —le dijo casi en tono de mando.

Sus manos en las mejillas la quemaban. Aquel era el sueño de su vida, llegar a besarlo algún día.

Kate cerró los ojos ya cuajados de lágrimas e hizo tal y como él le decía. Sintió el contacto de sus labios y se estremeció, casi temiendo que no podría expresar todo lo que en aquel momento estaba sintiendo por él.

—Jacob —susurró deslizando las manos por su pecho, por debajo de su chaqueta.

Sentía en la palma de la mano, y bajo la camisa, sus músculos tensos y el vello. En aquel momento, Jacob la hizo apoyar la cabeza en su hombro e introdujo la lengua entre sus labios entreabiertos, delicadamente al principio, hasta que tomó posesión completa de ella y el beso se hizo íntimo, profundo, tan placentero que resultaba devastador.

Kate seguía acariciándole el pecho por encima de la camisa, hasta que sintió la mano de Jacob, impaciente, que comenzaba a desabrochar los botones. Después le llevó la mano allí donde había abierto la camisa y la movió lentamente, enseñándole cómo le gustaba que lo acariciara.

La pasión creció bruscamente, como una tormenta. Los movimientos suaves y pausados de Jacob se volvieron de pronto casi violentos; la hizo recostarse sobre el asiento y la besó con todas sus fuerzas. Kate se entregó sin resistencia, cediendo a aquel ardor que se correspondía con lo mejor de sus sueños. Comenzó a gemir débilmente, sin darse cuenta de que Jacob estaba llegando a límites de excitación incontenibles.

Por fin él se apartó, con la respiración entrecortada y el corazón palpitante.

—No podemos quedarnos aquí toda la noche haciendo esto. ¿Vamos a tu apartamento o a mi habitación del hotel? ¿O quieres que me vaya solo?

Debía haberle indicado aquello último. También debería haberle dicho que ella era virgen y que él no tenía ningún derecho a pedirle aquello después de tratarla como lo había hecho. Pero también era posible que él no se diera cuenta de nada, y, además, después de

haberse pasado toda la vida sola, ¿no se merecía un poco de luz entre tanta oscuridad? Un solo recuerdo alegre... Aunque sólo fuera por amarlo tanto, tenía aquel derecho.

—No... te vayas a casa —susurró.

Jacob la miró a los ojos con una sensación de triunfo, mientras se esforzaba por no pensar cuántas veces se habría entregado a otros hombres con tanta facilidad.

Subieron al apartamento en silencio. Kate empezó a sentirse violenta, y la tensión aumentó cuando abrió la puerta del apartamento y lo hizo entrar. Una vez dentro, se volvió con la intención de decirle que no estaba segura, para explicarle lo que tenía que saber de su pasado. Pero él no la dejó decir nada, la retuvo contra la puerta y comenzó a besarla con infinita suavidad.

El apartamento estaba a oscuras, y afuera, el barullo del tráfico y las sirenas quedaba amortiguado por el acelerado ritmo de las respiraciones entremezcladas. Kate sintió que Jacob ponía las manos en sus caderas, y acto seguido su cuerpo la oprimía con todo su peso contra la puerta. Sentía en la espalda el frío pomo de la puerta. Su propio cuerpo reaccionaba de una manera extraña; sin darse cuenta estaba arqueando la espalda, oprimiendo las caderas contra las de él, estimulando su ardor.

Jacob le acariciaba los muslos con movimientos ascendentes, arrastrando con la mano su falda, mientras seguía besándola con una ternura enloquecedora. Entonces Jacob la hizo moverse un poco, y enseguida sintió sus manos desatando los tirantes que sujetaban el talle de su vestido. Lo miró con los ojos muy abiertos, asustada, lo cual extrañó a Jacob, que sabía de sobra que no era el primer hombre que hacía aquello con ella. Sin embargo, no cabía duda de que Kate lo deseaba con todas sus fuerzas, y eso lo complacía.

Cuando había terminado de desatar los tirantes y estaba a punto de dejar al descubierto sus pechos llenos y suaves, Kate cedió a un reflejo instintivo y lo sujetó por las muñecas.

—No finjas, Kate —le dijo él suavemente—. Ya te he dicho antes que no quiero que conmigo te hagas la inocente.

Aquello equivalía a decir que si se enteraba de que en efecto era inocente saldría inmediatamente por la puerta y perdería todo interés. Kate se mordió los labios desesperada. ¿Qué iba a ocurrir

cuando estuvieran en la cama? ¿Se daría cuenta? Quizá se pusiera furioso...

—Deja de mirarme de esa manera, y en vez de morderte los labios, muérdemelos a mí...

Jacob recorrió su rostro con besos menudos y suaves. Mientras tanto, iba deslizando su vestido hacia abajo, y acariciaba suavemente la parte superior de sus pechos.

—Relájate —susurró al sentirla temblar bajo sus manos—. La noche es larga... no tenemos ninguna prisa.

No era cierto; el miedo a que descubriera la verdad hacía que Kate deseara que todo sucediera muy aprisa, lo más rápido. Ella lo amaba y quería ofrecerle una noche que ya no pudiera olvidar jamás.

Aunque no tenía experiencia, Kate era una devoradora de libros, y había aprendido mucho acerca de los hombres en sus novelas de amor. Así que sin pensarlo más llevó las manos hasta su camisa y comenzó a acariciarle el pecho, enredando los dedos en su vello. Mientras tanto, hacía oscilar sus caderas levemente, rozando sus muslos.

Jacob se estremeció, y las caricias de su boca se hicieron bruscas. Dejó de insinuar caricias en sus senos y los frotó con energía, deslizando la palma de la mano contra sus pezones erguidos, asiéndolos entre los dedos.

Kate lo sintió estremecerse y se dio cuenta de que estaba tan excitado que había perdido el control; lo notaba en la pasión exaltada con que había empezado a acariciarla. Comenzó a moverse, introduciendo la rodilla entre sus muslos. Después con un movimiento impaciente, la desnudó hasta la cintura, y apretó el cuerpo contra el suyo, casi haciéndole daño en los pechos desnudos.

Le ardía todo el cuerpo. Jacob la acariciaba como nunca hubiera soñado que un hombre pudiera hacerlo. De alguna manera se las arregló para desnudarla a ella y a él mismo mientras seguían allí de píe. El deseo le creaba tanta tensión, que fue un alivio para Kate sentir su piel desnuda contra la suya por fin, sin ninguna barrera.

Sin abandonar la presión insistente de su boca, Jacob la levantó en brazos y la llevó al dormitorio. A partir de entonces las cosas se sucedieron con una rapidez vertiginosa; un segundo después estaba sobre ella, recorriendo centímetro a centímetro su piel con su boca

caliente y húmeda, como si quisiera devorarla. Cuando por fin la colocó con una intención clara de pasar adelante, Kate empezó a temblar de pies a cabeza, aunque el deseo podía con el miedo.

—Jacob —gimió con los ojos húmedos de lágrimas.

—No digas nada —susurró él.

Diciendo aquello, la agarró de las manos y se colocó sobre ella.

—Ten... cuidado —le dijo a duras penas, pues los nervios no la dejaban ni hablar.

—No voy a hacerte daño. Relájate.

Apenas había tenido tiempo para darse cuenta de lo que le estaba diciendo cuando Jacob ya había penetrado en su cuerpo. Se miraban a los ojos. Sintiéndola tensa, Jacob la acarició suavemente entre los muslos, para apaciguarla. Pero Kate sufrió un violento estremecimiento; aquello no eran nervios, ni tensión, sino dolor, simple y llanamente. Entonces Jacob se inclinó sobre ella y comenzó a moverse en su interior mordiéndole los labios con ansiedad.

Ella intentó apartarlo de sí poniéndole ambas manos contra su pecho, pero ya era demasiado tarde; él pensó que sus movimientos bruscos y repentinos eran la señal de que ella alcanzaba el orgasmo, en vez de que se debatía desesperadamente, como lo estaba haciendo. Aquella reacción de Kate lo puso al borde de la culminación al empezar por primera vez en su vida. Las lágrimas quemaban los ojos de Kate pero él no las veía. Sin preocuparse más, Jacob se dejó llevar por las riendas de su propio placer, hasta alcanzar un frenesí de pasión que explotó como una terrible tormenta en el interior de su cuerpo. Al terminar, lanzó un prolongado grito de angustia y satisfacción.

Se apartó en el momento último, tan tarde que no podía estar seguro de si había conseguido su objetivo de protegerla, ya que ella le había insinuado que no había puesto ningún medio por su cuenta. Pero en aquel momento no podía pensar en nada; tan sólo quería gozar de su piel sedosa, del olor de ella, tan exhausto de placer que no le hubiera importado morir.

Mucho tiempo después, el rumor de unos sollozos lo sacó de su placentero estado. Levantó la cabeza y vio el rostro blanco como la cera de Kate, bañado en lágrimas.

—¿Te he hecho daño? —susurró en un hilo de voz.

Kate le empujó para librarse de su peso.

—Por favor...

Su expresión lo decía todo. Jacob se echó a un lado, pensando que aquella no era la reacción de una mujer que acababa de satisfacer sus deseos.

—Espera —gritó al ver que se levantaba dirigiéndose al cuarto de baño—. Por el amor de Dios, vuelve aquí y cuéntame qué te pasa. Deja que te compense, ya verás.

—¿Compensarme? —repitió Kate con repugnancia—. Prefiero morirme antes que vuelvas a hacerme eso. ¡Dios mío, ha sido horrible!

Kate corrió al cuarto de baño y se encerró con llave, sintiéndose enferma de asco por lo que acababa de ocurrir. Al principio había sentido un dolor intenso, pero luego, paulatinamente, Jacob le había proporcionado un placer que ahora quería olvidar. Sí, había sentido oleadas de placer en su vientre, que crecían y crecían, empujándola a arañarlo, a morderlo, a besarlo hasta la saciedad. Pero cuando el placer acababa de empezar, Jacob había terminado con ella, y era la frustración lo que había hecho que se encolerizara y enfermara de angustia. Así que aquello era el sexo; un vislumbre de placer para las mujeres y la satisfacción absoluta para los hombres. Resultaba una experiencia horrible tocar por un momento el cielo con las manos para después caer en tierra con una sensación insufrible de insatisfacción. ¿Y ahora quería volver a hacerlo, sólo para disfrutar él una vez más? Se sentía demasiado frustrada como para pensar en ello tranquilamente y alcanzar a comprenderlo. No podía más, y rompió a llorar.

En la habitación contigua, Jacob había empezado a vestirse con movimientos fríos. A él también le tocaba ahora su dosis de frustración. Le habían dicho muchas cosas sobre su manera de hacer el amor las mujeres a las que había conocido, pero nunca que fuera horrible. Lo que más le dolía era saber que en efecto había perdido el control, que no había podido contenerse y que ella lo sabía. Si Kate hubiera querido, podría haberla compensado; pero al sólo ver su expresión se había dado cuenta de que no había nada que hacer. La había decepcionado irremediablemente. Le había resultado desagradable. Pero, ¿cómo era posible que no se diera cuenta de que era ella quien le había llevado hasta aquellos extremos

intolerables de excitación? ¿Para qué lo empujaba hasta hacerlo perder el control si después iba a quejarse de no quedar satisfecha? La única conclusión posible era que todo había sido culpa suya. O quizá era un juego que acostumbraba a jugar con todos los hombres, para ocultar su frigidez. Sin embargo, ella se había mostrado muy apasionada al principio. Entonces, ¿qué podía haber fallado?

Mientras terminaba de vestirse, cuanto más pensaba y le daba vueltas a lo que Kate le había dicho, más se enfadaba. ¿Así que había sido horrible? Pues bien, no tenía por qué preocuparse, porque no pensaba volver a molestarla más en ese aspecto. En su vida se había sentido más ridículo, y lo peor era que no dejaba de oír los gemidos ahogados de Kate, procedentes del cuarto de baño, lo que terminaba por colmar su confusión.

—Ábreme la puerta o te juro que la echo abajo ahora mismo.

Kate se envolvió en una toalla y abrió una rendija. Incapaz de mirarlo a los ojos, permaneció en silencio.

—Por los servicios prestados —dijo él dejando un billete de cien dólares en el lavabo—. Quizá así te sentirás compensada después de haberla pasado tan mal.

Dicho aquello se marchó cerrando de un portazo, dejando a Kate hecha un mar de lágrimas, que eran de decepción y de rabia.

No se le ocurrió pensar que aquel último gesto despectivo estaba provocado por la rabia y el sentimiento de culpabilidad al no haberse sabido controlar a tiempo. Como era natural en una mujer sin experiencia, como ella, cometió el error de tomárselo al pie de la letra. Después de tanto años de amarlo y desearlo, su historia terminaba de aquella manera. Jacob tan sólo había pretendido disfrutar de su cuerpo, y con la urgencia, ni siquiera había reparado en que ella era virgen. La había utilizado y después se marchaba sin decirle siquiera una palabra amable.

Kate tomó un baño, obsesionada por quitarse su olor del cuerpo, y después echó las sábanas en la lavadora y se dispuso a dormir en el sofá. Mientras se dejaba llevar por las lágrimas, pensaba que nunca más podría volver a dormir en su cama.

A la mañana siguiente, al despertar, le vino a la memoria de golpe lo ocurrido la noche anterior. Como le decía su padre, ya era una mujer perdida. Probablemente Jacob pensaría lo mismo.

Mientras se vestía para ir al trabajo pensó que le aguardaban días de incertidumbre, porque a pesar de las precauciones que él había tomado en el último momento, no estaba del todo descartada la posibilidad de que hubiera quedado embarazada.

Por muy extraño que pareciera, la idea de tener un hijo de Jacob no le disgustaba en absoluto, a pesar de lo que le había hecho. Debía ser muy agradable tener una criatura pequeña y suave a la que cuidar. Sí, sería agradable tener a alguien que le perteneciera por completo. La otra cara de la moneda era que si por casualidad se quedaba embarazada de verdad, iba a resultar imposible mantener el secreto para que no se enteraran Margo y Tom, e incluso Jacob. A él no podría ocultárselo, porque, aun después de lo ocurrido, Jacob continuaría en contacto con Tom. Así que si quedaba embarazada, él se enteraría, y eso sería el fin.

Kate no tenía ninguna intención de casarse con él por culpa de un bebé. Antes de eso, estaba dispuesta a cualquier cosa, aunque tuviera que salir del país...

Se le ocurrió mirar el reloj. ¡Las ocho! Llegaría tarde al trabajo. Llegó a la redacción justo a tiempo para que la enviaran a cubrir la información de un incendio. Afortunadamente, era de pequeñas proporciones, y no había habido desgracias personales. Para ella incluso resultó un alivio olvidarse de sus preocupaciones mientras duró el tumulto.

Cuando regresó a la oficina, fue directamente al despacho de su jefe y le preguntó si había alguna vacante en la sección de sucesos y casos policiales.

—Sí —le respondió Morgan Winthrop—. Pero, ¿tú crees que te va a gustar un trabajo de ese tipo, Kate? Es muy duro, te advierto .

—Déjame intentarlo, por favor— Hubo un momento de vacilación, y por fin cedió: —De acuerdo. El trabajo es tuyo.

Kate se puso tan contenta que hubiera querido darle un beso. Aquello significaba que iba a tener algo en que ocupar su mente, algo que la distrajera de los recuerdos que amenazaban con destruirla. Y aunque sabía que al final no le iba a quedar más remedio que enfrentarse con la tristeza y el abatimiento que Jacob había sembrado en su vida, prefería retrasarlo lo más posible.

Tom la llamó un día de la semana siguiente, pero Kate no le contó nada acerca de su desastrosa cita con Jacob ni del nuevo

trabajo que se había buscado. Él estaba muy ocupado con una nueva campaña para la agencia de publicidad y pasaría una semana fuera de la ciudad, así que tenía la intención de aprovechar el viaje para pasar un par de días con ella. Kate se mostró entusiasmada, aunque secretamente se alegraba de que la visita de su hermano tuviera lugar bastantes días después, pues así, cuando lo viera, ya le habría dado tiempo de asimilar un poco más el disgusto.

En los días siguientes se concentró de lleno en su trabajo. Trabajaba con Bud Schuman, el compañero que solía contarle historias del viejo Chicago. Bud aparentaba sesenta años, pero Kate nunca se atrevía a preguntarle la edad porque podría muy bien tener noventa. Bud tenía una radio con la que podía acceder a ciertas frecuencias prohibidas y sólo utilizadas por la policía.

—No es que no sea honrado —le decía Bud—. Es una cosa de carácter psíquico, o por lo menos eso es lo que le digo a la policía cuando me preguntan cómo he averiguado algún secreto. Eso es otra cosa que debes aprender, querida; nunca les preguntes si está pasando algo. Lo que tienes que preguntar es si ha ocurrido algo determinado y si han hecho ya algún arresto. Siempre puedes echar un vistazo a sus informes si necesitas saber algo.

Resultaba toda una experiencia trabajar con un reportero veterano. Parecía conocer a todo el mundo en la comisaría, en el centro de protección civil, en el personal de conductores de ambulancias, por no hablar de las secretarias. Él la enseñó a obtener información con métodos insospechados y a desentrañar noticias poco claras.

Tal y como le había advertido Morgan Winthrop, el trabajo podía ser muy duro a veces, porque había gran cantidad de asesinatos, suicidios e historias de tráfico de drogas, así como accidentes laborales y personas quemadas en los incendios, ahogados, niños violados y alguno que otro tiroteo. A veces, su actividad llegaba a ser peligrosa, pero todo ello le dejaba a Kate poco tiempo para pensar, y eso era lo que buscaba.

Los peores momentos llegaban por la noche, cuando después de la jornada se encontraba sola en su apartamento. Incluso había llegado a aceptar una cita con Roger Dean para escapar al fantasma que la perseguía en sus horas de soledad, y había resultado un pequeño desastre. Roger y ella no tenían nada en común aparte de

su profesión, y aunque gracias a esto último tenían tema de conversación para rato, sus puntos de vista acerca de la vida eran completamente opuestos. Lo más desesperante fue que Kate empezó a pensar en Jacob mientras estaba con Roger.

Se preguntaba si Jacob pensaría tanto como ella en la noche que habían pasado juntos, o si le preocupaba su reacción. Seguramente debía sentirse bastante herido en su orgullo después de que ella lo calificara de horrible, sobre todo teniendo en cuenta que él no sabía a qué se refería ella. Pero su actuación antes de marcharse había sido deplorable, mucho peor que la suya. Kate todavía conservaba el dinero que le había dejado como un recuerdo para no olvidar nunca el tipo de hombre que era.

El único motivo que tenía para alegrarse era que por fin sabía con seguridad que no había quedado embarazada. Una semana después supo que no tenía nada que temer al respecto, pero no obstante, el sentimiento de culpabilidad seguía atenazándola.

El día que Tom llegó, ella había estado trabajando en un asesinato que tenía ciertas implicaciones con el terrorismo. Un grupo radical había asesinado a una familia completa, y Kate se preguntaba si alguna vez en su vida podría olvidar lo que había visto en aquella casa. En situaciones como aquella era cuando descubría la cara negra de su trabajo. Una cosa era ver los crímenes ya resueltos, pero otra bien distinta era mirar cara a cara los resultados del crimen.

—Pareces muy cansada, hermanita —le comentó su hermano mientras cenaban en su apartamento—. ¿Has tenido un día muy duro?

—Más de lo que te imaginas —contestó ella con un suspiro—. Me he buscado un nuevo trabajo dentro del periódico que creo que está acabando conmigo.

—¿En qué sección te has metido?

—En la de sucesos. Hoy hemos tenido una auténtica masacre.

Tom dejó el tenedor en el plato y la miró con cierta preocupación.

—Ese no es un trabajo para ti. Pero dime, Kate, ¿te encuentras bien? A ti te pasa algo.

Kate hubiera querido decírselo, confiarse a él como cuando eran pequeños, pero aquello era demasiado íntimo, demasiado personal

para contárselo, aunque él fuera su hermano.

Bajó la vista y se pasó la mano por el pelo. Hacía poco que se lo había cortado de una manera que le daba un aire muy sofisticado. En realidad lo hizo en un intento más por borrar los recuerdos, por romper con el pasado. Así parecía más madura, no sólo por el aspecto exterior, sino también por la expresión de sus ojos.

—No me pasa nada —dijo.

—¿Tienes algún problema?

Kate se mordió los labios.

—No.

—No me refiero a problemas amorosos —dijo él con una sonrisa —. Ya sé que tú no eres el prototipo de mujer liberada, y nunca te acostarías con un hombre sin estar casada.

Pero, ¿qué se proponía su hermano diciéndole eso?

—Bueno, Tom, la verdad es que...

En aquel momento sonó el teléfono, y Kate se levantó a contestarlo con cierto sobresalto. Cada vez que sonaba, sobre todo a aquellas horas, esperaba y temía que fuese Jacob. Pero por supuesto, nunca era él, y nunca lo sería.

—¿Dígame?

—Hola, soy Bud. Acabo de caerme por la escalera y me he torcido el maldito tobillo, así que no puedo dar ni un paso. La policía acaba de acorralar al comando que asesinó a la familia —a continuación le dio la dirección que ella escribió a toda prisa en un papel—. ¿Tienes la cámara a mano? Puede ser que Harvey envíe a algún fotógrafo, pero esta tarde, cuando salí de la redacción, no quedaba nadie por allí, así que ya puedes ir poniéndote en camino para allá, chica, porque tienes la oportunidad de conseguir una exclusiva.

—¡ahora mismo voy! —respondió Kate.

Kate colgó con los ojos brillantes de emoción, tomó su cámara y comprobó rápidamente si el flash funcionaba y si tenía película.

—Tengo que salir un momento —le dijo a Tom, que la miraba con curiosidad—. La policía acaba de descubrir al comando que mató a la familia de la que te hablaba antes. Volveré en cuanto pueda.

—Esto no me gusta nada —dijo Tom—. Antes que te vayas quiero que sepas una cosa; la verdad es que no he venido

casualmente. Fue Jacob quien me pidió por favor que viniera.

Kate lo miró, palideciendo.

—¿Jacob? —susurró.

—¿Qué diablos ha pasado entre ustedes? Me contó un montón de incoherencias, no sé qué de que había tomado una decisión y que necesitaba hablar contigo, pero que no podía venir él personalmente porque estaba seguro de que no le ibas a abrir la puerta.

—¿Que Jacob quería venir aquí? —preguntó Kate con un escalofrío.

—Sí, y de hecho va a venir esta noche. Por eso me he presentado yo antes, para...

—Me tengo que ir —lo interrumpió Kate con voz trémula, tomando la cámara—. Volveré en cuanto pueda.

—¿No podrías pedirle a otra persona que hiciera ese trabajo?

—No. Hasta luego, Tom.

Le dirigió una última mirada triste desde la puerta, y después desapareció.

No habían pasado ni quince minutos cuando llegó Jacob. Tom lo hizo entrar en el apartamento. Estaba loco de preocupación por su hermana. Jacob, por su parte, tampoco tenía muy buen aspecto.

—Ella no está aquí —le dijo Tom—. Hay un despliegue policial no sé dónde y se ha ido para allá con la cámara.

Jacob lo miró con el ceño fruncido.

—¿Pero no estaba en la sección política? ¿Qué hace ella en una operación policial?

—Eso es lo que yo quería saber, pero no ha querido decírmelo.

Jacob se dirigió con pasos lentos hacia la ventana.

—Ya me figuro que no querría decírtelo.

—Ya sé que no es asunto mío —empezó a decir Tom con cierta impaciencia—, pero creo que debo decirte una cosa acerca de mi hermana. No creo que vayas a tener la cara dura de intentar seducirla, pero conviene que sepas ciertas cosas por si acaso te pasa por la cabeza semejante idea. Así que te lo voy a contar. Verás, mi padre era pastor laico de la iglesia.

Jacob palideció.

—¿Sí?

—Tenía un tumor cerebral. Nuestra madre nos abandonó cuando

éramos pequeños porque tuvo la desgracia de enamorarse de otro hombre. No hubo ningún juego sucio. Ella se divorció para poder casarse con el otro, y mi padre, debido a su filiación religiosa consiguió nuestra custodia en los tribunales. Por supuesto, el juez no se dio cuenta de que por entonces ya estaba completamente loco.

Jacob lo miraba de hito en hito. Mientras tanto, Tom se levantó y comenzó a pasearse de un lado a otro mientras seguía hablando.

—Durante los años que vivimos con él nos martilleó con moralidad hasta infundirnos un miedo visceral a todo lo que tuviera que ver con el sexo. Para él el sexo era algo malo, lo peor. Como ya te he dicho, por entonces ya había perdido del todo la capacidad de razonar. Él amaba a nuestra madre, y ella lo había traicionado y, por supuesto, aquello agravó su enfermedad. Al final, un día en que Kate sonrió a un chico en el supermercado, se quitó la correa allí mismo y comenzó a golpearla en público, con todas sus fuerzas. Hizo falta la intervención de tres hombres para detenerlo. Cuando se lo llevaban, sufrió un ataque de convulsiones, y murió allí mismo.

Jacob se dejó caer en una silla, completamente derrotado. Tom se acercó a él y lo miró a los ojos.

—Esto debería habértelo dicho Kate, pero como sé que ella no lo va a hacer, te lo digo yo, por si acaso te pasa por la imaginación la idea de seducirla. Ella está tan enamorada de ti que es capaz de acceder, y no sé cuáles serían las consecuencias, porque yo creo que todavía no se ha recuperado del trauma de la infancia.

Jacob estaba blanco como la cera.

—¿Kate... enamorada de mí?

—¿No me digas que no lo sabías? Pues con toda sinceridad te digo que todo el mundo lo sabe. En la vida de Kate no ha habido otro hombre más que tú. Tiene fotografías tuyas que le quitaba a Margo, escondidas por todo el apartamento. Seguro que aquí mismo tiene una —agregó abriendo un cajoncito de la cómoda. Efectivamente, sacó una fotografía de Jacob a caballo que Margo le había hecho hacía años.

Jacob escondió la cara entre las manos. Nunca se había sentido tan mal.

—Ella es virgen, claro —dijo con toda seguridad, sin preguntar.

—Los dos lo somos —declaró Tom sin sonrojarse—. Es difícil

librarse de ciertas cicatrices. Sin embargo, yo espero casarme algún día. Pero la mujer que me acepte tendrá que ser muy especial para aguantarme tal y como soy. Kate también necesita un hombre muy especial.

En aquel momento, impulsado por un sentimiento suicida que nunca había experimentado, Jacob se habría arrojado por la ventana. Recordaba de golpe, con horror, la extraña resistencia que le había ofrecido Kate cuando intentó tocarla, y después su reacción de niña asustada, lo que le había dicho. Claro que le había hecho daño, y después había empeorado las cosas, con aquel maldito billete de cien dólares.

—Dios mío —murmuró, poniéndose en pie—. Dios mío, ¿por qué no me lo has dicho antes?

Tom frunció el ceño.

—Tenía la impresión de que mi hermana no te gustaba en absoluto.

—Que no me gustaba —repitió Jacob clavando la mirada en el vacío —. Yo estaba loco por ella, habría sido capaz de caminar sobre el fuego por conseguirla. Pero no podía hacerle ver mis sentimientos. ¡Un hombre no puede aguantar tanto, Tom!

Tom no sabía qué pensar después de haber visto el aspecto atormentado de su hermana y ahora, la tremenda reacción de Jacob al conocer la verdad. ¿Qué estaría pasando?

En aquel momento sonó el timbre de la puerta de abajo como una bomba. Tom y Jacob se miraron un poco intranquilos.

—Quizá dejó las llaves olvidadas en casa —dijo Tom. Apretó el botón del intercomunicador y preguntó—: ¿Sí?

—Policía —respondió una voz enérgica—. ¿Es usted Tom Walker?

Tom miró a Jacob con terror.

—Sí, soy yo. Suban, por favor.

Al cabo de un minuto apareció en el apartamento un oficial uniformado. Desde el principio, la expresión de su rostro le dijo todo.

—¿Le ha ocurrido algo a mi hermana Kate? —preguntó Tom atropelladamente.

El hombre asintió.

—Ha habido un tiroteo cuando los terroristas intentaban

escapar. Uno de los hombres llevaba una ametralladora y comenzó a disparar. Kate se encontraba detrás de una señal que fue traspasada por las balas. La hemos llevado al hospital.

—¿Está viva? —preguntó Jacob desde detrás, con una voz extraña.

—Lo estaba cuando la metimos en la ambulancia —continuó el policía mirando cuidadosamente el rostro lívido de Tom—. Lo siento mucho. Creo que ha sido alcanzada en el vientre.

Tom se lo quedó mirando sin reaccionar, pero no así Jacob, que intercambió una expresiva mirada con el agente.

—Te llevaré al hospital —dijo Jacob en voz baja.

—Sí... por favor. Si tú sabes rezar, podemos empezar a hacerlo los dos.

¿Empezar a rezar? Jacob no había hecho otra cosa desde que el policía dijo lo ocurrido. Jacob acompañó a Tom hasta el ascensor pensando que si Kate moría, él ya no querría seguir viviendo. Aquel pensamiento fue tan sorprendente como lo que acababa de ocurrirle a ella.

CAPITULO CINCO

CUANDO Jacob y Tom llegaron al hospital, Kate acababa de ser introducida en el quirófano. Jacob mantenía una expresión impasible; sólo sus ojos delataban el infierno que estaba viviendo por dentro. Para ser un hombre que había jurado que nunca permitiría que una mujer se le metiera en el corazón, parecía excesivamente alterado.

Tom fue a averiguar al mostrador de urgencias si se sabía algo, mientras Jacob se quedaba sentado en la sala de espera fumando como un desesperado. La habitación estaba atestada de gente con expresiones patéticas de nerviosismo. Jacob se quedó mirando a un niño, que sonreía medio adormilado en el regazo de su madre. El siempre había acariciado la idea de tener algún día un hijo, aunque no pensaba casarse nunca. De pronto se le ocurrió que podía haber dejado embarazada a Kate, porque aunque había intentado evitar el peligro, lo hizo sin demasiado entusiasmo, y quizá demasiado tarde también. De pronto, en medio de la confusión, empezó a pensar que si Kate había quedado embarazada significaba que su falta de responsabilidad había costado no una, sino dos vidas.

Tom estaba hablando en aquel momento con un hombre vestido con una bata verde, que al contestar a las preguntas de Tom se encogía de hombros con gesto grave.

—¿Y bien? —preguntó Jacob ansioso cuando el otro se marchó.

—Era el cirujano —murmuró Tom—. Van a hacerle una intervención de emergencia exploratoria para comprobar qué daños ha producido el proyectil. No sabrán nada hasta dentro de una hora, por lo menos.

—¿Y cómo está ella?

—Con muchos dolores.

—Pobrecilla... —susurró Jacob cerrando los ojos.

—Yo me encuentro muy mal, Jacob. Ella es lo único que tengo...

Jacob se quedó mirándolo sin escucharle.

—¿Y el hombre que lo hizo?

—Dos de los terroristas murieron en el tiroteo, y los demás están detenidos. Podría haber sido cualquiera de ellos. Nadie lo sabe con certeza. Lo que no comprendo —agregó cruzando los brazos sobre el pecho—, es cómo ha podido ocurrir esto. Kate nunca ha estado interesada en las noticias de sucesos; es más, siempre ha odiado ese trabajo truculento, pero al parecer fue ella misma quien lo pidió.

Jacob se volvió de espaldas, tratando de ocultar sus sentimientos detrás de una máscara de impasibilidad. El sí sabía por qué Kate había pedido el trabajo; seguramente para ella era una vía de escape, consciente o inconsciente, que le hiciera olvidar su sentimiento de culpa, esa culpabilidad que él mismo había provocado tratándola como lo hizo. Aunque no muriera, Jacob no iba a poder olvidar nunca aquel maldito billete de cien dólares, el símbolo de su orgullo viril herido y despiadado. Nunca se había sentido tan asustado, tan enfermo. Pero no podía hacer nada. Al cabo de un momento, llegaron Bud Schuman y Winthrop. Pasó una hora, y por fin terminó la espera. Todos se arremolinaron en torno al cirujano.

—Está fuera de peligro —le comunicó el cirujano a Tom con una sonrisa— La bala rompió una costilla y atravesó el lóbulo inferior del pulmón. Ha destruido parte del tejido, que hemos tenido que extirpar, pero no se trata de ninguna parte vital que impida las funciones del pulmón, así que ella ni siquiera lo notará. Hemos introducido un drenaje en el pulmón para mantenerlo en funcionamiento y evitar el encharcamiento con las transfusiones, y ya está. Es increíble, porque si la bala llega a perforar unos centímetros más arriba la herida habría resultado fatal.

Tom lanzó un largo suspiro.

—¿Puedo entrar a verla?

—De nada le servirá, porque no lo reconocería. Durante esta noche permanecerá en cuidados intensivos, y mañana la trasladaremos a una habitación particular si se encuentra bien. Puede usted volver por la mañana para verla, si quiere. Ahora lo que más le conviene es irse a casa y descansar, me imagino que

debe de haber sido una noche muy larga.

El cirujano sonrió y se alejó de allí.

—Bueno, Schuman —dijo entonces Winthrop—. Da las buenas noches y vámonos. Te llevo a casa. Me mantendré en contacto —añadió dirigiéndose a Tom—. Intenta descansar un poco y llámame si necesitas ayuda.

Winthrop y Schuman se marcharon y Jacob se dirigió a la sala de espera buscando un cenicero para apagar su cigarrillo.

—Vámonos —le dijo Tom—. He dejado mi número de teléfono en el mostrador, y la señorita me prometió que me llamarán si se produce algún cambio.

Entonces Jacob lo miró sin poder soportar más la tensión que había vivido.

—Yo soy el culpable de esto —declaró.

—Escucha, Jacob —respondió Tom sin comprender nada—, el amor no es algo que se maneje a gusto de uno. La vida no es tan simple. Kate necesita un poco de tiempo para superar lo tuyo, y enseguida volverá a estar bien. Sólo necesitaba tiempo.

—Espero que no le falte el tiempo —murmuró Jacob.

—Cuando lleguemos al apartamento prepararé unos huevos —le dijo Tom cuando salían del hospital—. Menos mal que yo sé cocinar, porque de ser por ti, podríamos morirnos de hambre.

Una vez en el apartamento, después de cenar, se acostaron. Jacob, que estaba en el sofá del salón, no consiguió conciliar el sueño, y alrededor de las cinco de la mañana, cuando ya no podía soportarlo más, se levantó, dejó una nota para Tom y se marchó de allí.

La enfermera del mostrador de urgencias era una veterana de la profesión, que no se dejaba convencer fácilmente, pero de algún modo, Jacob lo consiguió. A pesar de que aquellas no eran horas de visitas, la mujer le concedió diez minutos sin saber muy bien por qué lo hacía. Quizá era la expresión atormentada de sus ojos, que decía a gritos que necesitaba ser perdonado, y como la jovencita internada en la UVI no estaba respondiendo tan bien como se esperaba, no tuvo corazón para decirle que no.

Jacob sólo había estado dos veces en el hospital; la primera cuando fue a ver a su madre moribunda, y la segunda para ver a la abuela de Kate, poco antes de su muerte. Pero aquellas visitas no

tenían nada que ver con aquello. Kate se encontraba rodeada de docenas de tubos y cables, además de máquinas que hacían extraños ruidos. Su palidez era aterradora. Estaba inmóvil, cubierta por una sábana blanca, y tenía los ojos cerrados. Jacob contempló largamente los suaves labios que él había besado, el cuerpo que había poseído y aquellas manos que lo habían acariciado en la entrega. Sintió un escalofrío. Kate.

Jacob acercó una silla a la cama, y tiró su sombrero al suelo con total indiferencia y tomó entre las suyas una mano de Kate. Entonces empezó a hablarle con voz suave y monótona, como si ella pudiera oírlo.

—Qué sitio tan horrible para estar, Kate Walker. Si vieras estos aparatos, con lo poco que a ti te gustan las máquinas... Tú necesitas estar en el campo, tener un rincón en el jardín para plantar flores, necesitas la luz del sol. Yo nunca te he conocido bien, ¿verdad? Hoy he oído a tus compañeros hablar de ti, y me doy cuenta de que hasta ahora no había pensado en ti como persona. Sólo te miraba como mujer, y te deseaba, Kate, desde hace mucho tiempo. Desde que te vi besándote con Gerald en mi piscina, y después abrazada a él, desnuda en la caseta de baño, he estado obsesionado contigo. Cuando Margo se casó, pensé que serías presa más fácil y que por fin podría satisfacer el hambre de ti para que dejaras de obsesionarme. Pero no fue así, Kate. Te dije unas cosas terribles, y tú ni siquiera sabes por qué fui tan cruel aquella noche. Era porque de algún modo intuía la verdad. Sí, maldita sea, en el fondo yo sabía que eras virgen, pero mi deseo por ti era tan fuerte que no quise prestar oídos a mi conciencia. Y ahora mi conciencia me está matando de remordimientos, Kate. ¿Sabes? Yo no sabía que tú estuvieras enamorada de mí. ¡a mí nunca me ha querido nadie! Nadie como tú. Tienes el apartamento lleno de fotografías mías —se detuvo un momento, mirando fijamente su mano—. Y ahora descubro de golpe todo el daño que te he causado durante estos años con mis acusaciones, mis desprecios, mis sarcasmos. Tú lo has aguantado todo sin quejarte. Me amabas y yo te he hecho mucho daño. Eso es lo que más duele, y no sé si podré vivir siempre con esa culpa. Tom ni siquiera se imagina por qué me siento culpable. Tampoco sabe por qué te has metido en la sección de sucesos... buscabas el peligro, ¿verdad? Nunca me he sentido tan mal como en

estas últimas tres semanas. He estado conduciendo como un loco, siendo desagradable con todo el mundo, metiéndome en peleas. Si para ti fue desagradable aquello, para mí tampoco ha sido nada fácil. Los remordimientos me matan. Y ahora esto. Si tú mueres, ¿cómo voy a seguir viviendo yo? ¿Y si estás esperando un hijo? Oh, Kate, estoy solo. Nunca me había importado antes, pero ahora...

Jacob se llevó su mano a los labios, y la acarició suavemente.

—Por favor, Kate, no te mueras. Yo no podré seguir viviendo si tú no estás, aunque me odies durante el resto de tu vida.

Entonces sintió que la mano que tenía agarrada se movía débilmente. Levantó la cabeza para mirarla y vio que sus dedos se movían, como si intentaran apretar los suyos. Jacob se puso de pie, sin dejar de mirar su rostro lívido. Ahora respiraba con más fuerza, rítmicamente. Abrió los ojos, aunque se notaba que no lo veía. Kate gimió.

Antes que tuviera tiempo para avisarle, la enfermera ya estaba allí.

—Muy bien —dijo—. Esto era lo que ella necesitaba; saber que alguien desea que siga viviendo. Váyase a desayunar. Ahora ella estará bien. Llevo veinticinco años trabajando como enfermera y le puedo asegurar que sé cuándo un enfermo se está recuperando. Esta mujer volverá a casa.

Jacob intentó decir algo, pero era incapaz de articular palabra. No recordaba haberse sentido tan emocionado en su vida. Se inclinó un momento, besó la fría mejilla de Kate y se fue a llamar a Tom.

Al día siguiente Kate ya se encontraba fuera de la unidad de vigilancia intensiva. Solamente Tom fue autorizado para entrar a verla, y él no tenía corazón para decirle a Jacob que había estado a punto de sufrir un ataque de nervios cuando oyó pronunciar su nombre. Por lo tanto, no había ninguna posibilidad de que lo dejaran entrar.

Sin embargo, al final del segundo día, Jacob insistió en entrar a verla, y Tom no tuvo más remedio que decirle la verdad.

Jacob no esperaba que ella recordara todo lo que le había dicho el día que estuvo hablando con ella en la UVI. En cierto modo, para él era un alivio, porque en aquella ocasión se había mostrado vulnerable, y eso no le gustaba. En aquella ocasión había bajado la guardia, pero no volvería a ocurrir. Así que Kate no quería que la

visitara. Bien, eso ya se vería.

Se quedó sentado en la sala de espera ojeando una revista, bajo la mirada impaciente de Tom.

—¿Es que no has entendido lo que he dicho, Jacob?

—Lo he entendido perfectamente, pero ella tendrá que verme tarde o temprano, aunque tenga que quedarme aquí sentado hasta el día del juicio final.

—Pero, ¿a qué viene tanto empeño?

—No lo sé —respondió Jacob sin mirarlo.

—Buena respuesta —murmuró Tom alejándose.

Cuando regresó a la habitación, Tom se encontró a su hermana incorporada sobre unos almohadones, todavía un poco soñolienta por los calmantes que le administraban para calmar el dolor de la costilla rota, que no iba a poder ser curada hasta que le retiraran el drenaje, unos días más tarde.

—Jacob dice que no se quiere ir a casa —anunció Tom desde la puerta—. Dice que está dispuesto a quedarse esperando hasta que decidas hablar con él, aunque deba esperar al día del juicio final.

Kate fijó la vista en sus manos, tratando de controlar los latidos alocados de su corazón. Le sorprendía la insistencia de Jacob, y no sabía por qué podría tener tanto interés en verla. Recordó sin querer el maldito billete de cien dólares y volvió a sentirse herida. Sí, a pesar de todo lo ocurrido, aún le dolía.

—Pues que espere sentado, porque yo no tengo la menor intención de hablar con él.

Tom acercó una silla a la cama y se sentó. Su hermana tenía un aspecto lamentable; pálida, delgada, con los labios llenos de heridas y el pelo despeinado.

—Dime, Kate, ¿qué te pasa con Jacob?

Ella arqueó las cejas.

—¿De qué me hablas?

—Sé perfectamente que ha ocurrido algo entre Jacob y tú. Desde que te dispararon ha estado como enloquecido.

Kate abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿De verdad?

—Después estuvo mucho rato contigo en la UVI. Yo no sé qué te diría, pero parece ser que fuera lo que fuera, sirvió para que empezaras a recuperarte.

Kate se removió inquieta entre las sábanas.

—Yo no me acuerdo de nada.

—Ya me lo figuro, porque entonces no estabas en condiciones de oír nada. Si has salido de ésta ha sido por los adelantos de la medicina y la intervención de la señal que hizo disminuir la velocidad de la bala antes que entrara en tu cuerpo.

—No fue culpa de Bud.

—Pues tú eres la única persona que parece convencida de ello. Winthrop ha amenazado con despedirlo, y él tampoco parece demasiado contento consigo mismo.

—¿Hizo alguien el reportaje?

—Pero si la noticia has sido tú, Kate. Has salido en todas las portadas.

—Ya te decía yo que algún día conseguiría la portada.

—¡Pues vaya forma más desagradable de ganártela! —exclamó Tom, tomándole la mano—. A ti Jacob te ha hecho algo, ¿verdad?

Kate se encogió de hombros, impaciente.

—¡Vamos! Si te empeñas en saberlo, te diré que tuvimos una discusión terrible, y que no quiero hablar de ello.

—Está bien. Por lo menos, a partir de ahora puedes estar segura de que no volverá a hacer comentarios sarcásticos acerca de tu dudosa moralidad, porque se lo he contado todo.

Kate palideció todavía más.

—¿Qué le has contado? —preguntó en un susurro—. Bueno, ya lo sé. ¿Qué te dijo él?

—El no dijo nada, la verdad. Se puso tan pálido como tú ahora y se quedó mudo. Kate, no te enfades, ya sé que habíamos prometido no contárselo nunca a nadie, pero Jacob no es una persona cualquiera... tú estás enamorada de él.

Kate lo miró angustiada.

—Por favor, Tom, ¿no se lo contarías todo?

Su hermano la vio tan alterada que temió que aquello la perjudicara, así que decidió eludir la respuesta de la mejor manera posible.

—¿Cómo me crees capaz de contarle a él una cosa así?

—Espero que no lo hicieras, porque eso terminaría con el poco orgullo que me queda.

Hubo un momento de silencio.

—Kate, te recuerdo que es capaz de quedarse ahí sentado hasta la semana que viene, si hace falta.

Kate lo miró sin hablar. El no sabía por qué Jacob tenía tanto empeño en verla, pero ella sí. Por eso cedió.

—Muy bien —dijo por fin—. Déjalo entrar. Pero adviértele que sólo serán cinco minutos.

Tom sonrió.

—De acuerdo. Ahora mismo vuelvo.

CAPITULO SEIS

AL cabo de un momento se abrió la puerta. A Kate le resultaba imposible mirar frente a frente aquellos ojos negros.

—¿Qué tal estás? —preguntó él aproximándose a la cama. Kate hizo un esfuerzo para pasar el nudo que tenía en la garganta y responderle.

—Dicen que tardaré un mes y medio en recuperarme del todo.

—No es eso lo que te he preguntado.

—Me encuentro mal —respondió entonces ella, secamente.

—Sí. Lo sé, Kate.

A Kate aquello le pareció ternura. Levantó los ojos, y se quedó atrapada en su mirada intensa y ansiosa.

—Sigues igual de pálida, pero por lo menos ahora estás consciente —susurró él,

—¿Qué quieres, Jacob?

—Ver con mis propios ojos que te estás restableciendo bien. Has estado al borde de la muerte.

—Ya puedes dejar de sentirte culpable porque me pondré bien. Yo soy dura de pelar.

Jacob sonrió débilmente.

—Sí, desde luego debes ser muy dura, porque te ha hecho falta en la vida.

Kate se sintió incómoda. Estaba muy claro que él conocía su pasado.

—Tom no tenía que haberte contado nada. Era un secreto. Ni siquiera llegué a decírselo a Margo nunca.

—¿Te das cuenta de que, de haberlo sabido, nunca me habría dedicado a acusarte de ser una cualquiera?

—A ti siempre te ha gustado pensar lo peor de mí.

Jacob se encogió de hombros.

—Eso te parecía a ti.

Jacob empezó a darle vueltas al sombrero entre las manos y Kate, viéndola venir, se adelantó a su pregunta.

—No estoy embarazada, si es eso lo quieres saber. Supongo que te alegrarás, ¿no?

—Un hijo no debe ser engendrado de esa manera —contestó Jacob después de un momento de silencio, ponderando mucho las palabras—. Sobre todo si el hombre se encontraba cegado por la pasión y actuaba egoístamente. Sé que me odias por lo que te hice, Kate, y no te culpo. Mi comportamiento contigo aquella noche fue imperdonable. Por si te ayuda en algo, te diré que nunca me arrepentiré lo bastante de haberte dado aquel billete de cien dólares. He pasado noches enteras sin dormir por culpa de ello.

Kate se sintió temblar al recordar. Le parecía sentir de nuevo el cuerpo de Jacob sobre el suyo.

—No quiero acordarme de eso —exclamó con fiereza.

Jacob dejó caer su sombrero al suelo y se inclinó hacia ella.

—Vente conmigo al rancho, Kathryn.

—¿Cómo?

—No puedes quedarte sola en Chicago. Tom tendrá que volver al trabajo dentro de unos días y no tienes a otra persona que te cuide.

—Yo puedo cuidarme muy bien sola —declaró Kate con voz tensa—. De todas maneras, muchas gracias.

Jacob se puso de pie y le tomo la mano, a pesar de que ella quiso resistirse.

—No te pongas así, Kate. Sabes tan bien como yo que soy en parte culpable de que ahora estés en estas condiciones. Por lo menos déjame compensarte en lo que pueda.

Kate sentía que le ardía el rostro, y se odiaba a sí misma por la vergüenza que estaba pasando.

—Márchate, Jacob.

—Prefiero que me pegues un tiro antes de despedirme de esa manera.

Kate se detuvo un momento, y al mirarlo con atención descubrió que lo decía completamente en serio.

—Tengo que hacer algo por ti, Kate —añadió en tono atormentado—, Ya sé que me odias, pero...

Kate, conmovida, lo acarició con la mirada.

—No es odio, Jacob. Tampoco fue culpa tuya lo ocurrido, porque yo podría haberte detenido antes que nada ocurriera diciéndote la verdad. Lo sabía perfectamente. Pero es que habían sido demasiados los años de antagonismo. Me daba vergüenza contarte mis secretos más íntimos, y después... —palideció intensamente y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Me he sentido tan avergonzada durante estos días que tenía deseos de morirme.

Jacob se llevó su mano a los labios y la besó ansiosamente.

—Kate. Por favor, cariño, no. No llores.

Kate volvió la cabeza contra la almohada para ocultar sus lágrimas. Jacob se inclinó sobre ella, acariciándole el pelo, recorriendo su rostro con multitud de besos. Ella sentía su olor, su piel tan cercana. Pero no, no debía dejarse engañar; lo único que él sentía era lástima y culpabilidad, y eso no era lo que quería de Jacob.

—No —dijo de pronto, abriendo los ojos—. Jacob, no quiero que...

Jacob la hizo callar poniéndole un dedo sobre los labios.

—Kate, yo nunca he intentado ser tierno. Creo que ni siquiera sé lo que es la ternura. Por favor, no me rechaces ahora que empiezo a comprenderlo.

—No quiero tu compasión —gimió Kate entre sollozos.

—Yo tampoco —respondió él trazando el contorno de sus labios con el dedo—. ¿Te gusta esto? —preguntó absorto.

Kate tenía alguna dificultad para pensar bajo sus caricias, y trató de protegerse evocando la noche de su cita.

—Claro que te gusta, ¿no te das cuenta? —y se inclinó a besarla en los labios, rozando suavemente su cara con la suya.

—Jacob.

Pero aquella protesta era más un gemido de placer. Jacob le tomó una mano y la apretó contra su mejilla.

—Quiero que me devuelvas ese billete de cien dólares.

Aquello era lo último que Kate esperaba oír de él.

—Sí, me has oído bien —dijo Jacob sin dejar de acariciarla—. Y también quiero quedarme con todos los comentarios insultantes que te hice. ¿Te gustaría saber por qué te insulté de aquella manera dándote el dinero, Kate?

—Pues... porque huía de ti, me imagino.

Jacob meneó la cabeza.

—Heriste mi orgullo. Yo me negaba a creer que fueras virgen. Te hice daño y ni siquiera me di cuenta. Estaba convencido de que eras una mujer experta y que simplemente no había estado a la altura de otros hombres.

—Yo no me di cuenta... ¿lo dices de verdad?

Era la primera vez en su vida que Jacob hacía una confesión semejante, y lo más sorprendente era que no le costaba ningún trabajo ser así de sincero con Kate, porque ella no iba a dedicarse a hacerle comentarios sarcásticos.

—Sí —respondió con una sonrisa.

Aquel era el momento oportuno para que Kate le confesara lo que la había impulsado a reaccionar como lo hizo, pero se avergonzaba sólo de pensarlo, y la timidez le impedía ser franca con él en ese momento.

Jacob le apartó el pelo de la frente.

—Sabes que yo no me he disculpado con nadie en toda mi vida.

—Yo no espero tus disculpas —respondió Kate con una débil sonrisa.

—Yo soy un caso difícil, Kate. No sé ceder, soy demasiado inflexible. Esa es la verdad, y no la puedo cambiar.

Sintiendo sus labios en la frente, Kate pensó que aquel no podía ser Jacob. Debía estar soñando, o en coma, o muerta. Al mirarla, Jacob vio reflejado en sus ojos todo un mundo de ternura. Ahora se daba cuenta mejor que nunca de que ella lo amaba. La acarició suavemente, contemplándola extasiado. Sí, ella lo amaba, pero él no estaba seguro de que le gustara sentirse amado. Sin embargo, Kate era diferente a todas las mujeres que había conocido; una experiencia diferente. Él estaba acostumbrado a ser cínico con ellas porque sólo buscaban su dinero, o pasar un buen rato en el mejor de los casos. Pero allí estaba Kate, a quien conocía de toda la vida, y de pronto el sexo adquiría con ella una dimensión nueva, más profunda. Ya no deseaba a nadie más. Sólo a ella.

—¿Por qué me miras así? ¿Te ocurre algo?

Jacob volvió a sentarse, sin soltarle la mano.

—No lo sé.

—¿Qué te pasa?

Jacob la miró en silencio, pensando que había sido menos cauteloso cuando la había visto inconsciente, con la posibilidad de perderla para siempre. Pero ahora que ya no se interponía ningún obstáculo, los viejos miedos volvían a adueñarse de él. Sabía que Kate no era una mujer con la que pudiera limitarse a una aventura, así que si empezaba algo con ella entonces, debería llevarlo hasta sus últimas consecuencias, y eso significaba matrimonio, hijos, responsabilidades que siempre había tratado de eludir, considerándolas sólo en un futuro muy lejano. Sí, Kate lo amaba, pero, ¿quería él comprometerse hasta ese punto?

Mientras tanto, Kate trataba de explicarse aquel repentino cambio de actitud y no lo lograba. Quizá todo se debía al miedo que había pasado pensando que ella podía morir. Pero ahora que ya estaba fuera de peligro se sentía aliviado, culpable y un poco avergonzado. Probablemente ya se estaría arrepintiendo de su impulsiva oferta de llevarla con él. Jacob no quería una relación permanente; lo había dejado bien claro la noche en que la sedujo.

Kate se sintió invadida por una tristeza insoportable. Lo único que buscaba Jacob ahora era su perdón, y nada más. Por mucho que ella lo amara, él no tenía nada que darle. Por lo menos le cabía el consuelo de que no tenía ni idea de cómo se sentía en aquellos momentos, y no pensaba hacérselo saber, tampoco.

—Está bien —dijo inesperadamente, con una sonrisa forzada—. Ya no debes seguir preocupándote por mí. Estaré perfectamente. Creo que me iré a Nueva York con Tom, porque no puedo quedarme aquí sola, en mi apartamento.

Pero Kate cometió el error de decirlo demasiado deprisa, y Jacob se dio cuenta inmediatamente de lo que pretendía hacer. Le dolía ver cómo anteponía su bienestar al de ella, incluso en aquellos momentos en que lo necesitaba con desesperación. Ella no deseaba en realidad irse a Nueva York, pero no se sentía querida en Warlace, tampoco.

—Me parece que me estás interpretando mal, Kate. No estoy buscando excusas para echarme atrás en lo que te dije antes.

Ella se sonrojó.

—Me ha parecido notar que no te agrada la idea.

—Últimamente hay demasiadas cosas que no me agradan.

Kate lo miró con preocupación.

—Pareces cansado. Tú necesitas dormir.

—¿Tú crees? —preguntó él poniéndose en pie—. Pues a mí me parece que tú lo necesitas más que yo.

—Yo no consigo dormir bien. Cada vez que cierro los ojos me parece oír el silbido de las balas.

—Razón de más para que salgas de la ciudad una temporada. No podrás reincorporarte al trabajo hasta dentro de bastante tiempo, y si te quedas encerrada en el apartamento todo el día acabarás por volverte loca. Vente conmigo al rancho. Te construiré un invernadero.

Kate se quedó atónita. Poseer un invernadero era su sueño dorado desde hacía mucho tiempo.

—¿Cómo has dicho?

—A ti te gusta la jardinería, ¿verdad? He visto que tienes en tu apartamento un montón de libros sobre el tema. Yo me encargaré de que tengas un sitio para practicar tu afición mientras estás en el rancho.

Aquello era como un sueño hecho realidad. Lo que más deseaba Kate era estar con él, aun sabiendo que lo único que a él le movía era el sentimiento de culpabilidad.

—Pero para ti va a ser un problema —objetó Kate tratando de ser razonable.

—No. Tengo espacio de sobra, y, además, a mí también me interesa hacer ciertos experimentos con nuevas especies de forrajes.

—Yo...

—Ya no te quedan más excusas.

Kate suspiró, casi convencida.

—A mí me gustaría ir, pero sólo conseguiría darle más trabajo a Janet del que ahora tiene, y, además, no creo que a tu vecina Barbara le guste demasiado la idea.

Jacob no veía a Barbara Dugan desde hacía tanto tiempo que tuvo que hacer un esfuerzo para comprender a qué venía aquello.

—Pero, ¿qué tiene que ver Barbara con lo que estamos hablando?

—Todo el mundo dice que terminarás casándote con ella. Su rancho está pegado a Warlace.

—Por el amor de Dios, Kate, no digas tonterías. También el rancho de Billy Kramer está pegado con el mío y nunca se me ha

ocurrido la idea de casarme con él por ello.

—Es que no quiero entremeterme en tu vida —objetó Kate.

—Mira, Kate, tú no vas a entremeterte en mi vida para nada. Lo único que voy a hacer es cuidar de ti hasta que estés lo suficiente bien como para valerte por ti misma.

Kate se sentía débil y cansada, y esos sentimientos se traslucían en sus ojos verdes, inmóviles y muy abiertos. Jacob se acercó a la cama y le dijo en voz baja:

—No volveré a hacerte daño, Kate, te lo prometo.

—Está bien, Jacob. Iré contigo, siempre que estés seguro de que es lo que quieres.

—Estoy completamente seguro.

CAPITULO SIETE

JACOB quiso alquilar un avión privado para volver con Kate a Dakota del Sur, con la intención de aligerar en la mayor medida posible las incomodidades propias de un viaje. Sin embargo, se vio obligado a desistir de la idea porque el médico le dijo que debido a su lesión pulmonar, Kate no podría volar hasta dos meses más tarde, por lo menos.

—Pero si tú no puedes ni ver los aviones —exclamó Kate cuando fue al hospital para contárselo. Jacob se encogió de hombros.

—Por mí no importaba, me hubiera aguantado, pero el médico me dijo que tú todavía no puedes viajar en avión.

—Pero si solamente tengo una costilla...

—Y también parte del pulmón —la interrumpió Jacob—. Al final he optado por alquilar un autobús; uno grande, para que vayas cómoda. Papá irá a recogernos a Pierre con el Lincoln, y yo enviaré a alguien a Chicago para que se lleve mi Mercedes de vuelta.

—Te estás molestando demasiado.

—No te vendrá mal un poco de mimo.

—Tiene ironía que seas tú precisamente el que se dedique a mimarme ahora.

—Sí, somos viejos enemigos, Kate. Pero tampoco olvides que hubo una época en la que éramos amigos.

Kate recordó con una sonrisa.

—Entonces tú eras muy amable conmigo.

—Tú eras la única amiga de Margo, debes darte cuenta que eso complicaba bastante las cosas, quizá más de lo que puedes imaginarte.

—Sí. Tú no te sentías con libertad para seducirme mientras Margo estuviera por allí. Tenías que dar buen ejemplo a tu sobrina,

¿verdad?

En cuanto lo soltó, Kate se arrepintió de haberlo dicho. Pero Jacob no perdió la paciencia; todo lo contrario, la miró con gesto indulgente.

—Lo dices como si yo fuera un ser frío y calculador, sin sentimientos. Kate, yo te deseaba mucho, es verdad, pero incluso entonces, si tú me hubieras rechazado, yo no habría insistido más. De todas formas, no me imaginaba que cuando llegara la ocasión tan esperada yo iba a perder el control. Luego perdí la cabeza en cuanto te besé por primera vez en el coche.

—Me imagino que eso le pasará a todo el mundo de vez en cuando.

—A mí no, Kate. Era la primera vez que me veía así.

—Ah.

Jacob la miró con el ceño fruncido.

—¿No te ha contado nadie que un hombre puede perder la cabeza cuando la mujer que está con él responde sin contenerse?

—A mí nadie me ha hablado de esas cosas. Pero he leído muchos libros...

—Me parece que tú y yo vamos a tener una larga conversación un día de estos, Kate. Tienes que enterarte de una vez de que las mujeres tienen la capacidad para disfrutar del sexo tanto como los hombres.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Kate, recordando la frustración y los deseos insatisfechos de su única noche.

—La primera vez, no desde luego. Ni tampoco cuando el hombre sólo piensa en su propio placer y no da nada a cambio. Para tu información, te diré que yo no soy un hombre egoísta.

Viendo que la conversación se salía de los límites de lo conveniente, Kate decidió cambiar de tema, y lo hizo sin ninguna transición .

—Oye, Jacob, ¿cuándo van a permitirme salir de aquí? ¿Lo sabe Tom?

—No quieres seguir hablando del tema, por lo que veo —murmuró Jacob—. Está bien, por esta vez te saldrás con la tuya. Tu médico dijo que podrás salir el próximo viernes por la mañana, si sigues evolucionando como hasta ahora. Ese día se cumplen diez desde que te ingresaron, lo que según el doctor es un récord de

permanencia corta tratándose de una herida de bala.

—Estoy harta de pasarme el día en la cama —se quejó Kate con un suspiro.

—Pues no pienses que vas a poder subirte a los árboles en cuanto salgas del hospital. No podrás hacer ejercicios violentos hasta que tengas la costilla curada, y eso tardará cinco semanas más por lo menos.

Tom los acompañó al rancho solamente para asegurarse que su hermana se quedaba bien. Sin embargo, Kate intuía que Jacob en el fondo se alegraba de llevar aquella compañía. Cuando llegaron al fin a Pierre, después de un día de viaje con pocas paradas para comer y descansar, Hank Cade ya los estaba esperando, y Jacob la sacó del autobús y la llevó hasta el coche en brazos.

—Había olvidado lo grande que es Warlace —comentó Tom cuando se adentraron en el camino de tierra que conducía a la casa.

Por el campo se veía pastar al ganado, repartido en la inmensa llanura.

—Pues a mí se me hace mucho más grande todavía cuando no está Jacob —dijo Hank, que conducía el Lincoln—. Siempre hay algún problema que resolver. Por cierto, hijo, todavía no te he dicho lo peor. Chuck Gray se marchó ayer.

Jacob le dirigió una mirada furibunda a su padre.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Me dijo que te dijera que ya estaba harto de acorralar nuestros malditos toros. No sé si se acuerdan que todos los años acorralamos el ganado —dijo dirigiéndose a Tom y Kate, que lo escuchaban desde el asiento de atrás—. Siempre que lo hacemos alguien resulta pisoteado o coceado, y esta vez le tocó a Chuck. Se ha ido a trabajar a un rancho de Montana.

En aquel momento detuvo el coche, porque había llegado, y Jacob no pudo disimular su enfado.

—¡Maldita sea! Era el mejor capataz que he tenido nunca.

—Pues en ese caso deberías haberlo dejado trabajar con los caballos en vez de obligarlo a dedicarse a los toros, como yo te dije. Si me hubieras hecho caso...

—Claro que te hice caso, maldita sea, y por eso ocurrió este desastre. ¡Tú fuiste quien me aconsejó que pusiera a Chuck a trabajar con los toros!

Hank se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y entonces por qué me hiciste caso?

—¿Por qué diablos no tomas un barco y te marchas a Tahití, como siempre estás diciendo que vas hacer?

—Pero hijo, si me fuera, ¿quién iba a cuidar de ti?

Kate ya no pudo más y se echó a reír, pero cuando Jacob le dirigió una mirada centelleante, no tuvo más remedio que contenerse.

—Lo siento... es que estaba pensando en cosas mías.

—Sí, seguro.

Entonces Jacob bajó del coche, la hizo salir a ella y la levantó en brazos, á pesar de sus protestas, mientras Hank y Tom recogían el equipaje del maletero.

—¡Janet! ¡Abre la puerta! —gritó a pleno pulmón, atrayendo la mirada de dos vaqueros que trabajaban en el corral.

—¡No grites tanto, que con esa voz tuya, vas a romper los cristales! —gruñó la vieja señora apareciendo por la puerta principal—. Buenas tardes, Kate, me alegro de verte. En cuanto a él no quiero hacer ningún comentario. Ahora que ya me había acostumbrado a la paz y la tranquilidad del rancho, vuelve otra vez. Apuesto lo que sea a que ya se ha peleado varias veces con su padre y que viene dispuesto a amargarnos la cena... con el asado tan bueno que he preparado.

—¡Estás despedida! —rugió Jacob entre dientes.

—Puedes decir lo que quieras, porque no me pienso marchar. ¡Cierra la boca y deja de darme órdenes, jovencito! ¡Para que te enteres, yo te ponía los pañales cuando eras un renacuajo!

—¡Por el amor de Dios, Janet, deja de recordármelo! —replicó Jacob, entrando con Kate en el vestíbulo—. Pero, ¿qué demonios pasa? ¿Es que no hay una luz en el vestíbulo?

—¡No me gusta despilfarrar! ¡Y ten cuidado, no tropieces y se vaya a caer la señorita Kate!

Jacob murmuró algo entre dientes que Janet no alcanzó a oír, pero que hizo que Kate se sonrojara. Después la condujo por un pasillo del piso bajo a una de las habitaciones de invitados, dos puertas más allá de su propia habitación, o por lo menos la que Kate imaginaba que seguiría siendo su habitación.

—Ahora apenas utilizamos el segundo piso —le dijo Jacob

dejándola sobre la cama—. En invierno hace un frío de muerte, y, además, Janet ya no está para andar subiendo y bajando escaleras cuando tiene que limpiar. Siempre procuramos lo mejor para ella, porque tiene las piernas muy delicadas, aunque a veces se merecería que la fusiláramos.

—Si hicieras eso seguro que la echarías de menos —observó Kate.

Jacob se acercó y le tomó la cabeza entre las manos.

—¿Qué tal va esa costilla?

—Me duele un poco —respondió Kate, ensimismada en la contemplación de su rostro.

Sin darse cuenta, al sentirse observado, Jacob esbozó una suave sonrisa. Todavía no había comprobado bien lo excitante que podía llegar a ser el hecho de que Kate lo amara. Se acercó mas; Por un momento sus alientos se entremezclaron. Kate entreabrió los labios, y Jacob se dio cuenta de que estaba loco por besarla; resultaba emocionante sentir la respuesta inmediata de ella. Pero no la besó, porque no era para eso para lo que ella estaba allí. Bruscamente se apartó, frunciendo el ceño.

—Descansa un poco antes de la cena. Yo tengo que ir con mi padre para que me cuente lo que ha pasado en mi ausencia. Mientras tanto, Tom puede hacerte compañía.

—Sí. Aunque tampoco hay ninguna necesidad de que alguien esté divirtiéndome —contestó Kate con una sonrisa—. Pero dime, ¿siguen gustándote las novelas de misterio?

—Sí.

—A mí también me gustan. ¿Podrías prestarme algunas para leerlas mientras estoy aquí?

—Sí, claro. Además, compré muchas nuevas desde la última vez que estuviste aquí. Puedes tomar las que quieras.

—Janet dice que uno de tus hombres quiere verte —anunció Tom, entrando en aquel momento con la maleta de Kate—. Es para algo de un cable que no han recibido.

—Estupendo —murmuró Jacob para sí—, falto unos cuantos días en el rancho y cuando vuelvo me lo encuentro todo patas arriba...

Cuando estuvieron solos, Tom miró a su hermana con una sonrisa, y dijo:

—Cómo en los viejos tiempos, ¿verdad? Parece que desde que Margo se casó, Jacob ha recuperado su antiguo temperamento.

Kate no comentó nada a eso, y en cambio le hizo una seña para que se sentara a su lado.

—Quédate un rato conmigo, anda, Tom, y cuéntame alguna anécdota nueva de tu trabajo.

Tom empezó a hablar con la elocuencia que lo caracterizaba, y cuando quiso darse cuenta de que su hermana no contestaba a nada de lo que decía, pudo observar que se había quedado dormida recostada en los almohadones de la cama. Tom la miró un momento, preocupado. Últimamente su hermana la había pasado muy mal, y a él no le parecía acertado que hubiera aceptado la invitación de Jacob para ir al rancho. Pero al fin y al cabo, él nada podía decir, porque nada sabía, y las relaciones de Kate con Jacob seguían siendo un misterio.

CAPITULO OCHO

TOM se quedó solamente un par de días y después tuvo que volver a Nueva York a trabajar, Al principio, Kate se sentía un poco sola, pero enseguida Janet sacó tiempo de sus tareas para charlar con ella de vez en cuando. Jacob se las arreglaba siempre para llegar o demasiado pronto o demasiado tarde a las comidas, y generalmente ella comía con Hank y Janet. No sabía si aquel peculiar horario de Jacob sería fruto de la casualidad o de alguna estratagema suya, pero el caso era que se había estado comportando de una manera un poco rara desde su llegada al rancho, como si en el fondo se arrepintiera de haberla invitado. Kate, al haber advertido una cierta tensión, procuraba a su vez no cruzarse demasiado en su camino. De todas formas, sabía que Jacob no podía disponer de demasiado tiempo libre en el otoño. Sus hombres y él se pasaban todo el día ocupados trasladando el ganado a los pastos de invierno, vendiendo becerros, cambiando vaquillas, arreglando las cercas... en una palabra, solucionando los múltiples problemas que planteaba la cría de ganado con el paso de una estación a otra.

El médico de Chicago de Kate les había recomendado que la visitara el médico de Jacob cuarenta y ocho horas después de su llegada a Dakota del Sur para asegurarse de que el viaje no había repercutido negativamente. Así que el doctor Wright examinó a Kate y le dijo que su costilla se estaba curando perfectamente. Todavía tenía algunos dolores, pero mucho menos fuertes de los que la habían atormentado durante los primeros días. Antes de abandonar el hospital le quitaron los puntos, y afortunadamente, el cinturón especial que le pusieron en las costillas no le causó molestias ni en la herida ni en la zona donde había llevado el drenaje. Le dijeron que tenía que volver a hacerse unas radiografías

cuando se cumplieran cuatro semanas desde la intervención y que podía prescindir del cinturón para las costillas en cuanto notara mejoría.

Cuando ya llevaba una semana en el rancho, un buen día, Jacob se presentó de improviso en la habitación de Kate, cuando ella estaba viendo la televisión cómodamente instalada en una butaca. Venía de trabajar, vestido con unos pantalones vaqueros viejos, una camisa gruesa de cuadros y las botas todavía polvorientas del camino. Él sonrió al verla con el camisón rosa y con los pies descalzos.

—¿Viendo la televisión? —preguntó.

—Sí —contestó ella con una sonrisa—. Me encuentro muy bien, y no me aburro nada, así que no tienes que perder el tiempo entreteniéndome. No quiero que te preocupes.

Jacob se quedó maravillado de que, una vez más, Kate antepusiera su comodidad a la de ella. En aquellos días no le había importunado para nada; de hecho ni siquiera le había vuelto a recordar lo de aquellos libros que le pidió el primer día. Y no era sólo con él, sino con todo el mundo; casi se podía decir que no se notaba que ella estuviera en el rancho. De pronto, sin saber por qué, se sintió impaciente e irritado ante aquella falta de espíritu.

—¿Es que no te cansas nunca de ser una santa? ¡Dios mío! ¡Sólo te falta la aureola!

Kate se quedó sorprendida, pues no esperaba aquel ataque, por lo menos no tan pronto. Pensaba que hasta que no estuviera restablecida del todo no empezaría de nuevo con sus groserías de siempre, pero debía ser que su presencia en la casa le molestaba, porque reavivaba su sentimiento de culpa.

—No debería haber venido —le dijo tranquilamente—. No has cambiado en absoluto, Jacob; reconoce que no te gusta nada la idea de tenerme en tu casa —poniéndose de pie con cierto esfuerzo, agregó—: Siento mucho tener que pedirte esto, pero, ¿te importaría conseguirme un boleto para el primer autobús que salga para Chicago? Si no puedes, llamaré a Tom.

Jacob vio con alarma que la situación se le había escapado de las manos, y se dio cuenta de que antes de hacer aquel desagradable comentario, debería haber recordado el afán de Kate por no molestar.

—Verás, Kate, estoy muy cansado, y cuando estoy cansado pierdo los estribos y tengo ganas de comerme a la gente. Y tú eres la primera víctima que he encontrado a mano. Cuando quiera que te vayas, te lo diré.

La miró un poco intranquilo, dándose cuenta que debajo del camisón no llevaba nada, y eso le puso todavía más nervioso.

—Perdona, pero es que yo había entendido que querías que me fuera.

Jacob exhaló un suspiró. Se acercó a ella y tomándola de los brazos, la hizo sentarse otra vez. Después se arrodilló delante de su silla y la miró a los ojos.

—No sé si es que lo has olvidado, o que no lo sabes, pero yo soy un hombre muy difícil de tratar. Tengo un genio endemoniado, y no me ando con miramientos a la hora de sacarlo fuera. Si no aprendes a torearme un poco, la vas a pasar bastante mal mientras estés aquí.

—Jacob, no quiero discutir. Me encuentro demasiado débil, echo de menos mi trabajo, y a mi hermano, y de pronto dispongo de mucho tiempo para pensar.

—Desde que Tom se fue te has encerrado en ti misma, y yo no sabía si era porque te encontrabas sola o porque no tenías ganas de hablar con nadie. Mira, Kate, a mí me gusta estar solo, y esa es una costumbre difícil de cambiar. Si tienes necesidad de hablar, yo te escucharé, y si quieres estar conmigo, sólo tendrás que decírmelo.

Kate se sonrojó de vergüenza.

—No necesito la compañía de nadie, muchas gracias —repuso en un arranque de orgullo—. Lo único que necesito es alguien que me lleve al médico el viernes próximo para hacerme las radiografías.

—Y yo que creía que era el único orgulloso —murmuró Jacob—. Seguro que prefieres quedarte ahí sentada toda la vida antes que pedirme a mí que te lleve, ¿verdad?

—Pues, sí, en efecto. Ya lo sabes.

Hubo un silencio gélido, al cabo del cual, Jacob dijo:

—Bueno, ¿te importaría hacerme compañía un rato mientras reviso los libros de cuentas?

Kate mantuvo la mirada fija en la pantalla del televisor.

—Prefiero quedarme viendo esto, pero gracias de todas formas.

Jacob fue directamente al aparato y sin mediar palabra, lo desconectó.

— ¡Jacob!

Actuando como si no la oyera, Jacob la levantó con mucho cuidado en brazos, la sacó de la habitación y la llevó hasta su despacho.

—Acabo de descubrir que tienes un carácter tan insoportable como el mío, y un orgullo que tampoco se queda atrás. Tú no estarás dispuesta a ceder ni un palmo, pero yo tampoco. Y no estoy dispuesto a que te encierres en esa habitación sin dejarme entrar. No te he traído aquí para ver cómo vegetas, ¿sabes?

Diciendo aquello, la depositó en el sofá del despacho. Kate, que no tenía otro remedio, lo dejó hacer, aunque no podía disimular su sorpresa.

—Yo creía que te gustaba estar solo.

—Y yo también —contestó Jacob, descubriendo al mirarla que le había crecido el pelo, y que lo tenía suave y brillante como siempre.

—Pero necesito una bata...

—¿Para qué? Hank está en una partida de póquer con sus amigotes y Janet ya se ha ido a su casa a pasar la noche, así que estamos completamente solos. No te puede ver nadie; solamente yo.

Kate se sonrojó vivamente.

—¿No irá a entrarte la timidez ahora? Recuerda que no hay nada de ti que yo no haya visto.

Ella se sonrojó aún más.

—Perdóname, Kate. No sé cómo se me ocurrió decirte eso.

Kate se sintió un poco mejor con la disculpa, sin embargo, seguía sin atreverse a levantar la vista. Aquel torpe comentario acababa de suscitar una avalancha de recuerdos penosos. Jacob se sentó en el sofá, a su lado, con expresión contrita.

—Creo que nunca he cometido una equivocación tan grave con una persona como la que cometí contigo. Ojalá me hubieras contado antes lo que te pasaba.

Kate cruzó los brazos sobre el pecho. De pronto sentía frío.

—Para mí resultaba muy doloroso hablar de ello. Mi padre era un desequilibrado. Nosotros lo sabíamos, pero éramos tan pequeños, Jacob... No podíamos hacer nada, ni recurrir a nadie. Cuando murió, ya no había remedio, nos había dejado marcados psicológicamente.

—¿Sólo psicológicamente? —inquirió Jacob, recordando el

relato de Tom acerca de las circunstancias de su muerte.

—También físicamente. ¿No viste mis cicatrices aquel día en la caseta de baño?

—¡La verdad es que aquel día la furia no me dejaba ver nada! Habría matado a ese mocoso.

Kate le miró. No podía evitar el sentirse halagada por su indignación.

—Pobrecillo. Sólo intentaba tranquilizarme. Ya sabes el miedo que me dan las serpientes. Tú te cegaste porque yo ya te había dado lugar a sospechas cuando estuve besándome con él en la piscina, mientras tú jugabas al ratón y al gato con la Dugan...

Entonces Kate había tenido celos de Barbara. Con el corazón palpitante, Jacob comprendió que aquello explicaba muchas cosas.

—Di mejor que ella estaba jugando al gato y al ratón conmigo. A mí me gusta Barbara. Siempre me ha gustado —agregó apartándole un mechón de pelo de la cara—. No sé si te he comentado que ésta prometida con Hardy.

—¿De verdad?

Jacob miró divertido el rubor de sus mejillas.

—Efectivamente. Así que si habías pensado que iba a casarme con ella, puedes irte desengañando. Supongo que me quedaré soltero.

—Y en ese caso, ¿quién heredará Warlace?

—Buena pregunta. Hasta hace unos pocos años no me he preocupado por tener hijos. Creo que al final no me quedará otro remedio que casarme, si quiero un heredero.

—No creo que tengas problemas para encontrar una candidata —declaró Kate, rehuyendo su mirada.

—¿Tú crees que no? —preguntó Jacob pasándole un brazo por la espalda—. Soy rico, Kate.

—¿Y qué quieres decirme con eso?

—Lo que quiero decir es que no sé cómo voy a estar seguro de que no se casan conmigo por mi dinero.

—En ese caso, deshazte del dinero. Regálalo.

Jacob sonrió.

—No estoy tan desesperado como para llegar a esos extremos.

—Entonces nunca podrás estar seguro.

Kate lo miró largamente, pero pudo apartar los ojos de él antes

que la traicionaran. Lo que no sabía era que Jacob se había dado cuenta desde hacía bastante rato de que la estaba deseando.

—¿Cuándo supiste que no estabas embarazada? —le preguntó repentinamente.

—Una semana después —respondió ella sonrojándose.

—Yo también me quedé preocupado. Y lo peor era que sabía que no ibas a querer hablar conmigo ni verme, así que tuve que inventarme una estratagema: llamé a tu hermano Tom y le conté una historia de que tenía que hablar con ustedes dos pero juntos, y asi lo hice ir a Chicago. De alguna manera tenía que enterarme de si estabas embarazada o no.

—Pues ya ves, te preocupaste en vano —respondió Kate.

—Tampoco es que estuviera preocupado. Sólo quería saberlo, nada más.

—Pues yo no te lo habría dicho.

—Pero yo me habría enterado más tarde o más temprano —respondió él mirándola a los ojos—. No me hubiera dado por vencido hasta saberlo.

—¿Y si?...

—¿Si hubieras estado embarazada? Yo creo que me conoces lo suficiente como para no tener que hacerme esa pregunta.

—Te habrías casado conmigo —murmuró Kate.

—Un hombre con sentido del honor debe comportarse a la altura de las circunstancias cuando hay un niño de por medio.

—Pues menos mal que no pasó nada —dijo Kate, que había cerrado los ojos y tenía la cabeza apoyada en el respaldo del sofá—. Detesto las bodas precipitadas, y, además, no estoy segura de querer tener un hijo.

—¿Por qué?

—Pues porque por su culpa los padres terminan por hacer locuras.

—Tú no puedes juzgar a todos los padres del mundo por el tuyo.

—¿Por qué no? Precisamente tú juzgas a todas las mujeres por lo que fue tu madre.

Jacob empezó a decir algo, probablemente para negar, pero al final se quedó callado. Hubo un silencio.

—La verdad es que tienes razón.

—Debes haber sufrido mucho.

—¿Tú te acuerdas de tu madre?

Kate negó con la cabeza, y su mirada se hizo repentinamente dura.

—Sólo algunos detalles; la mayoría de lo que mi padre decía sobre ella. Era una fulana. Se fugó con otro hombre y nos abandonó a mi hermano y a mí. ¡Y mi padre me pegaba!

Jacob se estremeció al verla llorar. Con toda la suavidad del mundo, la hizo sentar sobre sus rodillas y la apretó contra su pecho.

—Vamos, cariño.

Kate lo abrazó con el único brazo que no le dolía y se refugió, llorando, contra su pecho cálido y palpitante.

—Yo odiaba a mi madre, y todavía la sigo odiando. ¿Cómo pudo marcharse dejándonos? ¿Cómo fue capaz de abandonar a sus hijos?

Jacob le acarició el pelo muy despacio.

—Yo tampoco entiendo a los padres, Kate. Mi madre se fue de casa un buen día, sin ninguna explicación, y Hank nunca intentó ir detrás de ella, o buscarla. Una vez le pregunté el porqué, y él me contestó que uno no puede obligar a una persona a quedarse, si ella ya no quiere estar con él. Al principio me resultaba imposible comprenderlo, pero con los años aprendí que tenía razón. En cierto modo, con su actitud, mi padre nos evitó mayores sufrimientos.

—Nunca llegaste a perdonarla, ¿verdad?

La mano con que la acariciaba se detuvo sobre su pelo.

—Cuando la vi en la cama, a punto de morir, a pesar de todo el dolor, sentí que seguía siendo mi madre. Sí, Kate, la perdoné. Esto no se lo he dicho ni siquiera a Hank.

Kate escondió la cara contra su cuello, feliz de que se sintiera impulsado a contarle algo tan íntimo.

—No creo que yo hubiera podido ser tan generosa —susurró—. Yo a mi madre no la perdonaré nunca.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Jacob.

—Nunca he tenido dinero suficiente como para iniciar su búsqueda. Pero aunque dispusiera de los medios, creo que no la buscaría. Tom y yo sufrimos terriblemente por su culpa. En tu caso, por lo menos Hank ha sido muy bueno contigo.

—Eso es verdad. Aunque discutimos mucho, yo adoro a mi padre.

—Lo sé —señaló Kate con una sonrisa.

Era agradable abrazarla en el silencio de la casa, cuándo afuera, el viento de la noche comenzaba a enfriar la atmósfera. Teniéndola así, tan cerca, no podía dejar de pensar en el día en que la había tenido entre sus brazos completamente desnuda. Sus senos se oprimían contra su pecho, y debajo de la ligera tela del camisón notaba que sus pezones se volvían rígidos. Estaba excitada, tanto como él. La mano se le crispó entre sus cabellos sin querer.

—¿Qué te pasa? —susurró ella.

—Nada, Kate. Tengo que volver con mis libros. ¿Quieres leer un rato mientras tanto?

—Sí, déjame una de tus novelas de misterio.

Jacob se levantó a tomar un libro de la estantería y se lo dio.

—¿Quieres que te diga quién es el asesino?

—Como te atrevas, te tiro el libro a la cabeza.

—No creo que puedas con ese brazo que no puedes mover. Dime, Kate, ¿llevas puesto el cinturón para las costillas?

—No, el médico me dijo que por la noche no hacía falta.

—¿Te he hecho daño al traerte aquí?

—No, no —respondió ella con una sonrisa, contenta de que se preocupara.

Jacob asintió y se sentó a la mesa con un lápiz y un cuaderno de notas delante. Kate permaneció un rato intentando leer, pero le resultaba imposible concentrarse teniendo a Jacob delante con completa libertad para mirarlo a su gusto. Así que se quedó contemplándolo un buen rato, mientras hacía cuentas. De pronto se sonrojó vivamente, dándose cuenta que él la estaba mirando también con una expresión guasona.

—¿Te diviertes, Kate?

No tardó en arrepentirse de su comentario socarrón al ver lo ruborizada que se ponía.

—Perdona, es que estaba distraída —dijo ella hundiendo la nariz en el libro.

Jacob quiso decir algo, pero la vio tan enfrascada en la lectura, que optó por callarse. Aquel camisón era la prenda más seductora que le había visto, con aquella tela tan fina, que insinuaba más que enseñaba. Solamente desnuda habría podido excitarlo tanto su vista.

Kate encontró gran dificultad en concentrarse después de que

Jacob le dijera aquello. Estaba tan cohibida, que ahora no se atrevía a mirarlo ni siquiera fugazmente. En condiciones normales no se habría dejado vencer por la timidez con tanta facilidad, pero se encontraba débil, cansada, y atormentada por recuerdos involuntarios que se empeñaban en perseguirla. Cada vez que cerraba los ojos volvía a oír el silbido de las balas, y le parecía sentir el frío impacto del metal en su cuerpo, con aquel dolor insoportable. Se estremeció. Antes de aquel desgraciado incidente el trabajo de reportera le parecía apasionante, su sueño dorado hecho realidad. Pero ahora tenía miedo, miedo a lo que debería hacer a partir de entonces. Ella se daba cuenta de que lo ocurrido era un accidente que no sucedía más que una vez entre mil, y no obstante a eso sus nervios la traicionaban, como si estuvieran apunto de saltar en el momento más inesperado. Empezaba a ser consciente de que no era capaz de volver a la sección de sucesos, y eso significaba que si no quedaba ningún puesto libre en el periódico iba a quedarse sin trabajo. ¿Y qué iba a hacer ella sin trabajo?

—¿Qué te ocurre? —le preguntó de pronto Jacob.

Kate no se había dado cuenta de que la estaba mirando, y se sobresaltó.

—Nada. Estaba pensando en quién podía ser el asesino.

—Sí, claro, con el libro al revés.

Jacob dejó el lápiz en la mesa con un suspiro y se acercó a ella.

—Kate, no puedes pasarte la vida mirando hacia atrás.

Ella rehuyó su mirada.

—Sí, me doy cuenta.

—Ya verás cómo cuando pase un poco el tiempo, todo te parecerá un mal sueño, y nada más.

Kate dejó el libro y se levantó lentamente.

—Creo que voy a mi cuarto. Estoy cansada, a ver si consigo dormirme.

Jacob la detuvo antes que hubiera dado dos pasos, asiéndola por los brazos. Kate sintió su cálido aliento en la frente.

—Cuéntame qué te pasa.

Kate se puso rígida.

—Estoy bien. No necesito confesar nada, gracias.

—Yo también estoy acostumbrado a guardar mis problemas para mí y no contárselos a nadie. Las cosas que me preocupan nunca se

las digo a nadie, y menos a Hank. Para mí es tan difícil como para ti, Kate, pero si te empeñas en rechazarme, nunca conseguiremos comunicarnos.

—Te tengo miedo —dijo ella en voz baja.

—Me doy cuenta; no estoy ciego. Y después de lo ocurrido tienes motivos de sobra para sentirte así. Tú bajaste la guardia conmigo, y yo te traicioné. Sé que te costará mucho olvidarlo —añadió estrechándola contra su pecho—. Ya te dije en el hospital que nunca he sabido ser tierno. Y es la verdad. Incluso me pasa con las mujeres, en la intimidad... No puedo dormir por las noches pensando en el daño que te hice. Desde que llegamos te he evitado, porque no quería acordarme...

—Pero Jacob, no fuiste tú quién disparó.

—Sí, pero yo te coloqué frente a la ametralladora. Tú sólo querías huir.

—En una ciudad como Chicago ser reportero de sucesos puede ser peligroso. Yo pensé que dedicándome a ello podría dejar de pensar en lo que pasó... Tampoco estaba cometiendo un suicidio consciente.

—No puedes imaginarte lo culpable que me siento.

—Tú no lo sabías —murmuró Kate mirándolo con los ojos húmedos—. Y yo te deseaba.

—Yo también te deseaba —Jacob se quedó mirándola fijamente y comenzó a acariciarle el pelo—. Dios me ayude, Kate, todavía te deseo.

Kate sintió que su corazón empezaba a latir desesperadamente. Lo vio acercarse, con la mirada fija en sus labios, y se quedó sin aliento.

—Kate.

Ella se dejó besar, dejándose arrastrar por el exquisito placer de tenerlo cerca. Sentía su lengua dentro, y sus manos, que le acariciaban las axilas, deslizándose lentamente hacia sus senos.

—Contigo es tan dulce... —murmuró Jacob contra sus labios.

Con sus dedos iba trazando el contorno de su pecho, infinitamente suaves, y sentía algo desconocido, nuevo para él. Era como una vibración que lo conducía lejos de la realidad.

La excitación no le permitía a Kate articular palabra. Sus caricias encendían su pasión, y sólo podía desear que la siguiera tocando.

Jacob, conociendo su ansiedad, sonrió con ternura. Le sorprendía que Kate pudiera aceptarlo todavía después de lo ocurrido. El amor, pensaba, debe ser una fuerza muy poderosa, para impulsar a perdonar tanto. En aquel momento su único deseo era darle placer a ella, sin acordarse de él mismo.

Kate intentó abrazarlo, pero al hacerlo, sintió una punzada de dolor en el brazo izquierdo que le impidió levantarlo.

—No hagas eso —susurró Jacob—. Todavía no estás en condiciones de mover ese brazo.

—Jacob...

El la besó en los párpados.

—Te abrazaré, pero no demasiado fuerte. No quiero hacerte daño en la costilla.

Jacob la rodeó con un brazo por la espalda, sujetándola, y después, mirándola intensamente, pasó la mano por encima de sus senos, cuyos pezones se hicieron inmediatamente visibles bajo la ligera tela.

Kate apenas podía respirar por culpa de la excitación que le provocaba aquel roce insinuado. Apoyó la cabeza en su hombro, contemplando su expresión mientras seguía tocándola.

—Yo nunca me había dedicado a estos juegos amorosos, pero ahora descubro que resultan excitantes.

—Sí —contestó Kate tocándole ligeramente la mano con la que la estaba acariciando.

—¿Sigues teniendo miedo de mí? —preguntó Jacob mirándola a los ojos.

—No, así no tengo miedo.

Jacob pasó repetidamente los dedos sobre sus pezones.

—¿Te gusta?

Kate temblaba.

—Sí.

—A mí también me gusta. ¿Sabes, Kate? Desde la noche que estuve contigo no he vuelto a tocar a una mujer.

—¿De verdad? —preguntó ella, sintiéndose un poco avergonzada.

—Me he pasado todas las noches sólo en mi cama, soñando contigo, con lo que me diste...

Sus palabras se disolvieron en un gemido, y después en un beso,

que aunque rebosaba de deseo, no podía ser más tierno. Al mismo tiempo que la besaba, con toda delicadeza, Jacob fue posando la mano entera sobre su seno. Ella gimió; aquella era la pequeña consumación de lo anterior. Ella colocó la mano sobre la de él, sujetándola ahí.

—Jacob —gimió.

Él debió interpretar mal, porque dejó de tocarla inmediatamente.

—Está bien, lo dejaré.

—No, por favor.

Y, venciendo la timidez, Jacob volvió a colocar la mano donde la tenía. Pero se puso tenso, de pronto tenía la necesidad de protegerla.

Kate rehuyó su mirada, sonrojándose. Entonces, volvía a rechazarla, tal y como había hecho la otra vez.

Pero Jacob la obligó a mirarlo asiéndola por la barbilla y le dijo:

—Kate, yo te deseo. En este momento, lo único que quiero es acostarte en ese sofá, desnudarte y poseerte con toda la pasión que me está quemando por dentro —las imágenes que aquellas palabras evocaban lo hicieron estremecerse—. Pero no hay que olvidar que todavía tienes una costilla rota, pequeña Kate, y aunque hasta ahora he sido tierno y suave, no sé si podré seguir siéndolo, porque te deseo demasiado.

Kate lo miró sin aliento, inundada también por el deseo.

—¿Tú también estás deseando que te posea, verdad? A pesar de lo de la última vez...

—Aquella vez estuve a punto de llegar, tan cerca, que casi podía tocar la culminación, pero de pronto todo terminó y yo ya no sentía nada.

Jacob la miró con incredulidad y tomó su cara entre las manos.

—Dímelo otra vez. Repítemelo, Kate, por favor.

—Pero si ya me has oído —contestó Kate, avergonzada.

—Entonces, ¿no fue horrible? ¿Tú sabes lo que significó para mi orgullo que me dijeras que fue horrible?

—No, Jacob... yo no me refería... Lo que pasaba era que me sentía vacía. Fue una sensación como cuando estás a punto de alcanzar algo y de pronto te vuelve la espalda. Yo hubiera querido explicártelo, pero me parecía imposible. La verdad es que tampoco

terminaba de comprender lo que me estaba ocurriendo.

Permanecieron un momento en silencio, abrazados, ella disfrutando del momento sin querer pensar en nada más, y él maravillándose de la cantidad de sentimientos desconocidos que de pronto se agolpaban en su pecho: ternura, deseo, afán protector... y todo por una chiquilla como ella.

—Estoy cansado, Kate. Y tú, aunque no lo estés, deberías estarlo. Voy a llevarte en brazos a la cama, y después yo también me acostaré. Los libros de cuentas pueden esperar hasta mañana, porque hoy ha sido un día largo, muy largo...

Kate se sintió vagamente decepcionada. Estaba tan bien acurrucada entre sus brazos...

—Yo puedo ir sola —protestó—. No hace falta que me lleves.

Haciendo caso omiso, Jacob la levantó del suelo suavemente y la miró con una sonrisa.

—Te voy a llevar en brazos porque quiero y porque me gusta...

CAPITULO NUEVE

KATE se durmió pronto, sin ningún problema, pero a mitad de la noche la despertaron brutalmente los silbidos de las balas a su alrededor, el estruendo de la ametralladora. Se incorporó de un salto en la cama, empapada en sudor. Debía haber gritado.

No había pasado ni un minuto, cuando la puerta del dormitorio se abrió de golpe y Jacob apareció en el umbral, con una expresión de alarma dibujada en el rostro.

—¿Qué te pasa? ¿Ha sido una pesadilla?

—Sí, la ametralladora —contestó ella ocultando la cara entre las manos—. ¡Oh, Jacob! ¿Cuándo va a terminar esto?

—Espero que algún día ni te acuerdes siquiera, Kate. Y ahora tranquilízate, vamos.

Jacob apartó las sábanas y se metió con ella en la cama. Fue un gesto natural, tenía que calmarla y no podía dejarla sola. Kate se acurrucó contra su pecho desnudo, pues Jacob no llevaba más que los pantalones del pijama. Era delicioso sentir el contacto de su vello en la mejilla, y acariciarlo.

—Por favor, Kate, no me toques así —mientras le decía aquello, la sacó de la cama; apagó la luz, cerró la puerta y la llevó a su habitación.

—Hmmm... —preguntó Kate con voz soñolienta, sin darse cuenta de nada.

—Que no me acaricies, por favor. Me estoy excitando.

Kate soltó una carcajada, y dejó la mano quieta.

—Ah, perdona.

Kate suspiró complacida cuando Jacob la depositó sobre su cama. Un momento después él también se deslizaba entre las sábanas a su lado.

—Ven aquí —le dijo haciéndole apoyar la cabeza en su hombro —. Estate quietecita y deja de jugar con el vello de mi pecho y ya verás cómo te duermes enseguida.

—Jacob, yo nunca he dormido con nadie.

—Eso no es verdad; has dormido conmigo.

—Pero nosotros no dormimos.

Jacob lanzó un hondo suspiro.

—Tienes razón, no dormimos. ¿Has conseguido asimilar ya ese punto negro de tu conciencia?

—Un poco.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y no crees que te sería más fácil —agregó Jacob muy despacio—, si nos casáramos?

Hubo otro silencio. Kate se puso rígida.

—Piénsalo, Kate. Así te acostumbrarás a la idea.

—No quiero que te cases conmigo sólo porque te sientes culpable, Jacob. El matrimonio ya es bastante complicado incluso cuando la gente se ama; figúrate cómo sería en nuestro caso, si entre nosotros no hay amor.

—imagínate que te digo que estoy enamorado de ti —dijo Jacob sacando a relucir casi inconscientemente su cinismo.

—Imagínate que te digo que Warlace está en el Tibet — respondió Kate, cerrando los ojos y pensando lo maravilloso que sería oírlo decir eso sinceramente.

—¿No estás cansada de vivir sola? —preguntó él, cambiando de táctica—. Podríamos vivir juntos, como amigos, sí es eso lo que quieres.

—No, Jacob, gracias por proponerlo, pero no creo que funcionaría.

Jacob no se esperaba una negativa tan rotunda. Estaba intentando por una vez hacer las cosas bien, ayudarla a superar aquel mal trago, cuidarla y compensarla por el daño que le había hecho.

—Escucha, Kate; no sabes cuántas mujeres darían su brazo derecho por casarse conmigo, aunque sólo fuera buscando mi dinero.

—Pues cásate con una de ellas.

—La mayoría de ellas se negarían a prestarse a un matrimonio

platónico.

—Ya encontrarías alguna, entre tantas que se interesan por ti.

—Yo no quiero otra mujer —respondió Jacob, sorprendido por su propia sinceridad—. Si no puedo tenerte a ti, no tendré a ninguna.

—No te comprendo.

—La verdad es que yo tampoco me comprendo. Quizá es que me siento culpable... no sé. La verdad es que yo no voy por ahí seduciendo a mujeres vírgenes. Sé que te hice daño, y me duele recordarlo. Quizá estoy un poco obsesionado.

—Ya lo superarás.

—¿Y tú? ¿La superarás tú, Kate? ¿Podrás olvidar esa noche alguna vez en tu vida? —preguntó volviéndose hacia ella y tratando de distinguir su rostro en la oscuridad.

—No, pero...

—¿Desearás alguna vez que te haga el amor algún hombre que no sea yo?

Kate contestó sin pensar, tajantemente.

—No. No podría permitir que ningún otro hombre me tocara. Sólo tú.

Jacob se sintió arder en la oscuridad. Aquello significaba que a pesar de todo, Kate continuaba deseándolo.

—Sólo yo —murmuró besándole la frente y deslizando la mano por debajo de su camisón, hasta encontrar sus pechos, que ya estaban erizados de deseo—. Alguna vez conocerás conmigo lo que es la culminación del placer, aquello que estuviste tan cerca de alcanzar aquel día...

—¡Jacob!

—Dios mío, Kate, qué suave eres. Me encanta tocarte, tu piel parece de seda —murmuró sin dejar de acariciarle los senos.

Ella gimió, y con el brazo derecho se desabrochó los botones que quedaban cerrados.

—Quiero verte, Kate. Quiero emborracharme de ti.

Kate se puso a temblar al sentir su mirada ansiosa y sus manos.

—Quédate quieta —susurró él inclinándose a tocar sus pezones —. No, no arquees el cuerpo hacia mi boca. Yo te daré todo lo que quieras sin que tengas que pedírmelo.

Jacob le pasó un brazo por la espalda e incorporándola con

mucho cuidado, recorrió sus pechos con los labios. Al oír sus gemidos placenteros tuvo que contenerse para no llegar más allá. Todavía no podía poseerla; ella estaba demasiado delicada. Pero lo que sí podía era hacerle el amor así, con caricias suaves. Ella se estremecería de placer como nunca había hecho, y él sería el primer hombre en tocarla de aquella manera.

Pero no había contado con que Kate lo acariciaría a su vez. Al sentir sus manos pequeñas y provocadoras, se dio cuenta que no tenía más remedio que detenerla antes que las cosas llegaran demasiado lejos.

—Kate... creo que va a ser mejor que lo dejemos ahora.

Ella se detuvo de inmediato, con un suspiro.

—¡Qué pena! Ahora que empezaba sentirme tan a gusto contigo, Jacob.

—Yo me siento igual que tú, nena, pero tienes que comprender que no podemos hacer el amor hasta que tú estés curada.

—No, claro, me imagino que no —contestó Kate sonrojándose.

—Yo no podría contener mi pasión, Kate —reconoció Jacob mientras le abrochaba los botones del camisón—. Ahora mismo estoy temblando como un chico de catorce años.

—Entonces —susurró Kate, asombrada de su propia osadía—. ¿Volveremos a hacer el amor?

—Sí, pero sólo si te casas conmigo —respondió Jacob después de unos segundos de vacilación—. Si no, ni tú ni yo nos sentiríamos tranquilos con nuestra conciencia.

Kate contuvo a duras penas las lágrimas.

—Un matrimonio así no funcionaría, y tú lo sabes.

—No lo pienses ahora, Kate. Dejemos que pase el tiempo, y él dirá. Ahora tranquilízate e intenta dormir. Yo me quedo aquí contigo.

Kate se hizo un ovillo junto a él y se dejó llevar por el sueño.

Durmió profundamente, y a la mañana siguiente despertó en su cama. Abrió los ojos poco a poco, atraída por un olor agradable. A su lado, sobre la almohada, Jacob debía haberle dejado una hermosa rosa blanca. Aquella era la prueba de que la noche anterior pasada en brazos de Jacob no había sido un sueño.

Kate se levantó con una agradable sensación de bienestar; por primera vez, desde hacía semanas, se sentía fuerte de nuevo, con

ánimos para afrontar lo que le deparara el día. El motivo de su alegría era que Jacob le hubiera pedido que se casara con él, y aunque no fuera una declaración de amor precisamente, representaba el comienzo de algo.

Cuando llegó al comedor, Hank ya se había marchado, pero allí estaba Jacob, dando vueltas al desayuno frío en el plato.

—Por fin apareces —dijo al verla—. Ya no sabía qué hacer con mi desayuno para seguir esperándote sin que Janet sospechara.

Se miraron sonrientes.

—¿Me estabas esperando?

—¿A ti qué te parece?

Jacob se levantó, alargó la mano, y antes que Kate pudiera darse cuenta de lo que ocurría, la había tomado entre sus brazos y estaba besándola apasionadamente.

—Buenos días —susurró Kate rozando sus labios.

—Buenos días. ¿Has encontrado la rosa?

—Sí, gracias. ¿Dormiste bien?

—Al final sí. Primero estuve un buen rato en vela, mirándote. Espero que tu costilla se cure pronto, Kate, porque te deseo más que ayer. No vamos a tener más remedio que casarnos.

Kate sintió una opresión de tristeza en el pecho.

—Yo no puedo casarme contigo, Jacob, ya te lo he dicho.

—¿Por qué?

Se miraron a los ojos, y Kate dijo:

—Jacob, el deseo no es suficiente. Hace falta amor...

—Pero tú me amas, Kate —dijo él tranquilamente—. Siempre me has amado.

Kate contuvo el aliento y lo miró atónita. Pero, ¿qué se había creído?

—Tom me lo contó todo justo antes que te llevaran al hospital. Incluso he visto las fotos que tienes de mí por todas partes.

La reacción de Kate fue inesperada y espontánea. Completamente furiosa, se libró de sus brazos, sin pensar en lo que le dolía el costado ni en la expresión consternada de Jacob.

—Pero, ¿qué te pasa, Kate? No tienes por qué sentirte avergonzada.

¿Que no? Kate se sintió morir por dentro. Tenía la sensación de que sus pensamientos más íntimos habían sido vendidos, exhibidos

en público, era como verse desnuda delante de una asamblea de desconocidos. Primero se sonrojó vivamente; después palideció, y por fin rompió a llorar.

Jacob intentó acercarse, pero Kate lo rechazó con una brusca sacudida.

—¡No quiero que vuelvas a tocarme! ¡No necesito tu compasión, Jacob!

Dicho aquello, dio media vuelta y echó a correr como una loca por el pasillo. Llegó a su habitación y se encerró allí a llorar, tirada de bruces sobre la cama. Oyó confusamente que Jacob llamaba a su puerta, gritando su nombre, y que se paseaba de un lado a otro del pasillo, pero no quiso abrirle. Lloró y lloró durante horas su amor no correspondido.

Así pasó toda la mañana. Al cabo del tiempo, cuando se aseguró que Jacob ya no andaba por allí, Kate se decidió a salir. Se sentó en el cuarto de estar, junto al ventanal, pensando qué podría hacer a partir de entonces. Había empezado a llover con furia, como si el tiempo quisiera acompañar el torbellino de sus pensamientos. Se acordó, sin embargó, de los pobres vaqueros que, a pesar del frío y del agua, debían continuar trabajando a la intemperie. Después pensó en Jacob y sintió frío en el alma.

Una cosa era segura; tenía que irse de Warlace cuanto antes, porque no podía soportar la idea de seguir viendo a Jacob y saber que ya no tenía secretos para él. Toda su amabilidad, sus caricias, su deseo... todo había sido una mentira, fruto de su compasión. No, no podía soportarlo.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas... Tenía que volver a Chicago, y después, ¿qué le esperaba allí? Tendría que esperar una semana más sin trabajar, pero incluso entonces, cuando se hubiera cumplido, no se sentía con ánimos para volver a la sección de sucesos. Y por otro lado, tampoco quería convertirse en una carga para Tom, por muy deseoso que estuviera él de ayudarla.

Así estaba de pensativa, cuando de pronto entró Hank en la sala, visiblemente agitado.

—Perdona que te moleste, Kate, pero es que estoy muy preocupado. Mi hijo salió sin un impermeable ni nada, y está empapándose, con el frío que hace. Cuando le dije que se pusiera algo encima me contestó no sé qué incoherencias de que a ver si se

moría de una vez, y no me ha querido escuchar. ¿Qué ha pasado? ¿Es que han discutido o algo, Kate?

Kate se removió inquieta en su asiento.

—Sí... más o menos.

—¿Más o menos?

Kate decidió contarle lo ocurrido.

—Jacob me pidió que me case con él y yo le he dicho que no. Pero es que él no me ama —señaló rápidamente al ver la cara de desconcierto de Hank—, y sin amor, no saldría bien.

Hank soltó un silbido.

—¡Válgame Dios! Ya estaba convencido de que no viviría para ver el día en que por fin mi hijo se decidiera a proponerle matrimonio a alguien. Y ahora que se produce el milagro, tú le dices que no tranquilamente. ¿Es que te has vuelto loca? Mira mujer, yo casi tengo sesenta años. Si mi hijo no se decide pronto, me quedaré sin nietos. Y tú eres una chica estupenda. Te conocemos, nos gustas... no podría haber hecho una elección mejor. Tienes que pensarlo bien antes de dar una negativa, Kate.

—Pero si ya lo he pensado —respondió Kate bajando los ojos—. Yo lo amo, y él lo ha sabido todo este tiempo, porque mi hermano Tom cometió la tontería de decírselo. ¡Jacob me lo soltó esta mañana, después de que yo me negara a casarme con él, y estoy tan enfadada que no creo que pueda volver a mirarlo a la cara!

Kate se echó a llorar, y el anciano se esforzó por tranquilizarla dándole palmaditas en la mano.

—Me quiero ir de aquí —gimió Kate—, pero no tengo adonde ir.

—Jacob salió fuera en cuanto vio que no había forma de sacarte de tu cuarto, y es capaz de quedarse ahí todo el día. Ya sabes que cuando se le mete algo en la cabeza... Va a "pescar" una pulmonía.

Por supuesto, ella no quería que se enfermara, pero en aquel momento tampoco se encontraba con ánimos para salir a convencerlo.

A pesar de todos los esfuerzos de Hank, llegó la noche, y Jacob seguía fuera. Cuando Kate se dispuso a meterse en la cama, todavía no había aparecido.

A la mañana siguiente, lo encontró sentado en el comedor cuando fue a desayunar. El corazón le dio un vuelco, porque no esperaba volver a verlo a solas. De cualquier modo, era demasiado

tarde para salir corriendo, así que sacó una silla y se sentó frente a él. Jacob estaba muy pálido, y cuando se dirigió a ella para pedirle que le pasara el tocino, su voz sonó terriblemente ronca.

—Con toda esa lluvia —murmuró Kate—. Te has resfriado.

—Con un poco de suerte me moriré —replicó él—, y así lo llevarás el resto de tu vida en la conciencia.

Kate intentó no mirarlo mientras se servía el café.

—Yo no te obligué a que salieras y te quedaras bajo de la lluvia como un loco.

—Pero no accedes a casarte conmigo.

—Sabes muy bien por qué.

—Ojalá pudiera comprender por qué las mujeres tienen tantos secretos con sus sentimientos. A ver, dime, ¿y qué más da si yo sé que tú me quieres? ¡No se va a hundir el mundo por eso!

—¡Me da vergüenza!

—¿Por qué?

Kate lo miró con los ojos centelleantes.

—Porque eso me coloca en una posición de desventaja con respecto a ti. Me siento vulnerable.

—A lo mejor yo también me siento así, Kate, ¿no se te había ocurrido pensarlo?

Ella rió con amargura.

—Eso es imposible, Jacob, porque tú no me amas.

Hubo un largo silencio. Kate se sentía incómoda, porque Jacob la estaba mirando de una manera muy extraña.

—En cuestión de amor todavía tengo que aprender —dijo Jacob, después de sufrir un acceso de tos—. ¡Maldita lluvia! ¡No me encuentro nada bien!

—Deberías volver a la cama —se atrevió a sugerirle Kate.

—¡De eso nada! Tampoco estoy tan mal —dicho aquello, se bebió el café, miró con una mueca los huevos y el tocino y se puso de pie—. Me voy a trabajar. No tengo ganas de comer.

Pero cuando echó a andar, se tambaleó. Kate, sin pensarlo, se levantó corriendo de la mesa y se colocó junto a él, sujetándolo. Sintió su cuerpo con más calor del normal. Entonces le tocó la frente y comprobó que estaba ardiendo.

—Jacob, tienes fiebre, y, además, muy alta.

—La verdad es que me encuentro un poco mareado. Vamos,

Kate, no me sujetes, que te puedes hacer daño en la costilla. Me apoyaré en la pared.

—No, no, apóyate en mí. Te llevaré a la cama.

—Pero es que ahora no tengo tiempo para ponerme enfermo...

—Eso deberías haberlo pensado ayer.

Al cabo de una hora, llegó el médico, y después de examinarlo diagnosticó un caso bastante fuerte de bronquitis, agravada por una infección viral. Le puso una inyección y le recetó unos antibióticos y un jarabe para la tos. Janet le preparó caldo y Kate se quedó sentada al lado de su cama mientras Hank se iba a trabajar .

Jacob pasó la mayor parte del día en una especie de sopor, siempre vigilado por la mirada atenta de Kate. Sólo lo dejó un momento por la tarde para cenar rápidamente, y enseguida volvió a su cabecera. Por la noche, el enfermo comenzó a agitarse,

—Me siento peor ahora que esta mañana cuando me levanté.

—No te preocupes —le dijo Kate con una sonrisa—. Será culpa de la fiebre, que suele subir por la noche. Verás cómo mañana te encuentras mejor.

Él le devolvió la sonrisa.

—Deberías irte a la cama tú también.

—Me iré dentro de un rato.

— Bueno, si vas a quedarte, podrías leerme algo.

—Muy bien, ¿qué es lo que te gustaría? ¿Una de tus novelas policíacas?

—No. Prefiero que me leas la revista de la asociación de ganaderos que tengo en la mesilla.

Kate la tomó y le leyó un artículo sobre los nuevos métodos de mercado y un informe sobre las nuevas técnicas de cultivo de forrajes. Cuando hubo terminado, Jacob dijo:

—Eso me recuerda que los muchachos te están construyendo un invernadero. Si todo marcha bien, lo tendrán terminado dentro de un día o dos. Después, podemos ir al vivero de Pierre a comprar algunas plantas.

Kate, que ya había olvidado su promesa, se alegró de aquel detalle, pero no pudo evitar una punzada de tristeza al pensar que nunca llegaría a disfrutar de ese invernadero.

—Ya no tienes por qué preocuparte de eso, porque yo podré viajar ya la semana que viene.

Jacob abrió los ojos de par en par y la miró fijamente.

—No quiero que te vayas. Quiero que te quedes aquí, conmigo.

Kate se ruborizó,

—Te olvidas de que tengo un trabajo...

—Pues déjalo.

—Jacob, yo...

—Yo puedo mantenerte. Hasta que llegue el momento de pagar los impuestos, yo tengo aquí un verdadero imperio. Podemos seguir viviendo del ganado, aunque se vaya acabando el dinero. Mientras, tú puedes cultivar plantas en el invernadero, lo que quieras, y tendremos verduras todo el año.

Parecía que hablaba en serio, pero Kate no tenía más remedio que contradecirle.

—Tú no quieres casarte, Jacob. Siempre lo has dicho.

—Yo he dicho muchas estupideces en mi vida, Kate, ¿o es que todavía no te has dado cuenta? —dijo él volviéndose de lado para verla mejor—. ¿Tú nunca has pensado en tener hijos?

—Sí, alguna vez.

—¿Y en tener hijos míos?

Kate rehuyó su mirada.

—Cuando vea a mi hermano...

—No tendrás ocasión, porque Nueva York está muy lejos, y yo me encargaré de que no tomes represalias. Una vez te dije que me gusta sentirme amado. Nadie me ha querido nunca, excepto mi familia.

Kate recordó de pronto aquello mismo, dicho por una voz susurrante, que le llegaba de muy lejos. Se estremeció.

—Es verdad... me lo dijiste cuando estaba en la UVI. Me dijiste que no querías que me muriera...

Jacob dejó de sonreír.

—También te dije aquel día que si tú morías, yo no querría seguir viviendo. ¿Quieres que te lo repita ahora?

—Aquel día las emociones te hacían hablar demasiado.

—Las emociones siguen siendo las mismas, Kate. Yo te deseo. No me rehuyas así, por favor. El deseo no es ningún pecado imperdonable. Tú también sientes lo mismo, aunque te empeñes en no reconocerlo. Kate —agregó con una sonrisa—, a ti te gusta plantar cosas y ver cómo crecen. A Dios también debe gustarle eso.

El arregló las cosas para que un hombre y una mujer plantaran la semilla; y un hijo es la pequeña semilla que crece. La vida es un milagro, Kate.

Kate lo miró con los ojos cargados de viejas angustias.

—Mi padre me castigaba cada vez que se me ocurría sonreír a algún chico. Tom y yo nos pasamos la infancia oyendo que el sexo es el mayor de los pecados.

—Pero nena, tu padre estaba loco. Con su enfermedad, no estaba capacitado para hacerse cargo de ustedes.

—Si mi madre no nos hubiera abandonado...

Jacob se llevó su mano a los labios.

—Tienes que pensar que ella tendría sus razones para marcharse. Tú entonces eras muy pequeña y no te dabas cuenta; un niño no puede entender los razonamientos de los mayores.

—Cuando se fue, me pasaba las noches llorando. No sabes cuánto la echaba de menos.

—Quizá ella también los ha echado de menos a Tom y a ti durante todos estos años.

Jacob acababa de tener una idea, pero, por supuesto, no pensaba confiársela a ella, por lo menos hasta que no la hubiera puesto en práctica.

—Ojalá me encontrara mejor —murmuró Jacob—. No sabes cuánto deseo hacerte el amor. ¡Oh, Kate! Cásate conmigo. Tendremos un montón de hijos que alegrarán esta casa. Yo estaría dispuesto a aprender a cambiar pañales y dar biberones... sería maravilloso.

Kate se puso a temblar de pies a cabeza. Lo amaba con desesperación; y él quería tener hijos. Seguramente los hijos contribuirían a unirlos. Pero aunque ella lo deseara también, sabía de sobra que un matrimonio así, sin amor por parte de él, estaba destinado al fracaso. No, no podía prestarse a un juego tan cruel.

—No —contestó sin mirarlo a los ojos—. Lo siento, pero no puedo.

Y diciendo aquello, se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¡Pero si tú me amas, maldita sea! —gritó él exasperado.

—Un amor no compartido no es suficiente. Quizá a ti te bastaría, al principio, pero no tardarías en darte cuenta de que no podrías seguir viviendo conmigo si lo único que sientes es deseo

mezclado con culpabilidad. Buenas noches.

CAPITULO DIEZ

A partir de entonces, Kate se pasó la mayor parte de su tiempo libre trabajando en el invernadero, que tal y como le prometieron, estuvo listo enseguida, mientras Jacob, ya restablecido, se concentró como un poseso en su trabajo. La paz duró tres días, pero después en la mañana del cuarto, cuando bajó a desayunar, Kate se encontró a Jacob con una expresión tan sombría que daba miedo mirarlo.

Al verla aparecer, levantó los ojos del plato y le dijo fríamente:

—No me importa nada que te niegues a casarte conmigo. Por mí puedes largarte hoy mismo a Chicago, a ver si te dan otro tiro.

—Muchas gracias, así lo haré —replicó Kate muy digna, sentándose en la silla que Hank le ofrecía—. Me alegro de que hayas recuperado tu humor habitual.

—En toda mi vida no he visto un hombre con tan mal genio —dijo Janet—. Kate, no sabes las ganas que tengo de que accedas a casarte con él de una vez, a ver si le mejoras el carácter.

—Yo también lo estoy deseando —intervino Hank con un suspiro—. Si quisieras hacer el sacrificio, Janet y yo nunca lo olvidaríamos.

—Ya no quiero casarme —rugió Jacob, debatiéndose con el cuchillo y el tenedor—. ¡Este tocino está durísimo!

—Entonces, ¿por qué no sales y le cortas un trozo de carne a una de tus vacas, a ver si te sabe mejor? —replicó Janet.

—Y los huevos están como una piedra.

—Y me imagino que el café estará aguado y las galletas blandas, ¿verdad? —continuó Janet con furia.

—¡Pues has acertado!

—Entonces puedes irte a Blairsville a desayunar, si quieres, porque yo no pienso volver a prepararte el desayuno.

—¡Te despediré! —rugió Jacob.

—Muy bien. ¡Ni en el infierno encontraría un jefe peor que tú!

Jacob dejó el tenedor en el plato, lanzó una mirada general de furia, y se fue dando un portazo.

—¡Gracias a Dios! Ahora podremos terminar de desayunar en paz —dijo Hank, y después, dirigiéndose a Kate con una sonrisa, añadió—: Todavía sigues resistiéndote, ¿eh?

—Jacob no me ama —respondió ella acaloradamente—, y yo no quiero atarlo. Él cree que eso es lo que quiere, pero algún día puede enamorarse de verdad, y entonces se arrepentirá de estar conmigo.

Hank no dijo nada. Se limitó a sonreír.

Aquel era el día en que Kate debía volver al hospital para hacerse otra revisión. Ella esperaba que fuera Hank quien la llevara, o en todo caso alguno de sus hombres, y por eso se llevó una gran sorpresa cuando encontró a Jacob esperándola en el coche. Aunque seguía echando rayos y centellas por los ojos, le abrió la puerta con rígida amabilidad.

—Me imagino que cuando el médico te vea te dirá que ya puedes volver a Chicago cuando quieras.

—Supongo que sí —asintió Kate sin demasiado entusiasmo.

—No esperes que te vuelva a proponer matrimonio, porque no pienso volver a hacerlo —dijo entonces él sin mirarla.

—No esperaba tal cosa.

En efecto una vez en el hospital, el médico la examinó meticulosamente, le dijo que podía volver al trabajo cuando quisiera y se despidió de ella con una sonrisa. Jacob pagó la cuenta sin hacer caso de las protestas de Kate, y después se pusieron en camino.

—Ya estoy bien —comentó Kate—. Oficialmente, puedo volver a trabajar.

—Me alegro mucho.

—Ahora ya puedes dejar de sentirte culpable —murmuró Kate —. Quiero que quede claro que no te culpo de nada de lo sucedido.

Pero Jacob no la escuchaba. Acababa de tomar un camino de tierra que se adentraba en el bosque. Cuando llegaron a un pequeño claro, cerca de un tupido bosquecillo, paró el motor.

—¿Por qué has parado aquí? —preguntó Kate un poco violenta.

Jacob se volvió, mirándola con ojos brillantes.

—Porque estoy harto de que intentes a toda costa protegerme de mí mismo. ¿Por qué diablos estás tan convencida de que me quiero casar contigo para aliviar mi sentimiento de culpabilidad porque te tengo lástima? ¡Yo no soy tan estúpido como para tratar de cimentar una relación estable en semejantes fundamentos!

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Pues porque me gusta estar contigo. No sé por qué, pero me vuelves loco cada vez que te tengo cerca. Me gusta hacer cosas contigo, e incluso estar solo contigo. Y también me gustaría tener hijos contigo. A pesar del mal comienzo que hemos tenido, nos hemos hecho muy amigos desde que estás en Warlace, Kate. Lo suficiente como para pensar en matrimonio, creo yo.

Kate estaba tan cansada de hablar siempre del mismo tema, que ya no sabía qué objeciones poner.

—Yo quiero casarme contigo —susurró emocionada—, es lo que más deseo en la vida, pero tienes que darte cuenta de que significaría correr un riesgo demasiado grande.

—Yo lo único que sé es que te deseo a todas horas, que me llevo perfectamente contigo y que estaría dispuesto a matar por ti, si fuera necesario.

Sin dejar de mirarla a los ojos, Jacob se desabrochó el cinturón de seguridad, e hizo lo mismo con el de ella. Se acercó sin decir una palabra, pero con aquella mirada fija en sus labios, Kate no necesitaba saber nada más.

Aquel fue el beso más lento y más dulce que nunca habían compartido. Sintió que sus brazos se iban apoderando de ella, se enroscaban a su alrededor, y después sintió la caricia de sus manos en el pelo.

Kate no se resistió, y tampoco contestó; en lugar de ello, suspiró y dejó escapar un gemido de placer, a medida que el beso se intensificaba. Jacob echó el asiento hacia atrás y la tumbó. Quiso decir algo, pero él sonrió negando con la cabeza. Después se inclinó sobre ella y cubrió su rostro de besos.

Primero le quitó la blusa, y el sostén no tardó mucho en seguir su camino. Después recorrió sus pechos con la boca, suavemente, saboreando su suavidad. Kate no sintió cómo terminaba de desnudarla, porque los labios de Jacob actuaban en su cuerpo como un excitante, despertando todos sus instintos dormidos. Pronto la

ansiedad hizo presa de ella; no tenía bastante, necesitaba más y más.

Después él se quitó la camisa, y Kate empezó a acariciarlo como siempre había soñado. Él llevó las manos a lo largo de sus costados, y en algún momento, en medio del creciente torbellino de su pasión, Kate descubrió que también estaba desnudo.

—Kate —susurró Jacob de pronto, contemplándola con los ojos brillantes—. Quiero que seas mi mujer, la madre de mis hijos. No quiero que te entregues a mí por segunda vez sin comprometerte antes. Te quiero para toda la vida. Voy a demostrarte la belleza que puede haber en el placer cuando éste es compartido sin egoísmos.

Ella lo miró a los ojos, buscando una respuesta a sus interrogantes.

—¿No será sólo deseo, Jacob?

—Si solamente fuera deseo, cualquier mujer me serviría.

—¿Y estás seguro de que no te serviría otra mujer?

—Kate, yo sólo te deseo a ti. Nunca, nunca más, habrá otra mujer en mi vida.

—Pero puedes enamorarte...

—Sí, es posible. Quédate quieta, pequeña, y déjame amarte. Deja que te enseñe cómo debería haber sido la primera vez.

Jacob se movió suavemente entre sus piernas, y entonces Kate lo sintió tal y como lo había sentido aquella noche ya lejana, pero sin ningún dolor. Jacob se movió en su interior suavemente, adaptándose a las demandas secretas de su cuerpo de mujer. La besaba y le susurraba cosas irrepetibles al oído, mientras que con sus manos iba guiándola hasta conseguir hacerla enloquecer de pasión.

Kate lanzó un gemido ahogado y Jacob sonrió, sabiendo lo que sentía exactamente. Entonces la poseyó más profundamente, con fiereza. Su pecho rozaba los senos erizados de Kate en los movimientos ascendentes y descendentes, y el ritmo crecía en intensidad por momentos. Ahora era ella quien le susurraba locuras al oído, y él reía y le mordía el hombro, la boca, la garganta, y la tensión se convertía en una espiral sin principio ni fin, una espiral de placer cálido. Jacob sudaba, y comenzaba a ponerse tenso sobre ella. Kate igualó sus movimientos, levantó las manos, le acarició el rostro, y entonces todo explotó dentro de ella y a su alrededor.

Aquello era una locura mágica. Por primera vez en su vida sintió el colmo del placer; por primera vez en su vida perdió el sentido de la realidad y su garganta se abrió en un grito de felicidad.

Kate volvió a la realidad lentamente, y lo primero que oyó fue el rumor del viento entre los árboles y el canto de los pájaros. Ambos temblaban. Era maravilloso sentir los latidos del corazón de Jacob contra sus pechos. Comenzó a besarlo por todas partes.

—Kate —susurró él, enfebrecido—. Casi no podía soportar el placer. Creía que iba a morir intentando abrazarte con más fuerza.

Kate suspiró dulcemente.

—Jacob, no hemos tenido cuidado... no has... Puedo quedarme embarazada después de esto.

Él sonrió.

—Sí, es verdad.

—Pero, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Casarnos, por supuesto —murmuró Jacob—. Y esta vez no te lo estoy preguntando, lo afirmo. No voy a darte la oportunidad de rechazarme una vez más.

—Pero Jacob —protestó Kate angustiada—. Puede ser que algún día te enamores de alguien.

—Pero Kate, ¿no es amor esto que hemos compartido?

Ella se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

Jacob no había tenido intención de decir aquello; simplemente lo había dicho sin pensar. Pero ahora que ya estaba expresado y la veía, tan hermosa, debajo de él, se daba cuenta de que aquello era lo que sentía en realidad. Era la primera vez que el sexo le despertaba tantas emociones.

—Ahora no pienses en nada, Kate, y bésame.

Así lo hizo ella. Y después se vistieron mutuamente, sin dejar de acariciarse. Cuando volvían al rancho, Jacob le dijo:

—La semana que viene nos casaremos. Ya tengo el regalo de boda para ti.

—¿Qué es? —preguntó ella, curiosa.

—Espera y verás. Es una sorpresa. Y ahora no quiero que pienses en nada. Me caso porque yo quiero, nadie me obliga. ¿De acuerdo?

Kate lo amaba demasiado como para negarse una vez más.

Ahora ya sabía con seguridad que nunca iba a poder renunciar él.

—De acuerdo, Jacob —susurró.

La ceremonia de la boda tuvo lugar en Warlace, con la asistencia de Margo y David, que fueron gratamente sorprendidos con la noticia de que aquellos enemigos de siempre por fin se casaban.

Jacob se maravilló de su belleza al verla entrar envuelta en tules, y encajes. Entre las flores del altar intercambiaron sus promesas, delante de Hank, Janet, Tom, Margo, David y un montón de vecinos y conocidos, entre los que se contaba una mujer vestida con un traje oscuro que se pasó la ceremonia sola, sin hablar con nadie.

Al final, cuando hubieron intercambiado los anillos, Jacob le levantó el velo y la besó. La ceremonia había sido tan hermosa, que Kate no pudo contener las lágrimas. Lo único que empañaba su felicidad era saber que él no la amaba; no como ella quería.

Cuando se estaba cambiando de ropa en la habitación, ayudada por Margo, apareció la mujer desconocida, retorciendo un pañuelo entre las manos. Parecía muy nerviosa.

—¿Kathryn?

Kate la miró sorprendida. ¿Entonces ella la conocía?

Margo se disculpó y salió de la habitación rápidamente. La mujer entonces la miró con unos ojos verdes muy parecidos a los suyos.

—No sabes quién soy, ¿verdad? Al fin y al cabo es natural teniendo en cuenta que él me separó de ti cuando no eras más que un bebé.

Kate la miró atónita. Todos los años de odio, amargura y angustia volvieron de golpe a su memoria.

—Tú nos abandonaste —susurró—. Nos dejaste solos a Tom y a mí, y él nos pegaba.

La mujer tenía los ojos cuajados de lágrimas.

—Tu padre te secuestró, Kathryn. Te llevó a un lugar secreto, escondida, y yo me quedé sin nada. Sin ustedes, sin dinero, sin un sitio para vivir... Antes de eso, yo había buscado un abogado para divorciarme de tu padre, con la esperanza de que me concedieran la custodia de ustedes. Había un hombre en mi vida, un hombre bueno que los quería también a ustedes. Pero tu padre se enteró antes que yo pudiera hacer nada, y un día, cuando volvía a la granja, me encontré con que no había nadie. Se había marchado llevándoselos

con él. Yo entonces no tenía siquiera el dinero del pasaje del autobús para salir a buscarlos.

Kate la contemplaba cada vez más sorprendida. Aquello no tenía nada que ver con la versión de su padre.

—¿Nos secuestró?

—Sí, cariño. Yo me puse a trabajar de camarera en un bar. Estuve así dos años, hasta que conseguí el dinero suficiente para buscarlos, pero entonces ya era demasiado tarde.

—¿Y el otro hombre, con el que te ibas a casar?

—Lo dejé. Estaba obsesionada con lo que habría sido de ustedes mis hijos. ¿Cómo iba a construir mi felicidad sabiendo que ustedes podían estar sufriendo?

Kate estaba tan emocionada que ni siquiera se dio cuenta de que Jacob la estaba mirando desde la otra habitación.

—¿Y has estado sola todo este tiempo?

—Sí, todo este tiempo. Ya me había cansado de preguntar en todos los orfanatos, y ni siquiera sabía la existencia de su abuela en Dakota del Sur, porque su padre no me lo había dicho nunca. Entonces, un buen día, tu marido entró en el restaurante donde trabajo y me dijo que Tom y tú estaban vivos y que me traería para verlos.

—¡Oh, mamá, no!...

Kate se echó en los brazos de la mujer, y de pronto fue como si el tiempo no hubiera transcurrido desde la infancia. Aquel era el refugio protector de su madre. Tantos años habían transcurrido y todavía lo recordaba...

Se volvió entonces y vio que Tom estaba al lado de Jacob, sonriente, y entonces se dio cuenta de que aquello debían haberlo tramado los dos juntos. Cuando él se acercó, su madre también lo estrechó contra sí.

—Mi hijo —sollozó—. Mi pequeño. Cuando te vi no podía creer que hubiera pasado tanto tiempo. Y ahora te he encontrado a ti, y a Kate. Todo esto me parece un sueño... tengo miedo de despertarme, como siempre, y encontrar que ya no están a mi lado.

—No te dejaremos, mamá —dijo Tom riendo—. Pasarás un buen período de tiempo viajando entre Nueva York y Dakota del Sur para estar con nosotros antes que te dejemos volver a casa.

—Claro que sí —dijo Kate, tomando el pañuelo de su madre

para secarse ella también los ojos.

—Será estupendo, hijos. Y después, por fin podré dar el sí al hombre que me ha estado pidiendo que me case con él durante veintidós años.

Kate lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Todavía sigue esperándote, después de tantos años?

—El amor verdadero nunca se extingue, hija mía. Él sigue esperando, como yo he esperado para volver a ver a mis hijos.

Cuando por fin se quedaron solos, Kate estaba tan emocionada con Jacob que no sabía cómo decírselo.

—Oh, Jacob —suspiró—. ¿Desde cuándo estabas planeando esto?

—Desde hace dos semanas, con la ayuda de Tom. Pensamos que te gustaría saber lo que es tener una madre. Dime, ¿te sientes feliz?

—No sabes cuánto, Jacob. Figúrate, después de todos estos años de echarle la culpa a ella. ¿Cómo he podido estar tan ciega?

—Yo también he estado ciego contigo durante mucho tiempo, Kate. No tenía ni idea de lo mucho que me querías hasta aquel día en que descubrí que tenías la casa llena de fotos mías. Dios mío —agregó apretándola contra sí—, no puedes ni imaginarte lo que pasé desde que supe que te habían herido. Fue como si el mundo cayera de pronto, hecho pedazos. Si tú hubieras muerto, yo no podría haber seguido viviendo.

—Te sentías responsable sin ningún motivo, porque no fue culpa tuya.

—Yo... te amaba —confesó de pronto Jacob sin mirarla a los ojos—. Te he amado durante muchísimo tiempo, pero tenía miedo porque había visto lo que el amor puede hacer de un hombre cuando una mujer lo traiciona. Como no quería que eso me ocurriera a mí, me convencí de que lo único que sentía por ti era deseo, y que aquel otro sentimiento se esfumaría en cuanto te hubiera hecho mía. Pero aquella primera vez no me ayudó en absoluto, Kate. Volví a mi casa, me emborraché y así estuve varios días. Pero aun borracho, seguía oyéndote llorar. Después, Tom me lo contó todo, te hirieron, y me hundí por completo. Ya lo sabes, Kate. Te amo; te he amado siempre. Así que ya puedes estar tranquila, porque no existe la posibilidad de que me enamore de otra mujer.

Kate no intentó contestar. Se limitó a abrazarlo con todas sus fuerzas, buscando sus labios. Aquello era un sueño, un sueño maravilloso que iba a durar toda la vida.

DIANA PALMER (E.E.U.U., 1946) - Nacida Susan Spaethfue Kyle, es periodista y tiene más de 16 años de experiencia en publicaciones tanto diarias como semanales. En 1979 comenzó a publicar novelas románticas y ahora trabaja para tres editoriales de Nueva York: MIRA, Silhouette Books (historias contemporáneas) y Fawcett Books (narraciones históricas). Ha escrito más de 95 libros que han sido traducidos y publicados por todo el mundo. Entre los galardones que ha recibido destacan siete premios Waldenbooks, cuatro premios B. Dalton, dos Bookrak, todos ellos por sus ventas nacionales, un Lifetime Achievement Award de la revista Romantic Times Magazine, varios premios Affaire de Coeur y dos premios RWA.